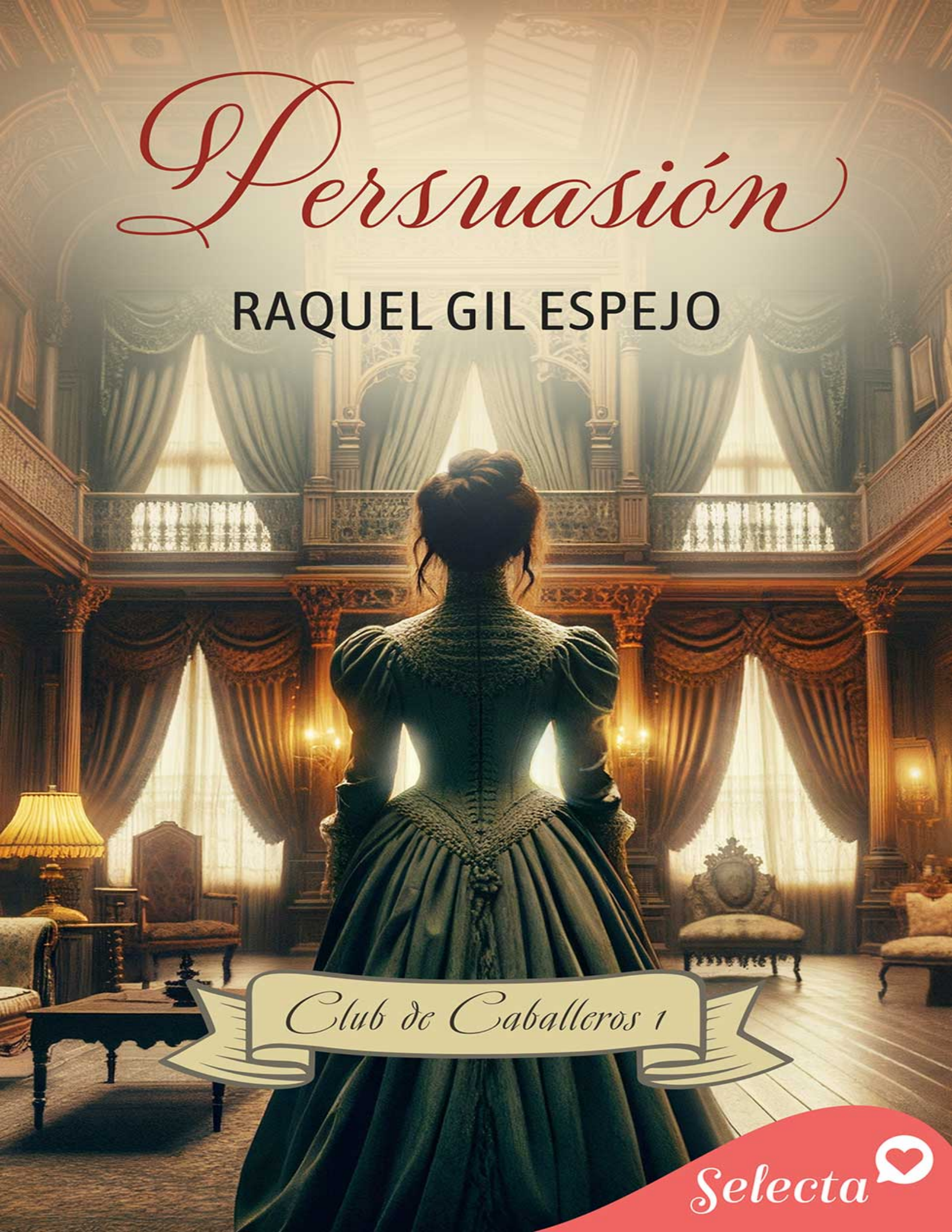

Persuasión
RAQUEL GIL ESPEJO
Club de Caballeros 1
Selecta

Persuasión

SERIE

Club de caballeros 1

Raquel Gil Espejo

Selecta

Escribo para ti

Solo habría un antídoto para los dos:
amar y permitirse ser amados

Prólogo

Londres, 1864

Elijah tenía la vista fija en uno de los surtidores de la fuente central de los jardines de la mansión Cromwell, en Park Lane. Su aspecto de gárgola, a pesar de considerarlo nada agraciado, le traía gratos recuerdos. Elevó la mirada al cielo y torció una sonrisa. Un cuervo sobrevolaba su cabeza.

—Aléjate de mi madre y de mí —lanzó al aire su amenaza antes de sentirse ridículo.

Su familia de sangre se reducía a lady Marguerite Cromwell, la mujer que lo alumbró hacía un cuarto de siglo y que llevaba los dos últimos años sumida en un estado de melancolía que, en ocasiones, no hacía de ella sino un fantasma. Nada quedaba de la mujer vital y apasionada que fue. La muerte de su esposo en un accidente mientras participaba en una partida de caza había sido el primer revés que la vida le deparó. El segundo, y más doloroso, con apenas unos meses de diferencia, la pérdida de la pequeña Jane a causa de unas fiebres altas contra las que su ya de por sí delicada salud no pudo luchar.

Elijah se había convertido en duque con veintitrés recién

cumplidos; cargo que, a pesar de la fuerte personalidad que le había caracterizado y los encantos que siempre había derrochado, le estaba superando.

—Sabía que te encontraría aquí —escuchó decir a sus espaldas.

—Ah, Thaddeus..., ¿teníamos previsto reunirnos? —se dirigió a su acompañante sin apartar la mirada gris del agua.

—¿Acaso uno no puede visitar a un amigo sin motivo aparente?

—El cerebrito tiene razón.

—Cameron... —Elijah se giró y los fue mirando uno a uno—, Andrew... y Hugh... ¿Se puede saber qué hacéis aquí?

—Visitar a un amigo, ya te lo he dicho —le respondió Thaddeus.

—Estamos preocupados por ti —le dijo Cameron mientras le pasaba un brazo por los hombros.

—Estoy bien.

—No es verdad, duque.

—No me llames así, vizconde.

—No me ofendes —aseguró Andrew.

—No lo pretendía. —Elijah se hizo acompañar de una media sonrisa.

—¿Cómo está tu madre?

—Igual, Hugh —suspiró—. Me parte el alma verla así y yo... ya no sé qué hacer. Es desesperante ver cómo se va apagando, y no...

—Caminemos por los jardines —les sugirió Cameron.

***

Eton había sido el lugar que los había unido. Se conocieron mientras estudiaban, se formaban como caballeros y se dedicaban a disfrutar de todos los placeres que los hombres de su posición tenían al alcance. Los había unido la amistad y, más adelante, también lo

hicieron los negocios.

Cameron, marqués de Huntly, el más joven de los cinco, era un escocés pelirrojo de cabello ondulado, que solía recogerse en una coleta, y ojos dorados, que levantaba pasiones allá por donde se dejara ver. Su sentido de la lealtad y el valor de la palabra dada eran dos de los grandes pilares que gobernaban su vida y daban sentido a todo cuanto era, aunque sus correrías fueran tan conocidas como las del resto. En Escocia, poseía una destilería de whisky en la que tenían participación los demás y que empezaba a extenderse por Inglaterra.

Andrew, el primogénito del conde de Berkeley, era el propietario de una fábrica de acero para la construcción de líneas de ferrocarril, en la que también tenían presencia Elijah y Cameron. Su cabello rubio y su mirada turquesa realzaban un encanto al que le había sacado partido. No había fémina que se le resistiera. Solo el duque de Warrington le ganaba en altura.

Hugh, vizconde de Drake, procedía de una familia de terratenientes. Era el más alocado de los cinco. Lo de mantener el tipo, en ocasiones, brillaba por su ausencia. A veces, contagiaba su falta de decoro a los demás, ganándose miradas de reprobación y cuchicheos malintencionados, además de los manidos sermones de su padre. Su rostro fino, custodiado por un cabello marrón alborotado, y embellecido por dos hoyuelos, se hacía acompañar de unos enormes ojos negros.

Thaddeus era hijo de uno de los barones más reputados de toda Inglaterra, hecho que le había procurado una buena educación. Su pelo, una maraña negra y rizada, junto con una mirada verdosa e intensa, además de su don de palabra, habían hecho de él todo un donjuán, a la altura de cualquiera de aquellos a quienes estimaba como a hermanos a pesar de no compartir la misma sangre.

Elijah también era la sombra de lo que un día fue. Su pena no residía únicamente en las dos pérdidas familiares que había sufrido en los últimos años, sino que asistía, impotente, a la caída imparable de su madre: la mujer por la que, junto a Jane, habría dado la vida. El hombre más cotizado de todo Londres, el deseado duque de Warrington, aquel por quien toda jovencita casadera suspiraba, había desaparecido de la escena pública. Ocupaba su tiempo entre el banco del que era director y propietario —Thaddeus trabajaba para él— y la mansión Cromwell.

Esos cinco jóvenes, tan parecidos y tan distintos al mismo tiempo, habían creado su propio club de caballeros en el que las máximas eran el respeto, la lealtad y el disfrute. Los unían unos lazos atemporales. Estaban los unos para los otros, siempre había sido así; y, en esos días, era el duque quien atravesaba sus peores momentos.

***

—El duque de Hereford organiza un baile dentro de dos semanas —rompió el silencio Andrew.

—No me interesa.

—Vamos, Elijah... No puedes vivir encerrado el resto de tu vida. —Thaddeus lo miró con desesperación.

—Salgo para...

—Ir al banco, ya —lo interrumpió Hugh—. Lo que necesitas es arrojarte en los brazos de una mujer.

—No...

—Estás interesado —terminó su frase Cameron.

—Exacto.

—Siento decirte, amigo mío, que ya le has dado una respuesta

afirmativa al anfitrión.

Elijah se detuvo en seco y buscó la mirada de Hugh.

—No he hecho tal cosa.

—Lo has hecho, aunque...

—¿Has falsificado un documento oficial del duque de Warrington? —Thaddeus no salía de su asombro.

—Algo así —le restó importancia.

—Podrías ir a la cárcel por esto.

—Podría, pero Elijah Cromwell, mi amigo, mi *hermano* —enfatizó esta última palabra—, jamás actuaría en mi perjuicio.

—Pero tú sí lo haces en el mío.

—No digas eso. —Rodeó sus hombros—. Tengo un presentimiento.

—Ya... —musitó Cameron.

—¡Hombres de poca fe! —suspiró Hugh—. Iremos a ese baile, los cinco.

—Lo afirmas. —Elijah comenzaba a desesperar.

—Lo afirmo... ¿Andrew?

—Cuenta conmigo.

—¿Cameron?

—También voy.

—¿Thaddeus?

—No me lo perdería por nada del mundo.

—¿Elijah?

Todas las miradas se detuvieron sobre aquella silueta taciturna.

—¿Acaso me has dejado otra opción?

—¿Eso quiere decir que...?

—Iré. —Cerró los ojos al tiempo que pronunciaba esa palabra tan breve, pero que tanto significado contenía.

Hugh sonrió satisfecho. Había logrado su propósito: el duque de

Warrington se daría una pequeña tregua.

Capítulo 1

Elijah se colocó bien el cuello de la camisa de un blanco impoluto. Se miró en el espejo de cuerpo entero de su recámara y centró su mirada en la figura que tenía justo detrás.

—Edmund, yo... me siento tan ridículo.

—Yo lo veo tan apuesto como siempre, señor —le dijo el mayordomo.

—¿Tú también? —suspiró.

—Solo quería hacerle sonreír, mi señor; y veo que lo he conseguido.

—Solo a medias. —Volvió a torcer los labios antes de adquirir un gesto más sombrío—. Esos cuatro me la han jugado.

—Esos cuatro tan solo se preocupan por usted... ¿Cómo era...?, ¿los cinco fantásticos? —bromeó Edmund.

—No me lo recuerdes. —Sacudió la cabeza—. Más bien, éramos cinco idiotas, y lo seguimos siendo.

El mayordomo no pudo evitar soltar una carcajada, que se apresuró en reprimir.

—Ante mí no tienes que cohibirte, Edmund... Nos conocemos desde... ¿que nací?

—Aún recuerdo su primer llanto.

Aquel hombre siempre tuvo una pose distinguida y, por ese entonces, ni el color blanquecino de su cabello ni su delgadez —había perdido peso en los últimos meses— habían mermado su gallardía. Louise, el ama de llaves, y él llevaban años tratando de ocultar un afecto que todos en la mansión Cromwell conocían.

Elijah salió de su alcoba y deambuló por los corredores. El mayordomo sabía cuándo debía darle espacio. El duque caminó de un lado a otro, una y otra vez, pensativo, visiblemente nervioso,

hasta detenerse justo delante de una de las puertas.

—Le encantará verlo. —Se sobresaltó al escuchar una voz melódica.

—¿De verdad lo piensas, Lily?

—No debería dudarlo, señor.

Aquella jovencita, de cabello dorado y ensortijado, que debía llevar recogido en un moño bajo, además de ir vestida de negro con delantal blanco, como el resto de las doncellas, y cofia, era la única, aparte de Louise, con autorización para acceder a los aposentos de lady Marguerite. Así lo había decidido ella misma.

Lily era toda dulzura. Sintió la pérdida de Jane como la de una hermana, puesto que, pese a la distinción de clases que las separaba, así era como se sentían, por edad y por personalidad.

Elijah suspiró profundo antes de disponerse a abrir aquella puerta. Encontró la recámara en completa oscuridad. Se acercó a uno de los ventanales y descorrió la cortina. Encontró a su madre hecha un ovillo en la cama. Tenía los ojos cerrados y la misma expresión de tristeza que la llevaba acompañando los dos últimos años.

El duque se sentó a su lado y le tomó una mano, mientras que con la otra le acariciaba el rostro con ternura.

—Buenas noches, madre —dijo en un susurro.

Del otro lado, tan solo recibió silencio.

—Yo... te necesito —se le entrecortó la voz.

Lady Marguerite entreabrió los ojos.

—Lo siento, mi vida. Yo no...

—Shhhhhh... No, no llores, por favor. Jamás me perdonaría ser el causante de tus lágrimas.

Era tal la complicidad que madre e hijo habían tenido que ella le prohibió tratarla con formalismos, que dejaban para cuando estaban en público o delante del malogrado duque de Warrington, quien

siempre fue más severo con sus hijos.

—Esta noche estás muy guapo. —Trató de esbozar una sonrisa.

—Esos cuatro calaveras me han obligado a asistir al baile que organiza el duque de Hereford en su palacete... Se han confabulado en contra mía —añadió.

—O a tu favor.

—No puedes decirlo en serio, madre.

—Quién sabe, hijo... Sal y diviértete. No te puedes echar a perder entre estas paredes.

—¿Pero tú sí puedes? —inquirió con impotencia.

—Yo ya soy mayor, Elijah; mi vida poco puede importar.

—No, no, ¡noooooo! —No pudo evitar elevar el tono de voz—. Tu vida importa, madre. Tú importas, madre. Lo eres todo para mí y te necesito.

Lady Marguerite se incorporó y lo estrechó entre sus brazos.

—*Dios te guarde, estrellita del día, mi dulce niño querido...* —entonó parte de aquella nana que le cantaba cuando era un bebé.

El duque no pudo reprimir las lágrimas. Su madre se afanó en ir secándolas.

—Madre, yo...

—No digas nada, hijo. Ve a esa fiesta, retoma las riendas de tu vida y busca una buena esposa.

—Eso último no entra en mis planes.

—El legado de tu padre depende de ti.

—¡Qué cruz! —Teatralizó, haciéndola sonreír.

—Es tu destino.

—Acabo de tener una idea brillante, madre. —Arrugó la nariz, señal inequívoca de que estaba tramando algo. —Yo busco una esposa si tú te levantas de esta cama y comienzas a vivir de nuevo.

—Pero...

—Jane no va a volver, madre. Por más que lo deseemos, no es posible.

—Lo sé. —Agachó la mirada.

Elijah se apresuró en sostener su rostro y buscó el gris de sus ojos, ese que él había heredado.

—¿Tenemos un trato?

—Yo...

—¿Lady Marguerite es una cobarde? —bromeó.

—Tal vez...

—No, no lo es. ¿Tenemos un trato? —insistió.

—Tenemos un trato —respondió sin demasiado convencimiento.

***

—¿Escuchando detrás de las puertas, Louise?

—¿Yo...? No, señor, ¿cómo cree...? —tartamudeaba el ama de llaves—. En realidad, le estaba buscando. Su carruaje está listo.

—¿No debería ser Edmund quien me diera esa información? —Louise se tapó el rostro. Elijah no se mantuvo impasible. Respiró profundo antes de posar ambas manos sobre sus hombros.

—Señor... —gimoteó.

—Jamás podría reprenderte por preocuparte de mi madre, Louise. Sé que lo haces y también que gozamos de tu lealtad, pero no es necesario que escuches a escondidas. Tienes libertad para preguntarnos o para dar tu opinión... Y, ahora, me marcho. No quiero hacer esperar al duque de Hereford —se valió de esa ironía que un día le caracterizó.

—Emplee esa generosidad con usted mismo. —Lo miró a los ojos —. También se merecer ser feliz y encontrar una esposa —añadió.

—Serás... —Elijah no pudo sino sonreír.

Continuó haciéndolo mientras bajaba las escaleras que lo llevaban a la planta baja, donde sí lo esperada Edmund.

—Todo listo, señor —le anunció.

—Aaaaaaargh..., preferiría morir en la guillotina.

—¿Señor, no...?

—Solo bromeaba, Edmund —lo interrumpió ante el gesto de horror que el rostro del mayordomo había adquirido.

—¿Le... acompaño?

—No es necesario. Creo que te tienes merecido un buen descanso por hoy.

Elijah lo rebasó y uno de los mozos cerró la puerta principal de la mansión tras su salida.

***

—Nuestro jovencito ha bromeado, incluso me atrevería a asegurar que ha sonreído...

Louise no tardó en reunirse con Edmund en el *hall* de la mansión.

—¿Hay esperanza?

—La hay, y para ambos —le respondió el ama de llaves.

—¿Te refieres a lady Cromwell?

—Sí. —Sostuvo su mirada.

El mayordomo no añadió nada más. En su lugar, se aseguró de que el mozo ya se había marchado y estrechó la mano de Louise.

***

Elijah comenzó a descender por la escalinata que daba acceso a la mansión y por la que en tantas ocasiones había querido echar a correr, huir, nunca más regresar. En efecto, Jack, el cochero, ya lo

esperaba. Sus pasos eran erráticos, pesados, inseguros. No, en absoluto deseaba asistir a ese baile. Y, sí, sabía que se convertiría en la comidilla de la velada, quitándole todo el protagonismo a esas jovencitas casaderas que llevaban todo el día, o más bien toda una semana, preparándose para la cita.

—Buenas noches, Jack.

—Lord Cromwell, yo... —Lo encontró visiblemente nervioso.

—¿Se puede saber qué te tiene en este estado?

El duque siempre había destacado por su humanidad y por el trato de igual a igual con el que dispensaba a cualquier persona, sin importar el cargo que ostentara o el oficio que ejerciera. A él le había tocado nacer en una familia adinerada, pero bien pudo haber sido otra su suerte. En realidad, y en demasiadas ocasiones, ser el primogénito de un matrimonio de tanto renombre y poder lo había llevado a sentirse maldito, pese a los lujos con los que se había criado y había crecido. En ese momento, no era sino responsabilidad sobrevenida lo que cargaba sobre los hombros. Sin olvidar esa insondable tristeza que empañaba una mirada atractiva y electrizante.

—¡Duque!

Hugh acababa de dejarse ver. Se encontraba sentado y muy relajado en el interior del carro de caballos, y Elijah lo entendió todo.

—¿Ahora tengo doncella?

—Y no solo una —le respondió el vizconde de Drake.

—¿No me digas que...?

—Elijah... —lo saludó Cameron.

—Amigo... —fue el turno de Andrew.

—¿Y ahora aparecerá...?

—No, Thaddeus no se ha atrevido a venir por miedo a que lo eches del trabajo —le dijo Hugh.

—Yo jamás haría algo así.

—En realidad, no hay cabida para cinco en el carruaje, por eso no ha venido —le hizo saber el marqués de Huntly.

—Mi pregunta es por qué lo habéis hecho vosotros. —Los fue mirando uno a uno, empezando por Cameron, quien acababa de darle aquella descabellada explicación.

Aunque, y no por esperada, más lo sería la respuesta del vizconde de Drake, gran artífice de la mayoría de las conspiraciones.

—Nos aseguramos de que cumples con tu palabra.

—Sois insufribles —suspiró.

—Y tú estás arrebatador esta noche, duque.

—Me dice el vizconde de Berkeley... ¡Ay! ¿Qué hago con estos tres, Jack?

—¿Nos deshacemos de ellos de camino a Belgravia, señor?

—¿Hablas de...? —Se llevó el pulgar derecho al cuello y trazó una curvatura.

El cochero asintió.

—Ven aquí, mocoso. —Cameron salió del carruaje, lo tomó de la camisa y comenzó a revolverle el cabello.

—Deja tranquilo a mi chico, marqués; y marchémonos de una maldita vez.

—¿Pero si también nos ha salido poeta? —bromeó Hugh.

Elijah sacudió la cabeza, empujó a Cameron al interior del coche de caballos y se acomodó junto a Andrew.

—Ni una palabra de aquí a ese... inoportuno baile.

Cuando nadie los veía, continuaban comportándose como los críos que un día fueron. Ninguno de ellos, pese a las circunstancias o a las responsabilidades, deseaba que se malograra esa chispa que un día los llevó a conectar. A Elijah lo habían perdido por un tiempo, pero lo querían de vuelta, y no parecían dispuestos a ceder.

***

Thaddeus los esperaba en el *hall* del palacete. Estrechó su mano antes de que los cuatro recién llegados se presentaran ante los anfitriones.

—Es todo un honor que aceptara mi invitación al baile, lord Cromwell. No le vemos desde...

—El honor es todo mío —lo interrumpió.

—Si nos disculpa, duque... Hay invitados deseosos de presentarles sus respetos —salió Hugh en su auxilio.

—Tiene razón... Sigan a mi mayordomo. Él los llevará hasta el salón.

—Será idiota —masculló el vizconde de Drake.

—Restémosle importancia —intervino Thaddeus.

Elijah, por su parte, guardó silencio. Y, en efecto, en cuanto puso un pie en aquella sala, adornada con centenares de flores y candelabros que le otorgaban un ambiente íntimo pero sobrecargado, pasó a ser el objetivo de todas las miradas.

—¿Llamo a Jack? —sugirió Cameron.

—Pues no sería mala idea —le respondió el duque antes de adoptar un semblante más adusto—. ¿Quiénes son esas dos jovencitas que acaban de entrar?

—Dos demonios —le respondió Andrew.

Capítulo 2

Unas horas antes en una de las mansiones de Mayfair...

Caroline tenía los ojos cerrados y sus labios proferían súplicas. La poca paz que la acompañaba, prácticamente inexistente, se vería interrumpida en...

—Tres, dos... uno... —Ella misma se encargó de iniciar la cuenta atrás.

—¡Hermaniiiiiiita!

El huracán Abbi acababa de entrar en su recámara y, en cuestión de segundos, la tenía justo encima.

—Me has hecho daño —se lamentó.

—Cascarrabias. —Sonrió la intrusa.

***

Abbigail y Caroline eran las dos mellizas más distintas que debían existir en todo Londres. Abbi era morena de ojos verdes. Caroline tenía el cabello castaño con vetas cobrizas y una llamativa mirada violeta. En cuanto a su personalidad, mientras que la primera era intrépida, alocada y enemiga de las normas, en la segunda —aunque a veces se dejaba arrastrar por su hermana— convivía una inseguridad que no siempre la había acompañado, que le sobrevino con el paso de los años.

Eran hijas de un adinerado barón, Mathew Candford, fallecido hacía algo más de un lustro, y de Geraldine Collins, descendiente del conde de Mowbray.

A sus diecisiete años, aún contaban con una institutriz. Ostentaba ese privilegio Amélie, una joven de ascendencia francesa y de buena familia a la que Geraldine no podía sino admirar y compadecer a un mismo tiempo.

***

—¿Están listas las niñas?

—No sabría decirle, señora —respondió Amélie.

—No me digas que... —Geraldine resopló.

—Eso me temo —. La institutriz cuadró una sonrisa.

—Mildred, Sally, Amélie..., dad con ellas, por favor —sonó a súplica.

Las doncellas salieron de la vivienda. Una las buscaría entre los parterres; la otra se dirigiría al invernadero y a las cuadras, donde tantas horas solían pasar las mellizas. La joven francesa, por su parte, probaría suerte en la biblioteca y en las recámaras.

—Señorita Abbi. —Llamó a la puerta de la alcoba.

—Si está dentro no te va a responder.

—Mi señora, yo... no la esperaba. —No pudo disimular el sobresalto.

Geraldine accedió al cuarto y lo encontró vacío. Ambas se miraron y tuvieron claro cuál era la siguiente parada.

***

—¿Por qué te escondes? —le preguntó Abbi a su hermana.

Caroline había logrado quitársela de encima. En ese momento, la tenía justo a su lado, tumbada en la cama, mirándola directo a los ojos.

—¿Por qué lo haces tú? —obtuvo como réplica.

—Ya lo sabes... —suspiró—. Ninguna de las dos queremos ir a ese baile.

—No entiendo por qué nos obliga a ir.

—«Sois dos jovencitas casaderas, ya es hora de que os dejéis ver en sociedad» —Abbi imitó a su madre.

Caroline se echó a reír. Nadie lograba arrancarle una sonrisa, no del modo en que lo hacía ella.

—No quiero ir, Abbi.

—¿Y crees que yo sí?

—Les diremos que estamos enfermas.

—Nadie se lo creerá.

—Le pediremos a Beatrice que nos prepare algún ungüento que nos haga subir la fiebre —sugirió Caroline.

—No sabía que eras tan maquiavélica, hermanita. —Sonrió Abbi con malicia.

—Tengo la mejor maestra.

—¿Te refieres a mí?

—¿A quién si no?

Ambas se echaron a reír.

—Entonces, ¿lo hacemos?

—No lo dudes, jovencita.

Caroline tan solo sentía que podía ser ella misma en compañía de *su otra mitad*, o su alma gemela, como les gustaba llamarse.

—¿Vamos? —Abbi estrechó su mano.

—Va... —Se vio obligada a parar—. ¡Oh, no! Madre y Amélie se acercan.

—Maldita sea. ¿Dónde me escondo?

—¿Debajo de la cama?

—¡Aaaaaaaaay! Me has tirado.

—Solo trato de ponerte a salvo.

—Pues sé más delicada —le sugirió Abbi desde el suelo.

Geraldine y la institutriz entraron en la recámara sin tan siquiera llamar a la puerta.

—¿Caroline?

—Aquí debajo, madre —le respondió con voz quejumbrosa.

—Levántate ahora mismo de la cama —le ordenó.

—No me encuentro bien, madre.

—Ya... —carraspeó—. ¿Tú le crees, Amélie?

—Bueno, yo... Verá, señora...

—¡Ay! Siempre tratando de proteger a mis dos retoños... ¡Abbi, sal

de ahí ahora mismo!

—¿Cómo me ha descubierto, madre? —se lamentó.

—¡Sal! Y tú, Caroline, quítate esa sábana de encima... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer con esos pelos? Con los de las dos. Cualquier día me vais a matar de un disgusto.

—No diga eso, madre. Yo... tengo la solución —comenzó a decir Abbigail mientras se ponía en pie—. Nos quedaremos en la mansión.

—De eso nada.

—Mire la hora que es, madre. No nos dará tiempo a estar... presentables.

—No me vas a convencer. Así que te quiero en tu recámara, ¡ya! Milfred hará lo que pueda con esa maraña que tienes en la cabeza. ¡Abbi!

—Voy, madre.

Caroline la miraba con consternación a medida que la veía alejarse.

—No la deje sola en ningún momento, madre.

—Quien no la va a dejar sola en ningún momento vas a ser tú, jovencita. Levántate y espera a Sally sentada delante del tocador. ¿Me has entendido?

—Este malestar tan repentino me afecta el oído, madre.

—¡Estas hijas mías son increíbles! —Volvió a sacudir la cabeza—. Quédate con ella, Amélie. La doncella no tardará en llegar.

Geraldine les dio la espalda y abandonó la estancia.

***

Abbi y Caroline se reunieron en el recibidor de la mansión. Ambas parecían dos almas en pena obligadas a asistir a una de esas sesiones de espiritismo clandestinas que tanto estaban de moda. A

la segunda de ellas, le aterraban. En cuanto a Abbigail..., se había planteado en más de una ocasión asistir a una de esas sesiones. Salvo esos bailes opulentos cuya misión principal, o única, era concertar matrimonios, poco o nada parecía crearle recelo o animadversión.

—Estáis preciosas —les dijo su madre haciéndose acompañar de una radiante sonrisa.

Las muecas de ellas distaban sobremanera. La dicha brillaba por su ausencia.

—Parecemos dos pastelitos, madre. —Abbi no le quitaba la vista de encima a su hermana.

Caroline prefería mirar hacia el suelo al tiempo que en su mente sobrevolaba una y otra vez la frase «tierra, trágame».

—Dos adorables pastelitos, ¿cierto, Amélie?

—Muy cierto, mi señora —respondió la institutriz.

—Y, ahora, marchémonos... Tengo a dos lindas hijas que presentar en sociedad.

—¿Por qué ha tenido que decirlo? —se lamentó Abbi.

—Le gusta martirizarnos —bisbiseó Caroline.

—Ya nos vengaremos, hermanita.

—Dejaros de tanto cuchicheo e id saliendo, queridas. Clifford nos espera.

***

Dentro del carruaje, Abbi apretaba fuerte la mano de su hermana. Geraldine no les quitaba la vista de encima mientras fantaseaba acerca del impacto que sus dos pequeñas causarían.

Apenas se les había visto fuera de las paredes de la mansión Candford, o eso era lo que ella pensaba. Ambas se habían

convertido en dos jovencitas hermosas, no cabía la menor duda. En ese baile habría duques, marqueses, condes... Era el mejor escaparate posible, y aquella mujer de cabello negro y mirada penetrante, que se sentía incapaz de gobernarlas, pese a haber logrado que fueran de camino a la fiesta con la que quedaría inaugurada la temporada, no estaba dispuesta a correr el más mínimo riesgo.

—Esta noche sois dos jovencitas casaderas...

—Discrepo, madre.

—Sobra decir que yo también difiero de su afirmación, madre —se le unió Caroline.

—¿Es que siempre tenéis que interrumpirme?

—Es parte de nuestro encanto, madre —le respondió Abbi.

—Sois un tormento —suspiró Geraldine al tiempo que se acomodaba la falda del vestido—. No quiero ninguna tontería por vuestra parte. ¿Creéis que podréis dejarlas para cuando estéis en la mansión?

—No podemos prometerle nada, madre.

—Aaaaaaaabbi.

—Es que no nos parece justo —continuó hablando por las dos—. ¿Por qué tenemos que ir?

—Para encontrar un buen marido, ¡el mejor de los maridos! —añadió.

—No creo que eso exista, madre. Los hombres son libertinos y arrogantes; y más los de la alta sociedad, tan petulantes y engreídos.

—¿Prefieres ser la esposa de un mozo?

—Si el mozo me gusta... ¿por qué no? —Miró a Caroline, quien asintió.

—Vais a acabar conmigo. —Se dejó caer sobre el respaldo del

asiento. —¿Por qué me lo ponéis todo tan complicado? —se lamentó una vez más.

—¿Se casó por amor, madre?

La pregunta de Abbi logró sorprenderla.

—Bueno, yo... quería mucho a vuestro padre.

—No ha respondido a mi pregunta —insistió.

—Mi matrimonio fue concertado y...

—Continúe, madre —la animó Caroline.

—Estaba enamorada de otro joven —fue sincera con ella—, pero el deber se interpuso al amor.

—Qué triste.

—No, Abbi... Es cierto que debí renunciar a mis sentimientos, pero fui feliz junto a vuestro padre. Él me respetaba y me daba su cariño, y yo...

—Y usted renunció al verdadero amor —la voz de Caroline sonó muy triste—. ¿Nos pide que hagamos lo mismo, madre?

—Solo quiero lo mejor para vosotras, para mis dos hijas.

—¿Y lo mejor es cazar a un duque o a un marqués aunque nos repugne, madre?

—No seas tan catastrofista, Abbi. Hay jóvenes muy apuestos. Quién sabe, quizá os enamoréis esta noche.

—Eso es imposible, madre.

—Eso sería ideal —la rebatió Geraldine.

***

El carruaje se detuvo frente a la escalinata que daba acceso a la entrada principal del palacete.

Clifford les abrió la puerta y las mellizas Candford se apearon justo detrás de su madre.

—Es un marco incomparable.

Abbi y Caroline se miraron. Había pesar en sus miradas.

—Recordad lo que hemos hablado —volvió a intervenir su madre —. A partir de este momento, sois las dos mujercitas más educadas de todo Londres. Si un joven os invita a bailar, lo aceptáis. Solo tomáis agua o limonada, y nada de escándalos; ¿entendido?

—Sí, madre —respondieron al unísono.

—Un momento, madre —la detuvo Abbigail—. ¿Veremos a la prima Violet?

—No lo sé, querida. Hace tiempo que no tengo noticias ni de ella ni de vuestro tío... Eso no es relevante ahora. Vamos, caminad justo detrás de mí.

Fueron anunciadas, justo antes del obligado y respetuoso saludo al anfitrión y a su esposa, como la baronesa Candford y sus dos hijas, sin nombres, sin trascendencia alguna.

Capítulo 3

—¿Dos demonios? —Elijah desvió la atención de las mellizas para centrarla en Andrew.

—Con rostros de ángel —le dijo el vizconde de Berkeley.

—¿De qué las conoces? —insistió el duque.

—¿No os acordáis de ellas? —Les lanzó la pregunta y lo hizo con cierto asombro.

—¿Deberíamos? —interpeló Cameron.

—Son mis vecinas —los sacó de dudas.

—¿Te refieres a aquellas dos niñitas tan adorables?

—¿Adorables, Thaddeus? —Hugh lo observó con espanto—. ¿Has olvidado la tarde en que nos estuvieron lanzando piedrecillas con una cerbatana?

—Ya las recuerdo —cayó en la cuenta—. ¿No te burlabas de una de ellas por...?

—Solo fue en una ocasión y no... —Andrew prefería no recordar aquel episodio—. Mathew Candford, su padre, murió hace años y se rumorea que Geraldine, su madre, no hace carrera de ellas; y no me extraña. Son dos... demonios —repitió.

—Y, al parecer, una ha llamado poderosamente la atención del duque —aseguró Cameron.

—No deberías...

—La del cabello oscuro era... —Elijah interrumpió a Andrew.

—Abbigail, aunque la llaman Abbi.

—Quiero que me la presentes formalmente.

—Esas dos me odian.

—¿Se puede saber qué les has hecho? —Hugh formuló la pregunta que había aparecido en la mente de todos ellos.

—No tengo ni idea... Hablo en serio —añadió al no percibir convencimiento alguno por parte de sus cuatro acompañantes.

—¿Vamos? —insistió el duque.

—Te aconsejo que no lo hagas, o que lo dejes para más tarde. Esas dos son imprevisibles, créeme; y lo menos que necesitas es un escándalo el día en el que vuelves a mostrarte en sociedad.

Andrew no parecía dispuesto a acercarse a las mellizas Candford.

***

Abbigail y Caroline aprovecharon que Geraldine había sido asaltada por dos viejas amigas para acceder por su cuenta al salón en el que se celebraría el baile. Para ser su primera vez, tampoco estaban impresionadas. Nada que decir de la felicidad que reflejaban sus rostros.

—¿Has cogido tu tarjeta?

—Uy, la he olvidado —le respondió Abbi.

—Me ha ocurrido lo mismo. —Sonrió con complicidad.

—¿Habrá algo más ridículo que tener un librillo en el que ir anotando con quién bailas?

—No lo creo; pero... qué pena no poder aceptar el cortejo de ningún joven, como dice madre.

—¿Has visto lo poco agraciados que son?

—Ni siquiera me he fijado y... preferiría no haberlo hecho —añadió Caroline.

—¿Qué pasa? ¿A quién has visto?

—Al vecino.

—¿A Andrew Montgomery?

—Sí, Abbi, ¿quién va a ser si no?

—No dejaremos que se acerque a nosotras.

—No lo mires —le pidió Caroline.

—Lo estoy amenazando veladamente, hermanita. —Se detuvo un instante—. Fíjate, son cinco..., los mismos cinco de siempre; y tenemos que reconocer que son muy apuestos.

—Y muy idiotas, no lo olvides.

—¿Y qué hombre londinense no lo es?

Se miraron y se sonrieron.

—Uno era escocés, ¿no?

—Sí, pero se ha vuelto tan lerdo como los demás... Por cierto, Caroline, nunca me has dicho qué pasó con Andrew... Yo lo odio porque lo odias tú.

—No quiero hablar de ello, Abbi.

—Está bien, no insistiré; ¿una limonada?

—Ay, sí; me muero de sed.

***

Cuando los primeros acordes comenzaron a sonar, ninguno de los cinco se apresuró en encontrar pareja de baile, pese a que cualquiera de las jóvenes que allí se habían dado cita, a excepción de las mellizas Candford, se morían por danzar entre sus brazos.

A nadie le pasaba por alto que el joven más deseado era Elijah, y más tras su largo retiro. Era el heredero de uno de los condados más importantes de Inglaterra. Madres e hijas lo observaban y cuchicheaban. Si lo veían moverse, se estremecían pensando que sus pasos lo llevarían hasta ellas; pero aquello era algo que no entraba en los planes del duque. Estaba en ese lugar obligado, aunque sus ojos grises no se apartaban de Abbi. Algo en su interior se había removido al verla y la promesa, casi obligada, que madre e hijo se hicieran, comenzaba a cobrar algo de sentido para él.

—¿Me equivoco si afirmo que Andrew no le quita la vista de encima a su archienemiga?

—Caroline no es mi archienemiga, Hugh.

—No hablaba de ella. —Le sonrió con malicia.

—Ya... Voy a buscar una copa de whisky.

—No será necesario.

Elijah levantó una mano y, en cuestión de segundos, uno de los mayordomos estaba a su lado portando una bandeja de la que se sirvieron los cinco.

—Si no bailamos, pensarán que somos unos aburridos —sugirió Thaddeus.

—¿Aburridos? ¿No crees que se nos conoce un poco? —ironizó Hugh—. Tan solo acompañamos a nuestro duque.

—¿Ahora sois mis damas?

—Me encanta que vayas recuperando tu mordacidad, Elijah... La próxima parada será el club.

—No corras tanto.

—Ya te gustaría a ti correr detrás de la vecina —lo provocó.

—Y tal vez lo haga.

***

Geraldine se acercó a sus hijas con premura. Llevaba toda la noche observándolas, como agazapadas, en una esquina del salón, tratando de pasar desapercibidas; y su estado de nerviosismo iba en aumento.

—¿Se puede saber qué hacéis?

—Tomamos limonada, madre —le respondió Abbi.

—Habéis rechazado a todo aquel que se os ha acercado —las reprendió.

—Hemos olvidado la tarjeta de baile, madre —le explicó Caroline.

—Qué olvido más conveniente. —Arrugó los labios.

—No sé de qué se queja, madre. Nos ha pedido que nos comportemos, y eso es lo que estamos haciendo.

—Pero estáis aquí para dejaros ver, no para andar escondiéndoos, Abbi —sonó desesperada.

—Habrá más bailes.

—Lo sé, Caroline; pero este es el más importante... Es vuestra...

—... presentación en sociedad, madre; ya lo sabemos.

—¿No entendéis que, si no encontráis un marido en esta temporada, en la siguiente cualquier otra jovencita estará por delante de vosotras?

—La soltería se me antoja una bendición, madre.

—No vuelvas a decir eso, Abbi.

—Es lo que pienso, madre —se detuvo un instante—. ¿Ese no es el tío Harold?

Tanto Geraldine como Caroline siguieron la dirección de su mirada.

—Qué raro que no se haya acercado a nosotras —farfulló la baronesa—. Hija, espera.

Abbigail no se lo pensó dos veces y fue a su encuentro, cruzándose son Elijah, a quien no le prestó la más mínima atención.

—Tío.

—Abbi, querida, no te había visto. —La besó en ambas mejillas.

A continuación, hizo lo propio con su cuñada y con su otra sobrina.

—Y Violet, ¿por qué no lo acompaña?

—Aún es pequeña para asistir a estas veladas.

—Tu tío tiene razón. —Geraldine estuvo de acuerdo con él.

—¿Y por qué no viene a casa como cuando era más pequeña?

—Verás, Caroline, tu prima está algo delicada de salud —le hizo saber.

—Queremos ir a verla —afirmó Abbi.

—Me temo que eso no es posible... Debe mantenerse aislada.

—Insisto.

—Ya está bien, Abbigail... Iremos a verla en cuanto se recupere, ¿te parece bien, Harold?

—Cómo no... Ahora, si me disculpáis. —Se alejó de ellas.

—No me gusta nada.

—Yo tampoco me fío de él. —Caroline estaba de acuerdo con su hermana.

—Nunca fue un mal hombre, hijas... Oh, ahí está la vizcondesa de Rutland. Seguid comportándoos y, si os piden un baile, aceptad aunque se os hayan olvidado las tarjetas —les solicitó haciéndose acompañar de cierto retintín.

***

Elijah se tomó una copa de whisky de un solo trago. En ese instante, más que nunca, se odiaba por haberse dejado enredar en los tejemanejes de sus cuatro mejores amigos, casi hermanos.

—Juraría que has sido invisible a sus ojos —se jactó Hugh.

—Cierra la boca, idiota. Todo esto es culpa tuya.

—¿Una jovencita ignora al duque de Warrington y yo soy el responsable?

—Te dije que no era una buena idea —le recordó Andrew.

—¿Con quién ha estado hablando? —Elijah ignoró su advertencia una vez más.

—Se trata de Harold Candford. Es el hermano pequeño de Mathew, su padre.

—Que murió.

—En efecto —afirmó también.

—No lo he visto demasiado afectivo con ellas. ¿Qué sabes de él?

—Poca cosa. Nunca se ha casado y pasó a ser el tutor de una prima de Abbi y Caroline tras la muerte de sus padres en un accidente... ¿Recordáis la explosión de la fábrica de pólvora, a las afueras de Mayfair? —Asintieron—. Fueron dos de las decenas de personas que perdieron la vida.

—Vaya... —A Cameron se le formó un nudo en la garganta.

—Tu dama se mueve —avisó Thaddeus al duque.

—Esta vez no se me escapa —aseguró.

***

Las mellizas Candford abandonaron el salón por una de las puertas laterales que llevaba a los jardines. Ya se habían cansado de ver a parejas formándose para estrechar sus manos y bailar. A veces, repetían, lo que denotaba buena señal. Otras, cambiaban en cuanto

los acordes cesaban, indicando todo lo contrario. Con suerte, tras esa velada, se concertaría más de un matrimonio.

—Estoy preocupada por Violet.

—Yo también, Abbi. No hemos vuelto a estar con ella desde que sus padres... —No se atrevió a continuar.

—El tío Harold es muy raro y muy estirado... No entiendo por qué no nos permite verla.

—Le pediremos a madre que nos acompañe.

—No sé si accederá, nunca se ha llevado bien con su cuñado.

—¿Y quién podría hacerlo? —inquirió Caroline—. Ven, sentémonos en ese banco.

El lugar elegido se encontraba alrededor de una fuente de mármol blanco y estaba rodeado de arboleda. Era un poco como sentirse en los jardines de casa, aunque el bullicio del baile no les permitiera disfrutar del sonido de la naturaleza.

—La echo de menos.

—Y yo, Abbi... Es tan bonita y tan inocente. No se merece estar bajo la tutela de un hombre como él.

—No entiendo por qué sus padres la dejaron a su cargo en el testamento.

—Es difícil de entender. —Caroline apoyó la cabeza sobre el hombro de su hermana—. Prométeme que lucharemos por ella.

—Te lo prometo —sellaron su juramento estrechando sus manos.

***

—¿Señoritas Candford?

—¿Tú has escuchado algo, Caroline?

—No, nada.

—¿Y tú, Abbi?

—Absolutamente nada.

Capítulo 4

Elijah se giró hacia Andrew y este se encogió de hombros.

—Te dije que no era buena idea —masculló entre dientes.

En lugar de escucharle, de darse media vuelta y volver al salón donde continuaba celebrándose el baile, el duque dio un paso al frente. El vizconde trató de persuadirlo, tomándolo por la manga de la chaqueta, pero se zafó de él y se plantó delante de aquellas dos jovencitas. A Andrew no le quedó más opción que imitarle.

—Buenas noches, señoritas Candford —volvió a dirigirse a ellas con tono ceremonioso.

Abbi elevó la cabeza y clavó sus ojos verdes en el iris gris de él.

—¿Se puede hacer a un lado, señor...?

—Cromwell, Elijah Cromwell —se presentó.

—Su escuchimizada silueta me impide ver esa farola.

Andrew aguantó la risa, mientras que el duque se desplazó, ligeramente, hacia su izquierda.

—¿Y a ti, vecino, se puede saber qué te hace tanta gracia?

—No he abierto la boca, Abbi.

—Abbigail, si no te importa.

Llevaban años ignorándose, pero hubo una época en la estuvieron

algo más unidos, los tres. De ahí que se tomaran esas confianzas.

Caroline permanecía con la cabeza agachada, en completo silencio, tratando de pasar desapercibida.

—Aún no sé por qué me odiáis tanto —les dijo Andrew.

—¿Se lo explicas tú, hermanita?

En realidad, Abbi desconocía el motivo.

—No tengo nada que decir —fue la respuesta de Caroline, quien continuaba mostrándose esquiva.

—Yo... —Elijah se aclaró la voz— me preguntaba si me concedería un baile, señorita Abbigail.

—¿Lo has escuchado, Caroline? ¿Un baile, dice? ¿A él? ¿Se puede saber qué tiene de especial?

—Bueno, verás, yo...

El duque se sentía incapaz de reaccionar ante tanta desfachatez. Nunca antes había conocido a una joven tan directa e insolente; aunque estas cualidades, en lugar de causarle rechazo, ejercían aún más atracción sobre él.

—¿No le salen las palabras? —se burló de él—. ¿Y aquellos tres memos que se esconden detrás del seto también forman parte de su club, caballeros?

—Algo así —le respondió el vizconde.

—¡Ja! Ya sé quiénes son... Los cuatro amigos de Andrew, esos de los que siempre nos reíamos cuando iban a ver al vecino infame... ¿Los recuerdas, Caroline?

—Vagamente —le dijo con apatía.

—¿Me has llamado infame, Abbi?

—Ups, ¿eso he dicho? —Cuadró una sonrisa—. Mi hermana y yo deseamos estar solas, así que les pido amablemente que se larguen.

—Insisto en ese baile —intervino Elijah.

—Le he dicho que no. Os vais o nos vamos nosotras, Andrew —los

desafió.

—Abbi, para... —la detuvo Caroline—. Madre se acerca.

—¿Qué?

La pequeña de las Candford, por orden de nacimiento, con apenas unos minutos de diferencia, tenía el triste don de sentir a Geraldine cada vez que se acercaba a ellas.

—Abbigail, Caroline... ¿Se puede saber que hacéis en compañía de dos hombres, a solas? —comenzó a reprenderlas al tiempo que se acercaba—. Oh, vaya, Andrew, no te había reconocido entre tanta penumbra. —Lo besó en la mejilla.

—Lady Candford...

—Te he dicho muchísimas veces que me llames Geraldine, nada de formalismos... —Se giró y sus ojos se abrieron y cerraron varias veces, como queriendo comprobar que era cierto lo que veían—. ¿Lord Cromwell?

—El mismo, baronesa. —Se sintió ruborizado.

—Niñas, poneos de pie ahora mismo. ¿Acaso no sabéis ante quién os encontráis?

—Por supuesto, madre... Es uno de los amigos idiotas del vecino.

—Abbi, por el amor de Dios, modera ese lenguaje.

—No se preocupe. —Elijah trató de restarle importancia.

—Este joven es el duque de Warrington y... hacía mucho tiempo que no acudía a una cita como esta. Deberíais estar agradecidas por honraros con su presencia.

—¿No cree que exagera, madre?

—¡Abbigail y Caroline Candford!

Las dos jovencitas se pusieron de pie en un impulso e hicieron sendas reverencias a Elijah.

—Lord Cromwell...

—Señoritas Candford.

—Disculpe el malentendido, lord Cromwell, pero no podrá decir que hemos sido maleducadas con usted. —Abbi comenzó con su puesta en escena.

—En absoluto —quiso ser condescendiente con ella.

—¿Lo ve, madre? Mi hermana y yo sabemos comportarnos. No tiene nada por lo que preocuparse.

—Ya... —resopló y su mirada se desvió hacia Andrew, cuyo rostro también denotaba cierta incomodidad.

—Oh, mirad, los fuegos de artificio —se maravilló Abbi.

Todos miraron en dirección norte y el cielo se fue tintando de colores. Era un espectáculo pirotécnico sin precedentes. El duque de Hereford debía haberse gastado una fortuna.

Elijah no podía evitar observar, de soslayo, a Abbigail. Ella, que no era ajena a la atención que había despertado en el duque, se afanaba en mostrar indiferencia. Caroline parecía una estatua, apenas si parpadeaba. Tener a Andrew cerca de ella siempre le causaba zozobra, y el motivo era un secreto que llevaba años guardando.

***

—Al final no has conseguido ese baile, duque —le dijo Hugh al tiempo que le echaba un brazo por los hombros.

—¿Quién ha ganado la apuesta? —preguntó Andrew.

—¿Habéis apostado sobre esto? —A Elijah, a pesar de conocerlos demasiado bien, no dejaban de sorprenderlo.

—¿Lo dudabas? —se jactó Cameron.

—Yo lo he hecho a tu favor —se apresuró en manifestar Thaddeus.

—En realidad, todos lo han hecho, excepto yo —fue sincero el

vizconde de Berkeley—. Te dije que las conocía.

—Y, según tú, son dos demonios.

—Exacto.

—No me lo han parecido. Es más, me resultan encantadoras, aunque Caroline apenas ha abierto la boca... ¿Es por ti?

—¿Por mí? —se sorprendió Andrew.

—Es la sensación que me ha dado —respondió Elijah—. No eres de su agrado, salta a la vista; y Abbigail tampoco parece tenerte en gran estima. No así su madre, a quien pareces gustarle.

—¿La baronesa Candford está interesada en Andrew? —Thaddeus no era el único sorprendido.

—No en un sentido romántico —se vio obligado a matizar el duque para alivio del vizconde de Berkeley. —Lo ha invitado a visitarlas cuando le plazca, y yo te acompañaré.

—No pienso hacerlo.

—Oh, ya lo creo, amigo; ya lo creo. —Elijah sonrió para sí mismo.

***

Milfred cepillaba el cabello negro de Abbi una vez desecho el moño que luciera aquella noche. Cada vez que recordaba su encuentro con el vecino y con el duque, una sonrisa pícara se dibujaba en sus labios.

—¿Lo ha pasado bien, señorita Abbi?

—Por momentos, mejor de lo que habría soñado; otros, ha sido soporífero.

—Daría lo que fuera por poder presenciar uno de esos bailes.

—Me temo que te decepcionarías, Milfred.

—Yo no soy tan exigente como usted, señorita.

—Es posible. Aun así, no son nada del otro mundo.

***

En la recámara contigua, Sally ayudaba a Caroline a desvestirse. La doncella no había pasado por alto el semblante taciturno de la joven.

—¿Nadie la ha sacado a bailar, señorita Caroline?

—Eso ha sido lo mejor de la noche, Sally, créeme.

—Olvidó su tarjeta, ¿verdad?

—Oh, sí, un descuido imperdonable —ironizó—. He visto a Andrew.

—¿Y han hablado?

—Jamás le dirigiré la palabra a ese miserable.

—¿Qué le ha hecho para que lo odie tanto?

—No me apetece hablar de ello. —Agachó la mirada.

—Está bien, señorita... No la incomodo más.

***

—Hermanita, ¿estás despierta?

—Sí —musitó Caroline.

—¿Puedo?

—Siempre.

Abbi le estaba pidiendo permiso para meterse en la cama con ella, como si lo necesitara, y se acurrucó a su lado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿y tú?

—¿Ver al vecino no te ha desestabilizado?

—Claro que no... Lo que no entiendo es el motivo por el que madre lo ha invitado a venir a casa cuando le plazca. No deja de ser un hombre, y nosotras dos jovencitas.

—Y casaderas —apostilló Abbi, y ambas se echaron a reír.

—Jamás podría estar con alguien como él —aseguró Caroline.

—Ni yo.

—En cambio, el duque parecía muy interesado en ti.

—¿En mí y en cuántas más? No olvides quiénes son... Ya sabes que tienen una reputación más que dudosa. Además, no me agrada lo más mínimo.

—¿Estás segura, Abbi?

—¿Se puede saber a qué viene esa pregunta? ¿Acaso no me conoces? ¡Eres mi alma gemela!

—Lo sé, no te enfades.

—No lo hago. —Se abrazó aún más fuerte a ella. —Al menos, hemos salido airosas. Por un momento, pensé que madre nos enviaría a Escocia con la tía Marion.

—¿Y no estaríamos mejor allí? La temporada no ha hecho nada más que comenzar y...

—Tendrás que ver a Andrew a menudo.

—No iba a decir eso, aunque espero que no haya tomado la invitación de madre en firme. Es todo un despropósito.

—Estoy de acuerdo contigo —bostezó—. ¿Dormimos?

—Durmamos, y que el sueño repare nuestras almas.

—Eso ha sonado muy... místico, Caroline.

—Anda, calla y duerme. —La besó en la frente.

Capítulo 5

Elijah apenas consiguió pegar ojo en toda la noche. El recuerdo de Abbi y el olor que desprendió su cuerpo al cruzarse con ella lo mantuvieron en un intranquilo duermevela. Esa jovencita tan desvergonzada y tan natural, en lugar de causarle rechazo, le causaba una atracción imposible de ignorar. Su recuerdo lo llevaba a sonreír. Cuando se daba cuenta, apretaba los labios y se repetía que era un completo idiota.

Esa mañana no acudiría al banco. Se refugió en su despacho y estuvo ojeando algunos papeles, muy por encima, distraído. En un momento dado, su mirada se quedó fija en una fotografía de Jane y una mueca de dolor volvió a hacerse con su rostro.

—Cuánto te echo de menos, hermana mía... Eras la luz de mi vida, también la de madre, y la de todos en esta casa. Qué tristeza asola estas paredes desde que no se escuchan tus risas. Yo...

Necesitó parar. Sus ojos se estaban empañando. Dolía. Aún dolía demasiado su ausencia. Perder a su padre había sido una desgracia, pero el cisma lo había provocado la partida de aquella niñita tan dulce y alocada.

Abbi y ella no eran dos gotas de agua. En cambio, sí había algo en

ella que le hacía recordar a su hermana. Tal vez era el brillo de aquel iris verde tan intenso o esa desfachatez sumamente seductora.

Unos toques en la puerta del despacho lo trajeron de vuelta a la tierra.

—Adelante.

—Su madre desea verle, señor —le anunció Lily.

—Dígale que ahora mismo voy.

La doncella volvió a cerrar la puerta a su salida. El duque se acercó al retrato de Jane y lo besó a la altura de la mejilla. Era un acto que acostumbraba a realizar casi a diario.

***

—Esta mañana está muy raro.

Jack se giró para mirarla. Lily acababa de entrar en la cocina, situada en una de las alas de la planta baja de la mansión.

—Raro, ¿por qué? —Con parsimonia le dio un sorbo a su taza de café.

—Tenía la mirada perdida.

—¿Y no lleva así los últimos dos años? —inquirió el mozo.

—Síííí..., pero he notado algo distinto... A ver, dime, ¿sucedió algo anoche en ese baile?

—Serás alcahueta.

—O sea, que sí.

—No he dicho eso, Lily.

—¿Y si te doy un beso... me lo cuentas?

—Nada de carantoñas, cualquiera podría entrar y...

—Buenos días —los saludó Edmund.

El mayordomo acostumbraba a aparecer de la nada, con tanto sigilo que nadie podía prever su llegada. La prudencia que mostraba

Jack, en detrimento de la temeridad de Lily, no era infundada.

***

Elijah encontró a su madre sentada sobre la cama. Era más de lo que había presenciado en los últimos veinticuatro meses. Aún recordaba cómo se desvaneció en el mausoleo del ducado de Warrington mientras la tumba que contenía el cuerpo sin vida de Jane era tapada para siempre. No lo soportó. A duras penas lo hizo su hijo, que se mantuvo estoico por ella aquel aciago día. Más tarde, la tristeza y el vacío también se fueron apoderando de él. Marguerite y su primogénito habían llegado a perder el contacto. Tan solo se veían un par de horas al día o, más bien, era el duque quien observaba a su madre. Dos horas era todo cuanto podía soportar. El dolor era desgarrador. La vida les había golpeado demasiado duro.

Caminó hacia ella, se sentó a su lado y estrechó una de sus manos. La duquesa miraba a través de uno de los ventanales. Sus ojos azules se habían detenido sobre un pajarillo que estiraba sus alas. No pudo evitar pensar en Jane, quien soñaba con ser una gran inventora, como lo fue su admirado Leonardo da Vinci, y mejorar aquel ornitóptero que no logró echar a volar.

—Yo lo haré, madre, ya lo verás —repetía hasta la saciedad.

Elijah la observó con dulzura. Podía adivinar en qué estaba pensando.

—La imagino volando, madre.

—Y yo —se pronunció Marguerite. —¿Crees que lo habría logrado?

—¿Mejorar aquel artilugio? —Su madre asintió—. No me cabe la menor duda. Era osada y terca. No habría parado hasta conseguirlo.

—Nunca le gustó la costura ni el baile... Le habría costado encontrar un marido.

—Sin duda, madre. —Sonrió.

—Hablando de maridos, ¿qué tal la velada?

—Aburrida.

—¿Eso es todo? —Lo miró directo a los ojos.

La amargura no había desaparecido, Elijah podía verla y sentirla. Era muy probable que nunca lo hiciera. En cambio, él no se detendría: lograría arrancarle sonrisas, conseguiría sacarla de esas cuatro paredes y hacer que, de algún modo, amara la vida de nuevo.

—Nunca me han gustado ese tipo de festejos.

—Lo sé, hijo; pero te son ineludibles.

—Por desgracia —suspiró.

—Entonces, ¿no sucedió nada interesante? Pensé que estabas dispuesto a cumplir tu parte del trato.

—Y lo estoy, es solo que...

—Por muy ausente que esté o haya estado, sé cuándo mi hijo me esconde algo.

—Aaaaaargh.... —se lamentó—. Conocí a alguien.

—¿Nombre?

—Abbigail Candford.

—¿Posición?

—¿Es lo más importante, madre?

—No, no lo es; pero no olvides quién eres tú.

—Hablamos de una esposa, no de qué título debería ostentar.

—¿Eso significa que os dejasteis ver juntos en sociedad?

—No. —Sacudió la cabeza—. De hecho, es testaruda y osada, como lo era Jane; y no me hizo el menor caso.

—Ya veo...

—Su padre era barón y su madre, hija del conde de Mowbray —le explicó.

—Se trata de una de las hijas de la baronesa Candford. Cómo no

he caído al decirme su nombre.

—¿Acaso las conoces, madre?

—Coincidí con Geraldine en algún que otro baile; también en el té de la tarde. Teníamos conocidas en común. —Se detuvo un instante —. Si no recuerdo mal, viven al lado de Andrew.

—Así es; y lo odian. ¡Ah! Y, por extensión, parecen odiarnos a los demás.

—Hay decenas de jovencitas que estarían encantadas de convertirse en tu esposa, hijo.

—Pero yo no estoy dispuesto a desposarme con cualquiera, madre.

—La hija del duque de Beaufort es un gran partido y siempre ha estado interesada en ti.

—¿Ella o su familia?

—Ambos, supongo.

—Madre, solo yo elegiré con quién contraer matrimonio. Y recuerda que lo haré por ti, por nuestro trato.

—Me estoy esforzando, Elijah, pero debo ir poco a poco.

—Lo sé, madre; lo sé.

Marguerite apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Elijas a quien elijas, no me opondré... Otra cosa es que la afortunada acceda —apuntilló.

—Pues no las tengo todas conmigo —fue sincero—, pero ya me las ingeniaré para que no pueda vivir sin mí.

—¿Por ti o por mí?

—Por los dos, madre... Y también por ella, aunque aún no se haya dado cuenta —sonrió—. Lo entenderás cuando la conozcas.

—¿Te gusta?

—Me atrae poderosamente —le respondió.

—¿Y eso hará que dejes de ir de cama en cama, hijo?

—Hace tiempo que no lo hago, madre... Tal vez haya tenido algún que otro escarceo, lo reconozco; pero no con la asiduidad de antes.

—El día que te enamores y que decidas tomar a una mujer en matrimonio, hazlo con plena convicción y no le seas desleal, hijo. Tu padre lo fue conmigo y es muy doloroso.

—Lo sé, madre; pero yo no soy como él. Jamás podría dañar a alguien a quien quiero. Y solo me casaría por amor, por muy ridículo que pueda sonar.

—No es ridículo, Elijah; es bonito.

***

Caroline tenía entre sus manos un ejemplar de la novela *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë. Se encontraba en la majestuosa biblioteca de la mansión Candford, reclinada sobre uno de los sofás de madera de caoba, tapizado de un color rojo intenso. Tan inmersa estaba en la lectura que no advirtió la llegada de su hermana.

—¿Qué haces?

—Por Dios, Abbi, tienes que dejar de darme estos sustos o me vas a matar de un infarto. —Se incorporó—. Esta mañana te has levantado muy temprano. ¿Dónde has estado?

—Cabalgando, sintiendo la libertad.

—¿Lo sabe madre?

—No por mí, eso seguro. —Sonrió.

—Melvin no debería arriesgarse tanto por ti.

—Es el mozo de cuadras más maravilloso que jamás hayamos tenido —afirmó.

—Como te consiente...

Abbi se acomodó al lado de Caroline.

—¿Has pensado en lo que sucedió anoche?

—¿En qué iba a tener que pensar?

—Vimos al vecino, a ese que odias..., que odiamos —rectificó.

—Su presencia me resulta indiferente, ya lo sabes.

—Aun así...

—¿Y el duque?

—¿Qué sucede con él?

—¿No ha rondado por tu cabecita?

—Claro que no, Caroline; pero qué cosas tienes.

—Te has ruborizado.

—No es verdad.

—¿No te llamó la atención ni tan siquiera un poquito?

—En absoluto.

—Es muy apuesto.

—Pues quédatelo para ti —le dijo Abbi de mal humor.

—No estoy interesada en el amor.

—¿Y crees que yo sí lo estoy?

—¿Seremos dos solteronas? —inquirió Caroline.

—Lo seremos, estaremos siempre juntas y haremos lo que nos plazca en cada momento.

—Me gusta la idea, pero... ¿crees que madre...? —Se detuvo al escuchar unos pasos acercándose—. Es Amélie.

En cuestión de segundos, la institutriz estaba situada justo enfrente de ellas.

—¿Se puede saber cómo...? —Abbi no salía de su asombro.

¿Cómo era posible que su hermana reconociera al personal del servicio, y a su propia madre, por la cadencia de sus pasos?

—Señoritas, es hora de la lección de piano —les anunció.

—Quiero seguir leyendo un ratito, por favor.

—La baronesa me ha pedido, o más bien me ha ordenado, que os lleve conmigo al salón.

—¿Puede ir solo Abbi?

—Bien sabe que no, señorita Caroline.

Su decepción era más que evidente. A pesar de desavenir a su madre en tantos asuntos, trataban de compensarla en otros. De ahí que no les quedara más remedio que claudicar y acompañar a la institutriz.

—¿Podremos ir al invernadero después, Amélie?

—Me temo que no, señorita Abbi. Hoy tenemos lección de francés.

—*Mon Dieu* —se lamentó, provocando las risas de su hermana.

***

—Venís con media hora de retraso, hijas.

—Estaba leyendo, madre.

—Y yo... también.

—Ya... Empiezas tú, Caroline.

—¿Cuándo iremos a la ópera, madre? —quiso saber Abbi.

—Pronto.

—Eso no es una respuesta, madre. Dígame un día.

—No lo sé.

—¿Podemos ir este viernes? He escuchado que vuelven a reponer *La chica bohemia*.

—La vi con vuestro padre.

—Pero Caroline y yo no la hemos visto, madre; y...

—Y solo tratas de hacerme perder el tiempo para no tocar. —La miró con desaprobación.

—Caroline, ¡comienza!

—Pero, madre...

—¿Es posible que mantengas la boca cerrada al menos el tiempo que tu hermana tarda en tocar la obertura de *La flauta mágica*?

Abbi hizo el gesto de quedarse bien calladita pasando los dedos índice y pulgar por sus labios de izquierda a derecha. Geraldine sacudió la cabeza. Su otra hija, la que llevaba minutos sentada frente al piano, y Amélie reprimieron la risa.

Capítulo 6

Una semana más tarde

—No me puedo creer que me hayas convencido para hacer esto.

—Eres más que un amigo para mí, lo normal es contar con tu apoyo.

—¿En serio te has fijado en ella?

—No consigo arrancarla de mi pensamiento.

—Eres un insensato.

—Siempre lo fui.

—No siempre.

—Sé que he estado muy perdido, pero estos sentimientos o lo que quiera que sean...

—¿Encaprichamiento?

—No lo sé, no lo creo... Se trata de algo más.

—Entonces, ¿tengo que hacerlo?

—Tu pregunta, querido Andrew, está de más.

***

Geraldine apuraba una taza de té. Se hallaba en uno de los salones,

acomodada sobre un sillón, con la espalda bien recta, como acostumbraba a sentarse incluso cuando se encontraba a solas. Estaba relajada. En los últimos días, ni Caroline ni Abbi, muy en especial esta última, le habían provocado demasiados dolores de cabeza, más allá del berrinche de su primogénita por no haber accedido a llevarlas a la ópera. Tampoco era su género predilecto, pero necesitaba salir de la mansión y hacer alguna clase de actividad en compañía de su hermana fuera de aquella propiedad: agradecería que no se tratara de asistir a otro de esos tediosos bailes que le serían ineludibles.

—Mi señora, tenemos visita —le anunció una de las doncellas.

—¿Visita? ¿A esta hora? —Miró el reloj de pared. Marcaba las cuatro menos cuarto.

—Sí. —Milfred cuadró una sonrisa.

—No recuerdo haber quedado con nadie —continuaba desconcertada—. ¿De quién se trata?

—Se han anunciado como el vizconde de Berkeley y el duque de Warrington, señora.

—¿El duque está aquí?

—En el *hall*, para ser exactos —le respondió.

—¿Y mis hijas?

—Lo desconozco.

—Ve a buscarlas de inmediato, Milfred, y procura que estén presentables. Ah, y... hazlos pasar. No debemos hacer esperar al duque —añadió al tiempo que se incorporaba y se llevaba las manos a la boca.

—No se muerda las uñas, señora.

—No estoy haciendo tal cosa, muchachita... Ve, corre, busca a mis hijas.

—Ahora mismo.

—No, no, no... Antes, acompaña a esos dos jóvenes al salón.

La baronesa estaba hecha un manojo de nervios.

La doncella hizo aquello que su señora le pedía. De camino al recibidor, se cruzó con Amélie, a quien suplicó que diera con el paradero de Abbi y de Caroline.

***

—Bienvenidos a nuestra humilde morada. —Geraldine se mostró modesta.

—Baronesa...

Elijah fue el primero en inclinarse frente a ella. Acto seguido, lo hizo Andrew. La incomodidad del vizconde era más que evidente, mientras que el duque se mostraba muy seguro de sí mismo.

—¿Les puedo ofrecer una taza de té?, ¿un whisky, quizá?

—Siento que nos hayamos presentado así, sin avisar, lady...

—Geraldine... —le recordó.

—Lo lamento, Geraldine. —Andrew continuaba avergonzado.

—No te preocupes, yo misma te invité... Lo que no esperaba era su presencia, duque.

—Bueno, verá, condesa, Andrew me insistió para que lo acompañara... Solo espero que mi presencia no la incomode.

—Será descarado —musitó el vizconde.

—No, por Dios; ¿cómo puede pensar algo así? Para mis hijas y para mí es todo un honor tenerle en casa —se manifestó en nombre de las tres.

—Hablando de ellas, ¿sería posible que se unieran a nosotros? Solo así aceptaríamos esa copa de whisky. ¿O tú prefieres un té, Andrew?

—Whisky está bien. —Lo miró con desagrado.

***

—Señorita Caroline, sabía que la encontraría aquí —le dijo la institutriz.

La joven de cabello castaño cobrizo y ojos violeta estaba trasplantando unas orquídeas y tenía tanto las manos como el vestido y parte del rostro manchados de tierra.

—Me reporta tanta paz este lugar. —Elevó la mirada.

—Lo sé, pero...

—¿Qué sucede ahora? —preguntó con tono lastimero, sabedora de que su quietud llegaba a su fin.

—Tiene visita.

—No espero a nadie.

—Se trata de... del vecino —se refirió a Andrew como lo hacían las mellizas— y de un duque.

—Serán desvergonzados. —Volvió a centrar toda su atención en las flores—. No pienso ir.

—Pero...

—No voy a ir, Amélie.

***

Lily fue la encargada de dar con Abbi, quien se hallaba en la parte trasera de la mansión. Practicaba esgrima con Reginald, su maestro.

—Señorita Abbi, su madre me ha pedido que... —elevó el tono de voz.

—Estoy en mitad de una lección, por lo que no pienso ir a ningún sitio —se hizo entender mientras blandía su florete.

—Tienen visita.

—¿Ha venido Violet? —Se detuvo.

—No, no se trata de ella.

—En tal caso, no me interesa... ¿Continuamos?

—Cuando quiera, Abbi —le dijo Reginald.

—Las esperan el vizconde de Berkeley y el duque de Warrington —le anunció.

—¿Se puede saber qué hacen esos dos aquí?

—¿Visitarlas? —Lily respondió con lo evidente.

—Dile a mi madre que no pienso ir.

—Pero...

—Ya me has oído, dulce Lily.

La doncella se dio media vuelta y se fue preparando para lo que vendría a continuación.

***

Amélie y Lily se encontraron a mitad del pasillo. Ninguna de las dos había logrado su cometido. Se miraron con inquietud. Geraldine montaría en furia cuando supiera que sus dos retoños, como las llamaba en ocasiones, se habían negado a recibir a tan ilustres visitantes.

—¿Y mis hijas?

—Caroline está en el invernadero —le dijo la institutriz.

—Y Abbi se encuentra practicando esgrima.

—¿Esgrima...?, ¿desde cuándo...? —Se detuvo. Estaba confundida —. Debíais traerlas con vosotras —les recordó.

—Se han negado —manifestó Amélie.

—¿Acaso no saben quiénes han venido a verlas?

—En realidad, yo...

—Esta vez me van a escuchar —Geraldine interrumpió a Andrew, quien no deseaba sino que la tierra se abriera bajo sus pies y lo

engullera. —Si me disculpan...

—Nos gustaría acompañarla, baronesa.

—No creo que sea lo más apropiado, duque.

—Insisto.

La anfitriona miró a su vecino, a quien ella misma había pedido que las visitara cuando lo estimara oportuno, y este se encogió de hombros. Últimamente, se estaba acostumbrando a emplear ese gesto.

—Está bien, vengan conmigo —claudicó sin ningún convencimiento.

***

Caroline había ido al encuentro de su hermana. Sabía que se avecinaba tormenta y no quería que se le echara encima estando sola. No se limpió, ni tan siquiera se recogió el cabello. Se limitó a acercarse a maestro y alumna y a permanecer de pie, observándolos, en completo silencio; quietud que no duraría.

—Abbigail y Caroline Candford —escucharon cómo su madre elevaba la voz.

Una no se giró para mirarla; la otra no se detuvo.

—¡Parad! —volvió a gritar.

En ese instante, fue el instructor quien hizo un gesto y bajó el florete.

—Baronesa Candford. —Le hizo una especie de reverencia.

—¿Y usted es?

—Reginald Benson —le respondió en cuanto se desprendió de la máscara protectora, hecha de malla de alambre.

—¿Puedo saber qué hace con mi hija?

—Su pregunta me causa asombro, señora.

—Es mi maestro de esgrima, madre —le dijo Abbi. La joven también se había quitado la careta.

—Ay, Dios mío..., ¡qué pelos! Y tú, Caroline, ¿cómo puedes estar tan... desaliñada? —quiso suavizar su crítica e intentó centrarse de nuevo—. No recuerdo haberle contratado y no es este un deporte apropiado para una señorita.

—Lo he contratado yo, madre.

—¿Tú? ¿Cuándo?

—Hace un año.

—¿Lleva un año viniendo a esta casa y no me he enterado? Esto es inconcebible. —Geraldine se había olvidado por completo de los dos jóvenes que la acompañaban y que asistían, perplejos y divertidos a la vez, a tan inusual espectáculo familiar—. ¿Con qué dinero se le está pagando?

—Con el suyo, madre, ¿con cuál va a ser?

—Con el mío dice... ¿La habéis oído? —Fue al mirar a su alrededor cuando cayó en la cuenta de que Andrew y Elijah seguían allí—. Lo lamento tanto.

—No se preocupe, baronesa. Conozco personalmente a Reginald y es un hombre íntegro, además de uno de los mejores esgrimistas de toda Inglaterra.

—¿No exagera, duque?

—En absoluto. —Le sonrió—. Lo que sí pongo en duda es que su alumna merezca tenerle como maestro.

—Le sorprendería.

—Lo dudo.

—¿Me está incitando, duque? —Abbi ya había aguantado calladita más de lo que era propio en ella.

—Solo afirmo que no me duraría ni un asalto.

—¡Ja! Además de libertino, petulante y de colarse en una

propiedad privada sin ser invitado, ¿se cree mejor que yo por ser hombre?

—¿Se lo demuestro, señorita Candford?

—Mida su palabras, lord Cromwell, no deseo ponerle en ridículo.

—Ya vale, Abbi.

—Ha empezado él, madre —se excusó.

—Su hija tiene razón, baronesa. Es posible que me haya excedido —reconoció.

—¿Aparte de todo lo anterior, también es un cobarde? —continuó retándolo.

—Eso, jamás.

—Demuéstremelo.

Elijah se acercó a Reginald y este le cedió su florete. Caroline se estremeció. Conocía a su hermana mejor que nadie, pero se había envalentonado demasiado. ¿Por qué? No alcanzaba a entenderlo, a no ser que...

—Estará bien —le susurró Andrew al oído.

—No te acerques a mí.

—No lo entiendo, Caroline.

La joven Candford, en lugar de continuar con esa incómoda conversación, se alejó de él.

—¿Lista, bella dama?

—No me llame así, duque... Y llevo esperándolo un buen rato.

—¿De verdad es esto necesario? —se lamentó Geraldine.

—No lo va a poder parar, baronesa —le dijo Reginald—. Ambos son igual de tozudos.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—No sabría decirle. —El maestro esgrimista sintió ternura por aquella hermosa mujer.

Elijah dio varios pasos al frente, y Abbi y él hicieron chocar sus

floretes.

—¿A un asalto? —preguntó ella.

—A un asalto —le confirmó—. No quiero hacerle daño.

—Preocúpese de su seguridad y déjese de remilgos, duque —le dijo justo antes de lanzar un primer ataque, que él esquivó.

—Veo que va en serio.

—¿Lo dudaba?

Abbi rechazó la embestida de él y, de pronto, sus movimientos de pies se convirtieron en toda una danza. Eran rápidos y precisos, como también lo eran las arremetidas, de un lado y del otro.

—Que alguien los detenga —suplicó Geraldine tapándose los ojos con ambas manos.

—No se lastimarán, confíe en mi palabra —le dijo Reginald y por alguna extraña razón ella se sintió aliviada.

—¿Cansada, señorita Candford?

Su respuesta fue redoblar la ofensiva. Por un momento, el duque, sorprendido, se dedicó a repeler sus ataques hasta que logró derribar el espadín de Abbi.

—Y, ahora, ¿qué? —Se sintió victorioso.

—Ya lo verá.

—¿Cómo me suplica? —le dijo con la única intención de enojarla.

La joven aprovechó su relajación para golpearle a la altura del tobillo —ese era un truco que también le había enseñado Reginald— y hacerle caer al suelo; lance que aprovechó para quitarle el florete, lanzarse sobre él y acercar la punta del acero a su cuello.

—*Touché*, duque.

Capítulo 7

A Elijah se le cayó la careta antes de impactar contra el suelo. Abbi se la quitó al saberlo a su merced. Sus miradas se imantaron. Y las cadencias de sus corazones habían enloquecido. ¿Por el esfuerzo físico derrochado? ¿Por la proximidad a la que se encontraban? ¿Por ambas razones?

—Ha jugado sucio.

—He utilizado mis armas.

—¿De seducción?

—No sea descarado, duque.

—Le recuerdo que quien continúa sobre mí es usted.

—Yo... —Abbi hizo ademán de ponerse en pie. Elijah se lo impidió.

—¿Qué hace?

—Me agradan las vistas.

—Quíteme las manos de encima.

—¿Las prefiere aquí?

El duque pasó de rodear su cintura a sostener su rostro.

—Mi madre y mi hermana nos están mirando...

—Y Andrew, Reginald... ¡Ah! Y no olvidemos a todo su personal de servicio, señorita Candford —señaló.

—¿Y no le importa?

—¿Le importa a usted?

—Mucho, de hecho...

Elijah le impidió continuar. Acercó sus labios a los de Abbi y los besó con suavidad.

—¡Abbigail Candford!

La joven abofeteó al duque antes de incorporarse, le dio la espalda y comenzó a alejarse de él.

—Ha sido él, madre... No lo quiero en esta casa —añadió.

—Caroline, acompaña a tu hermana —le ordenó Geraldine—. Milfred, Sally, id con ellas y conseguid que parezcan dos señoritas. Las espero en el salón del té en media hora; menos, si es posible.

La baronesa corrió al encuentro de Elijah. Andrew se le había adelantado y le había ayudado a ponerse de pie.

—¿Cómo se te ocurre besarla? —le recriminó.

—¿He hecho tal cosa?

—No te hagas el tonto.

—Hablo en serio... Creo que Abbi me vuelve loco y me lleva a perder el control. Yo...

—Lord Cromwell, cuánto lo lamento —comenzó a disculparse la baronesa—. Estas hijas mías... cualquier día van a acabar conmigo. ¿Qué puedo hacer para compensar semejante agravio?

—Con esa copa de whisky que nos ofreció será más que suficiente, lady Candford.

—Gracias por su comprensión... Señor Benson —se dirigió al maestro de esgrima—, puede acompañarnos, si así lo desea.

—Será un placer.

Geraldine comenzó a caminar, seguida por Reginald, mientras hacía aspavientos al personal del servicio. Los quería a todos fuera de allí. Andrew y Elijah se quedaron algo más rezagados.

—No puedo creer que haya pasado por alto lo del beso —dijo el vizconde.

—Las mujeres como ella prefieren hacer la vista gorda cuando se trata de hombres como nosotros —afirmó el duque.

—Abbi no te lo va a perdonar.

—Es posible, pero he podido sentir cómo latía su corazón.

—¿Y piensas que lo hacía por ti?

—¿Acaso lo dudas, hermano?

—Con toda certeza. —Sacudió la cabeza al tiempo que torcía una sonrisa.

***

Caroline buscó refugio en la recámara de su hermana. Las doncellas también las acompañaban.

—¿Cómo puede ser tan descarado? —Abbi ardía en cólera.

—Y delante de madre.

—Quien, para que me lleven aún más los demonios, me reprende a mí. ¿Es que no ha visto la actitud del duque? ¿Acaso ha cerrado los ojos cuando...?

—¿Te he besado? —continuó Caroline.

—No me lo recuerdes.

—Dime algo, hermana... ¿Qué has sentido? ¿Te ha gustado?

—¿Has perdido el juicio? Ese insolente y maleducado hombre es... repugnante.

—A mí me parece tan gallardo —susurró Milfred.

—Y a mí tan atractivo —musitó Sally.

—Aaaaaargh..., pero qué ignorantes sois. —Abbi no estaba dispuesta a escuchar más sandeces—. Os podéis marchar.

—No podemos, señorita. Su madre nos ha pedido que las

ayudemos a cambiarse de ropa. Las esperan en el salón del té —le hizo saber una de las doncellas.

—¿Ella y quién más? —quiso saber.

—Supongo que sus invitados.

—No recuerdo que mi madre le diera permiso al duque para poner un pie en esta casa —señaló.

—Pero se lo dio al vecino —le recordó Caroline— y está claro que él lo ha utilizado a su favor.

—¿Por qué?

—Está claro, Abbi... Le gustas.

—Eso no es verdad.

—Puedes negarlo tanto como quieras, pero resulta más que evidente.

—No me digas eso, hermanita —gimoteó.

—Es lo que pienso, lo siento.

Caroline se acercó a Abbi y se fundieron en un abrazo cargado de afecto.

***

Hacía meses desde que Geraldine había prescindido del ama de llaves por desavenencias con ella. A juicio de la baronesa, se metía demasiado en el modo en que las mellizas estaban siendo educadas desde que su progenitor falleciera. Sí contaban con mayordomo, Dominic, quien, al igual que Amélie, era de ascendencia francesa.

Fue él el encargado de servir las copas de whisky a los invitados, que habían pasado a ser tres. Mientras tanto, la institutriz se encargó de servir el té y las pastas que había preparado Beatrice, la cocinera.

—Es uno de los mejores whiskies escoceses. Mi marido era un

gran amante de esta bebida y aún contamos con una gran reserva —les dijo la baronesa algo más relajada.

—Está delicioso —se pronunció Reginald.

Era la primera vez que el maestro esgrimista accedía a la mansión.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto, baronesa.

Por primera vez, reparó en él, ya con la tranquilidad de haber superado el sobresalto inicial. Era alto y apuesto. Su cabello, oscuro, tenía algunas vetas blanquecinas, fruto del paso del tiempo. Sus ojos eran claros, podría decirse que tenían un matiz azul verdoso, o esa fue la sensación que le dio.

—¿Cómo contactó mi hija con usted?

—Se acercó a mi escuela, situada cerca de los almacenes Harrods, y me pidió, o más bien me suplicó, que comenzara a entrenarla —le fue explicando.

—¿Fue ella sola?

—Así es.

—Es una imprudente, siempre lo ha sido... —se lamentó—. No es consciente de los peligros que hay ahí fuera para alguien como ella.

—Por eso mismo accedí a enseñarle el arte de la esgrima aquí.

—¿Cuáles son sus honorarios? ¿Cuánto le ha pagado? ¿Cuánto le debe? ¿Y cómo es posible que no me haya enterado antes?

—Abbi, además de ser muy persuasiva, sabe bien cómo mantener algo en secreto.

—Me ha quedado claro, Reginald. —Casi sonrió.

—En cuanto a mis honorarios, nunca he recibido compensación económica alguna.

—¿Se ha estado aprovechando de usted?

—No, no piense eso, baronesa. Abbi...

—Yo correré con todos los gastos —manifestó Elijah—. Pásate por

la mansión y pondremos las cuentas al día.

—No debe hacer eso, lord Cromwell. —Geraldine lo observó con desconcierto.

—Será todo un honor para mí, baronesa. Eso sí, le debo pedir algo.

—Lo que desee.

—No quiero que su hija se entere del trato que acabamos de acordar, ¿me da su palabra?

—Cuente con ella; pero... continúo sin estar convencida de todo esto. La esgrima no es un deporte apto para mujeres, y menos para una que debe encontrar un marido —añadió.

—A mí me parece muy atractivo que una mujer rompa con las normas —manifestó Elijah.

—Qué conveniente —farfulló Andrew, a quien todo aquello continuaba pareciéndole un verdadero despropósito.

El duque lo escuchó, pero optó por ignorarlo.

***

—No quiero entrar.

—¿Y crees que yo sí? —le dijo Abbi.

—¿Por qué han tenido que venir?

—¿Los dos o Andrew?

—El uno, el otro, los dos...

Las mellizas cuchicheaban muy próximas a la puerta del salón.

—Menos mal que no se han presentado también los otros tres.

—Parecen cinco gánsteres sedientos de sangre fresca... —comenzó Caroline.

—... buscando jovencitas a las que succionar su esencia mientras se divierten en las camas de mujeres casadas y viudas, o acuden a

prostíbulos...

—Lamento que piensen así de nosotros —las sorprendió el duque.

—¿No le han dicho que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

—Alguna que otra vez —le respondió a Abbi con despreocupación.

—¿Por qué ha venido?

—Para verla.

—Debería habérselo ahorrado.

—Abbigail, Caroline..., os estamos esperando.

Ambas pasaron junto al duque, sin mirarlo, y accedieron al salón.

La mirada de Geraldine denotaba malestar, aunque eso era algo con lo que sus hijas ya contaban. Raro era el día en que la baronesa no les hacía llegar su descontento.

—¿Té? —les preguntó Amélie.

—Sí, por favor —le respondió Abbi.

Mientras ella se acomodó en uno de los sofás, su hermana permaneció de pie, junto a una chimenea cuyo fuego, al hallarse en época estival, no estaba prendido.

—El señor Benson y yo hemos llegado a un acuerdo.

—¿Y...? —La miró expectante.

—Podrás continuar con tus lecciones de esgrima.

—Gracias, madre.

Abbi se incorporó con ímpetu y besó a Geraldine en la mejilla. A Elijah le gustó aquella reacción tan natural y, una vez más, volvió a recordarle a Jane.

—Madre —Caroline se aclaró la voz—, no entiendo a qué se debe la visita del vizconde y del duque.

—Yo misma los invité.

—Eso no es del todo correcto, madre —intervino Abbi—; únicamente se lo dijo al vecino.

—A Andrew —la rectificó con dureza.

—Eso es lo que he dicho... ¿Acaso ve oportuno que dos hombres accedan a una propiedad en la que hay dos jovencitas? ¿Qué pensará esa alta sociedad que tanto parece importarle, madre?

—¿Y se puede saber desde cuándo te importan las habladurías?

—Desde que se trata de estos dos —contestó sin tapujos.

—Deja de ser majadera y discúlpate con ellos.

—No pienso hacer tal cosa, madre.

—Baronesa... —Elijah se aclaró la voz—, le pido permiso para cortejar su hija, a Abbigail.

—¿Se ha vuelto loco? —Geraldine era la primera sorprendida.

Reginald asistía divertido a aquella inverosímil puesta en escena. Ni a Caroline ni a Andrew los pilló por sorpresa. A la aludida, en cambio, se le dibujó una mueca de hastío.

—Es posible. —Sonrió el duque.

—Permiso...

—Si quiere cortejar a alguien —Abbi interrumpió a su madre—, que sea a Lady Susan.

—¿Puedo preguntar quién es esa señorita?

—Mi yegua, duque.

Capítulo 8

Aún resonaban las risas, descontroladas, en los oídos de Elijah. Tenía ambos puños bien apretados y una mueca de impotencia y de deseo que lo mantenían anclado a aquel momento. Abbi se había convertido en el motivo de sus desvelos.

***

—Discúlpate, ¡ahora!

La voz airada de Geraldine se elevó por encima de las carcajadas. Pese a ello, su primogénita no le hizo el menor caso.

—¡Abbigail! —volvió a gritar.

Andrew observaba a Elijah y, aunque deseaba reprimirse con todas sus fuerzas, no lo lograba. No podía negar que las ocurrencias de aquella jovencita eran de un descaro envidiable. Caroline era de esa misma opinión. Siempre había envidiado, de un modo sano, la confianza que su hermana derrochaba. Abbi no se dejaba intimidar por nadie y para muestra la osadía con la que actuaba delante de un duque a quien, según la sociedad, debía rendir algo así como pleitesías.

—Lady Susan es preciosa, madre... No veo dónde está el problema.

Ni Amélie, que debía mantenerse neutral, ni Reginald, que era un recién llegado, lograron mantener sus labios sellados. Quien sí lo hacía era Elijah.

—Es una yegua.

—Lo sé, madre.

—Pequeña insolente... Discúlpate. —La miró con dureza—. No te lo voy a volver a repetir.

—¿Acaso no ha visto cómo este hombre me ha besado, madre? ¿Ha cerrado los ojos?

—Abbiiiii...

—Lo ha hecho en contra de mi voluntad, en mi propia casa, delante de una madre a la que no parece importarle y que parece tener una doble moral —no pudo reprimirse.

La baronesa se acercó a ella y elevó una mano.

—No, madre. No se lo consiento. —La detuvo Caroline.

—Hija, yo... —Geraldine temblaba.

También lo hacían sus dos retoños.

—¿Me iba a golpear, madre? —En los ojos de Abbi había lágrimas, al igual que en los de su hermana.

—Yo... Yo solo quiero lo mejor para ti —acertó a decir entre sollozos.

—Lamento el dolor que mis actos les han causado —decidió intervenir Elijah—. Mi intención era la mejor, créanme.

—No tiene por qué justificarse, lord Cromwell. —La baronesa trató de mantener el tipo.

—Necesito hacerlo; pero, por encima de todo, quiero que sepa, que sepan —se rectificó—, que mi propuesta no es fruto de un impulso; es en firme y la mantengo.

—Nada me gustaría más que...

—Tengo algo que decirle —Abbi interrumpió a su madre— y es que no, no acepto su proposición. No me gusta, no me atrae, no me parece sino un libertino más...

—Para ya, hija —le suplicó.

—Y, además, le odio. —Mantuvo su mirada y lo hizo desafiante, sin achantarse, sin importarle que ante ella se hallara uno de los hombres más cotizados y apuestos de todo Londres—. ¿Puedo retirarme, madre?

—No será necesario, señorita Candford; soy yo quien se marcha.

Elijah se despidió de la baronesa con un sutil movimiento de cabeza y salió del salón.

—Si me disculpan, yo también me retiro. —Andrew salió tras los pasos de su amigo, a quien intuía hundido.

—Creo que tampoco pinto nada aquí... Un honor haberla conocido, baronesa. —Reginald fue el siguiente en marcharse.

Geraldine se dejó caer sobre uno de los sofás y se tapó la cara con ambas manos.

—Yo no quería nada de esto, madre. Lamento si le he hecho pasar un mal momento, pero para mí tampoco ha sido nada fácil.

Abbi abandonó la estancia y su fiel Caroline la siguió.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora?

—Déjame a solas, Amélie. Solo necesito estar a solas.

***

—Lo siento.

—No tienes por qué disculparte, Andrew.

—No he podido evitarlo.

—Te he dicho que no...

—Aun así, necesito hacerlo. Eres como un hermano para mí y...

—Si te sirve de consuelo, yo también me habría reído si Caroline te lo hubiese hecho a ti —admitió.

—Te puse sobre aviso —le recordó el vizconde.

—Y yo no te he hecho el menor caso... Es más, creo que tengo curiosidad por conocer a Lady Susan.

—Eres un caso perdido, lord Cromwell —le dijo entre risas.

—¿Y qué hago, echarme a llorar?

—No, claro que no. Es más, empiezo a ver en ti al viejo Elijah, y eso me agrada.

—¿Viejo?

—Bueno, quizás esa no sea la palabra más acertada... ¿Le gusta más a su merced... el Elijah de antaño?

—Suena antiguo, pero te lo doy por válido.

—Gracias, señor. —Le dedicó una aparatosa reverencia que lo llevó a sonreír.

***

Caroline se acurrucó al lado de Abbi y la apretó fuerte contra su cuerpo. Era el gesto que su hermana había tenido con ella en incontables ocasiones. En ese momento, era la más deslenguada de las Candford quien necesitaba una dosis extra de cariño.

—Madre jamás me había levantado la mano —susurró.

—Lo sé... No te tortures con ello, por favor —le pidió.

—Quien se ha propuesto atormentarme es ese duque.

—Lo tienes en tus manos, Abbi.

—No deseo comprometerme con nadie.

—¿Ni tan siquiera con el amor de tu vida?

—Lord Cromwell no es el amor de mi vida, Caroline.

—Podría serlo.

—No, claro que no... —Se giró para mirarla—. ¿Por qué lo dices?

—Es apuesto, ya te lo he dicho, y educado...

—¿Te recuerdo que me ha besado?

—Puede que también posea ese punto de atrevimiento que tanto te caracteriza a ti. —Esbozó una sonrisa—. Dime algo, Abbi, ¿te ha gustado ese beso?

—Yo... verás... no...

—Te has puesto nerviosa.

—En absoluto, hermanita, no quieras liarme tú también. —Se detuvo un instante—. Ha sido extraño... y mi primer contacto tan cercano con un hombre. No sé, sus labios son suaves y... tan solo ha sido un roce sin importancia.

—¿Y por eso te ha molestado tanto?

—No seas mala.

Unos toques en la puerta de su recámara las llevaron a detener su conversación. Se mantuvieron en silencio.

—Hijas mías, soy yo, vuestra madre —sonó apenada.

—Pase —le dio permiso Abbi.

Ambas se incorporaron y se sentaron sobre la cama. Geraldine las acompañó, ocupando el lugar central. Apretó sus manos, suspiró muy profundo y miró a través de la ventana.

—Jamás os he golpeado... —se le entrecortó la voz.

—Lo sabemos, madre —le dijo Caroline.

—Hoy he estado a punto de hacerlo y... —No pudo continuar.

—No llore, madre. No le guardo rencor, no podría hacerlo. Es más, le debo una disculpa. Yo... no puedo evitar ser así.

Abbi estrechó a su madre entre sus brazos y, juntas, dejaron salir todo ese dolor que las había estado ahogando.

—No te obligaré a ver al duque si no es lo que deseas.

—Gracias, madre —se sintió aliviada.

—Pero tampoco veo conveniente que pretenda a Lady Susan.

Las tres, por primera vez en años, rompieron a reír. Fue hermoso y reconfortante; algo así como hacer las paces, aunque la tranquilidad en la mansión de las Candford nunca durase demasiado.

***

Elijah encontró a su madre recostada sobre la cama. En sus manos sostenía un ejemplar de *Emmeline*, de la escritora londinense Charlotte Turner Smith. Lo cerró al ver a su hijo y lo depositó sobra la mesita de noche.

—¿Una mala tarde, hijo?

—No ha sido la mejor —reconoció antes de acomodarse a su lado —. ¿Y la tuya?

—La tristeza es insondable.

—Lo sé, pero...

—Tenemos un trato, no lo he olvidado —terminó la frase por él—. ¿Cómo lo llevas?

—Es un desastre, madre.

—¿Te has encaprichado de un imposible?

—No sé si es capricho, tampoco sé si es imposible... Lo único que sé es que voy a hacer que vuelvas a ser la de antes, madre; o la versión más aproximada posible —afirmó.

—No me gustaría que te casaras sin amor, hijo; por muy duque que seas y por muchas obligaciones que tengas.

—Quiero a mi madre de vuelta —dijo en un susurro.

—No a cualquier precio, hijo... Es más, me esforzaré por ti, te doy mi palabra.

—Me alegra escucharlo, madre; pero insisto en el cumplimiento de

ese trato.

—¿Y tiene que ser Abbigail Candford?

—No imagino a ninguna otra; aunque hoy me ha propuesto que corteje a Lady Susan.

—¿Lady Susan? —permaneció pensativa unos segundos—. No me suena.

—Es su yegua, madre.

Marguerite no puedo evitar echarse a reír.

—Oh, hijo mío, discúlpame.

—No me pidas perdón por reír, madre. Es lo mejor que me podía pasar hoy. —La besó en la frente.

—Me gusta esa jovencita —afirmó la duquesa.

—Es terca como una mula.

—Y te estás enamorando de ella.

—Aaaaaaargh... ¿Eso crees?

—Los ojos de un hijo no pueden mentirle a una madre.

***

Elijah también recordó aquella última frase de su madre. Sus puños, y todo su cuerpo, continuaban en tensión. De fondo, tan solo escuchaba murmullos. Cameron lo había convencido para que los acompañara al club del que eran socios de honor.

—Esta mañana he conocido a Lady Susan —se hizo escuchar Hugh.

—No me toques la moral, vizconde. —Elijah torció una sonrisa.

—Tiene una piel muy suave y una crines que serían la envidia de cualquier mujer, además de un trasero voluptuoso y...

—Déjalo ya, idiota. —Lo amenazó con la mirada—. Y tú, Andrew, eres un auténtico bocazas.

—Me preguntaron cómo había ido la visita y...

—Y tú aprovechaste para ponerme en evidencia.

—¿Cómo crees? Jamás haría algo así. Solo pretendía...

—... que nos echásemos unas risas a tu costa —lo interrumpió Hugh.

—¿Y lo habéis hecho?

—En absoluto.

—Ya... —Sacudió la cabeza.

—¿Adónde vas? —le preguntó Cameron al ver que se ponía en pie.

—A la barra.

—¿No te es grata la compañía? ¿Prefieres la de lady...? —Hugh se detuvo al sentir el contacto de Thaddeus, quien acababa de propinarle un codazo sutil.

Elijah no se molestó en responderle. Se alejó de ellos, se apostó sobre aquella madera y pidió otro whisky. Tomó el vaso, le dio varias vueltas, y un pensamiento comenzó a repetirse en su cabeza.

—No te vas a librar de mí, Abbigail Candford... No sé cómo, pero acabarás siendo mía.

Capítulo 9

Pasear por Hyde Park no era la afición predilecta del duque, pero después de haber tenido una mañana intensa de trabajo en el banco, al que en los últimos días no había acudido —Thaddeus se había estado encargando de mantener todo en orden—, pensó que no era tan mala idea. Junto a Cameron y a Andrew, se iba a hacer con nuevas participaciones en las líneas de ferrocarril, motivo que le había llevado a salir de su despacho en la mansión Cromwell y desplazarse hasta Oxford Street.

—No sé cómo diantres me dejo enredar por vosotros —les dijo a sus acompañantes.

—¿Tenías algo mejor que hacer? ¿Tal vez quedar con lady...?

—¿Nunca vamos a acabar con esa chanza, Hugh? —lo interrumpió.

—Es que no se me va de la cabeza, pero ya paro.

—Lo que yo me pregunto es qué pensará toda esta gente —Andrew miró alrededor— al vernos paseando a los cinco por estos jardines. ¿No es este el lugar en el que las parejas comienzan a cortejarse tras los bailes?

—Veo a varias de ellas, también a algunos matrimonios y a

jovencitas que se morirían por estar con cualquiera de nosotros —dijo Cameron.

—Eso ha sonado demasiado pretencioso.

—Es la verdad, Elijah, lo sabes tan bien como yo. Somos jóvenes, de buenas familias, con grandes fortunas...

—Y seguimos solteros —señaló Thaddeus—; aunque, de todos, yo soy el menos atractivo.

—¿Por ser hijo de un barón? Es una idiotez. —El duque lo miró directo a los ojos—. ¿Acaso la valía de un hombre se mide por el dinero que tiene en su bolsillo?

—Sí en esta sociedad, lo sabes tan bien como yo.

—Sé que tienes razón, pero no existe motivo alguno por el que te debas sentir inferior a cualquiera de nosotros, Thaddeus. Hace años fundamos nuestro propio club de caballeros, y este no se basa ni en las riquezas ni en las posesiones, sino en la amistad.

—Elijah..., para o me vas a hacer llorar.

—Mira que eres majadero, Hugh —le dijo haciéndose acompañar de una sonrisa.

—Esa palabra solo se la he escuchado decir a mi madre —señaló el vizconde de Drake—. Y ya que yo mismo he sacado a relucir a la familia, estoy cansado de las disputas con los Cook.

—¿No cesan?

—No lo harán jamás, Cameron —suspiró—. Comienzo a resignarme.

—Creo que nunca te he visto tan abatido.

—Y no lo estoy, Andrew. Tan solo ponía en práctica mis dotes interpretativas por si tengo que seducir a una viuda, a una casada...

—Porque lo de sentar la cabeza no entra en tus planes, ¿verdad? —le preguntó Elijah.

—De momento, no.

—Eres todo un crápula.

—¿No lo somos todos, duque? ¿O acaso estás pensando en...?

—No pienso en nada —lo interrumpió.

—Ya...

***

Abbi y Caroline se habían apostado sobre el puente del lago Serpentine. Milfred y Sally, sus doncellas, quienes no debían apartarse de ellas en ningún momento, se habían sentado en uno de los bancos, bajo la sombra de un roble, a una distancia más que significativa de ellas. Las mellizas agradecían poder estar a solas.

Les había costado convencer a su madre para que las dejaran salir ese atardecer. Al final, y tal vez por el sentimiento de culpa que aún rondaba el corazón de la baronesa, accedió. Les pidió a las doncellas que no se apartaran de sus hijas bajo ningún concepto; pero, como tampoco se fiaba de ellas, también envió a Melvin, quien nunca se había visto en una situación tan ridícula, escondiéndose de cuatro jovencitas, ocultándose entre los troncos de los árboles o dándose media vuelta con estrépito si alguna de ellas se giraba y miraba en su dirección.

—Me gustaría tener alas para poder volar muy lejos de aquí.

—¿Me dejarías sola?

—Claro que no, hermanita. Tú vendrías conmigo.

—Pero no tengo alas —dijo Caroline.

—Yo misma las confeccionaría y te las cosería a la espalda... —Se mantuvo en silencio por unos instantes mientras sus ojos verdes se mantenían posados en las aguas del lago—. Yo tampoco tengo y es una pena.

—¿Qué te está sucediendo, Abbi? Nunca te he visto tan nostálgica.

La triste de la familia soy yo —añadió.

—No, no lo eres, y no lo digas más, no me gusta escucharlo. —Se giró para mirarla—. No sé qué te hizo cambiar y respeto que no me lo quieras decir, pero sabes que haría todo por ti. Oh, Caroline, mi dulce Caroline, eres tan hermosa por fuera como por dentro. ¿Por qué no te ves como te veo yo?

—Es que tú me ves con los ojos del corazón.

—No podría hacerlo de otro modo, lo sabes. Eres mi otra mitad, mi alma gemela.

—Te quiero tanto, Abbi.

—Y yo a ti... Ay, ¿por qué estamos tan sensibles?

Ambas tenían un brillo especial en los ojos. Eran lágrimas que amenazaban con caer por sus mejillas.

—¿Ese no es...?

—¿El duque? Dime que no está aquí, por el amor de Dios.

—Iba a decir Melvin, pero eso es imposible —manifestó Caroline antes de añadir—: ¿Se puede saber por qué has pensado en él?

—¿En quién?

—En lord Cromwell, no te hagas la ingenua, porque no te pega.

—No sé de qué me hablas... ¡Pero qué buen día hace hoy!

Abbi se apresuró en desviar el tema y Caroline lo dejó estar.

***

—Deberíamos darnos media vuelta —dijo Andrew.

—¿Por qué motivo? —lo cuestionó Cameron.

—¿No empezáis a tener calor?

—No —se limitó a responderle el vizconde de Berkeley.

—Yo también las he visto; y, sí, nos vamos a acercar a saludarlas —manifestó Elijah.

—¿Habláis de las hermanas...? Oh, sí, son ellas —se respondió Hugh a sí mismo.

—No es buena idea —Andrew trató de persuadirlo por enésima vez.

—Siempre me dices lo mismo.

—Y siempre tengo razón, Elijah —afirmó.

—Si esa jovencita va a volver a mofarse del duque de Warrington, no me lo pienso perder —manifestó Cameron.

—Ni yo —afirmó Thaddeus para sorpresa de todos.

—Vaya, gracias por la confianza, *hermanos* —enfatizó aquella última palabra justo antes de tomar la delantera.

—¿Creéis que le gusta que lo ninguneen?

—No creo que a nadie le agrade algo así, Hugh; pero... vayamos, no nos quedemos atrás —los apremió Cameron.

***

—Oh, no... No mires a tu izquierda.

—¿En serio?

—Te he avisado, Abbi.

—¿Echamos a correr?

—¿Cómo vamos a hacer algo así? Saldríamos en los periódicos —musitó Caroline ante la proximidad de tan inoportuna compañía.

—Buenas tardes, señoritas Candford.

—Buenas tardes, lord Cromwell.

—El duque y... su séquito. —Abbi cuadró una sonrisa.

—No esperábamos encontrarnos con tan grata... visión —dijo Elijah, quien se sabía destinatario de demasiadas miradas.

Hugh fue el primero en reprimir la risa. Nunca antes lo había visto tan descompuesto y tan inseguro.

—¿Habla del Serpentine? Es realmente hermoso... Por cierto, qué mala suerte... —ironizó—. Le estaba diciendo a Caroline que era hora de marcharnos.

—¿Podemos acompañarlas? —se ofreció.

—No, no... —Sacudió la cabeza—. Nos sabemos el camino. Además, no necesitamos a un hombre, ni a cinco —miró al resto—, para regresar a casa. Si nos disculpa.

Abbi tomó a Caroline de la mano y se fueron alejando de ellos.

—Me voy a tomar la osadía de decirte que no tienes nada que hacer. —Hugh le dio unas palmaditas en la espalda.

—Eso está por verse. —Elijah no podía dejar de observarla mientras su silueta se iba haciendo más pequeña, hasta desaparecer.

***

Abbi salió de su recámara, bajó las escaleras que llevaban a la primera planta, alcanzó la cocina y salió de la mansión por la puerta que daba a los jardines. Caminó hasta alcanzar las caballerizas. Habían pasado horas desde la puesta de sol.

—Melvin —susurró—. ¡Melviiiiiin!

—Señorita Abbi, ¿se puede saber qué hace aquí y a estas horas?

—Quiero ir contigo.

—Venir, ¿adónde? —La miró sorprendido—. Me iba a marchar ya a mi cuarto.

—No me mientas, granuja. —Sonrió.

—Creo que se confunde.

—Vamos a ver... —Se cruzó de brazos—. Sé perfectamente que acudes a esas peleas ilegales que se celebran a las afueras...

—No sé de qué me habla.

—Y voy a ir contigo —ignoró su intervención.

—¿Se ha vuelto loca?

—¿Acaso no lo he estado siempre?

—Es posible que... —Melvin sacudió la cabeza y trató de poner sus ideas en orden—. No puede hacerlo, señorita Abbi. Es demasiado peligroso. Además, no es lugar para mujeres.

—Por eso, esta noche seré un hombre.

—¿Qué quiere decir?

—Que me vas a prestar tu ropa, Melvin, eso es lo que digo; y tú y yo vamos a ir a ver una de esas peleas clandestinas.

—No entiendo por qué quiere hacer algo así.

—Por curiosidad.

—No se lo recomiendo. Es demasiado violento.

—Es mi decisión.

—No está siendo sensata... Es más, sabe que me estaría jugando mi trabajo y mi sustento. Si su madre...

—No se enterará y, en el supuesto, remotísimo, de que lo hiciera, le diré que te obligué.

—No me haga esto, señorita.

—Por favor. Solo será esta noche. Te juro que no habrá una segunda. Por una vez quiero saltarme las normas a lo grande, pero sin que nadie se entere. Será nuestro secreto, Melvin, tienes mi palabra.

***

El mozo de cuadras no podía creer que estuviera caminando por los suburbios de la ciudad en compañía de una de las hijas de la baronesa Candford. Por mucho que se hubiese disfrazado de hombre y que su melena quedara oculta bajo una boina, él no podía dejar de ver a la insensata de Abbi.

—Hemos llegado —le hizo saber—. Por favor, no camine con tanta delicadeza. Abra las piernas y rásquese el trasero de vez en cuando si es necesario.

—¿Eso hacéis los hombres?

—Aquí se da cita lo más bajo de la sociedad, aunque...

—Está bien, Melvin, lo he entendido. ¿Entramos?

—No se separe de mí.

—No lo haré, te lo prometo.

—Y, si comienza a sentirse indispuesta, hágamelo saber y nos marcharemos —continuó advirtiéndola.

—Vaaaaamos. —Casi lo empujó al interior.

Lo primero que le causó impresión a Abbi fue el fuerte olor que había en aquel sótano. Era una mezcla de sudor y de alcohol que se hacía insoportable. Aun así, continuó andando, abriéndose camino entre hombres enfervorizados —la primera pelea de la noche ya había comenzado— sin perder de vista al mozo. No se detuvieron hasta colocarse en un lugar privilegiado, muy próximo a un ring maltrecho, donde dos jóvenes casi imberbes se golpeaban sin piedad.

—Oh, Dios mío...

—¿Se encuentra bien?

—Sí —dijo en su susurro antes de que le sobreviniera una primera arcada.

Cuando uno de los luchadores comenzó a sangrar de forma abundante, echando bocanas, apretó fuerte los ojos y comenzó a temblar. Nunca antes se había odiado como lo hacía en ese momento. ¿Por qué demonios había ido? ¿Qué podía tener de atractivo ver a dos hombres golpeándose, en ocasiones, hasta la muerte, según había oído?

Se estremeció y pensó que se desvanecería de un instante a otro.

Entonces, sintió que un brazo rodeaba su cintura con firmeza.

—Abbigail Candford, ¿se puede saber qué hace en un lugar como este?

Capítulo 10

Abbi era arrastrada y se dejaba llevar. Necesitaba salir de allí. Por mucho que la persona que trataba de alejarla de aquel lúgubre punto de la ciudad y se esforzaba para que su enjuto cuerpo no impactara con el de ninguno de aquellos exaltados hombres, apenas lo lograba. Decidió cubrirla con el suyo y ser él quien recibiera los envites.

—Melvin, yo... —sollozaba, pero era imposible que alguien pudiera escuchar su voz.

Mantenía los ojos cerrados, apretados, llorosos. No deseaba ver nada de cuanto sucedía a su alrededor, y no los abrió hasta sentir una leve brisa sobre el rostro, señal inequívoca de que había salido de aquel tugurio.

Aquellos brazos, fuertes, la soltaron. Lo hicieron para tomar su mano y hacerla caminar unos metros. Necesitaba apartarla de allí, y no se detuvo hasta alcanzar una de las calles contiguas, apenas iluminada.

Por primera vez, abrió los ojos y miró a Melvin, o eso creía. Se sentía muy avergonzada. En cambio, no se encontró con la mirada marrón del mozo de cuadras, sino con un iris grisáceo que no podría

confundir con ningún otro.

Su reacción más inmediata fue soltarse de su mano y dar unos pasos hacia atrás mientras trataba de ignorar los latidos de su corazón.

—Jamás esperé verla en un sitio como este, señorita Candford.

—¿Señorita... qué? —agravó el tono de voz.

Abbi recordó las palabras del chico, se abrió de piernas y se rascó el trasero con cierto descontrol.

—No sea ridícula.

—Se equivoca, caballero —continuó con su puesta en escena.

—Nunca podría confundir ni sus ojos, ni sus labios.

—Es un demente —trató de darle la espalda.

—No, no va a ir a ninguna parte.

—Suélteme, lord Cromwell, ¡se lo exijo!

A Abbi se le cayó la boina y su melena negra, esa que había tratado de mantener oculta, cayó a ambos lados de su rostro.

—No puedo creer lo que veo. —Elijah sacudió la cabeza.

—¿Cree que me importa decepcionar a alguien como usted?

—Pienso, y sé, que este no es lugar para una dama, y no encuentro una explicación para semejante despropósito.

—Yo... solo quería tener algo de libertad. —Clavó la mirada en el suelo.

Se sentía avergonzada. Era evidente y él podía advertirlo.

—¿Y le llama libertad a esto? ¿En qué momento pensó que le podría atraer tanta violencia?

—No lo imaginé así...

—¿Pensaba que iban a danzar, como en el ballet de *Giselle*?

—No se ría de mí.

—No lo pretendo.

—Ya... *Giselle* es un ballet precioso, lord Cromwell —musitó.

—¿Es una romántica, señorita Candford? —Torció una sonrisa que a Abbi le agradó.

—En absoluto.

—Lo cierto es que no le pega ni una cosa ni la otra.

—¿A qué se refiere?

—Dudo que el romanticismo sea lo suyo, al igual que no lo es salir a hurtadillas de su casa para asistir a un espectáculo tan deleznable —aseguró Elijah.

—No me conoce de nada.

—Su mirada dice lo que sus palabras tratan de esconder.

—Es un presuntuoso, duque.

—Solo digo lo que veo.

—Márchese y déjeme en paz —le pidió.

—¿Cómo cree que la voy a dejar en mitad de la nada, de noche, con los peligros que entraña esta ciudad?

—No finja que se preocupa por mí.

—Es insufrible, señorita Candford... ¿Piensa que me habría molestado en sacarla de ahí si no me importara?

—¿Es así como logra meterse en las camas de jovencitas inexpertas o de viudas...?

—No me conoce, no debería juzgarme tan a la ligera —la interrumpió.

—Solo digo lo que he escuchado.

—También pensó que una pelea clandestina le podía atraer por lo que había oído, y ya ve...

—Pero a usted sí parecen gustarle, lord Cromwell.

—Se equivoca de nuevo.

—¿Entonces...? —Abbi parecía turbada.

—Estoy aquí por negocios, eso es todo.

—¿Negocia mientras ve cómo dos hombres se golpean hasta...? —

No pudo continuar.

El olor, aquella dantesca visión, la sangre... aún amenazaban con hacerla caer. Sentía que si detenía aquella lucha dialéctica sus piernas volverían a temblar y sus ojos a nublarse.

—Respeto las aficiones que tenga alguien que me pueda reportar un beneficio, ni más ni menos.

—¿Y lo ha logrado?

—Digamos que su llegada ha cambiado por completo mis planes.

—¿Cómo me ha reconocido?

—Ya se lo he dicho, jamás podría confundirla con nadie más.

—Parezco una pordiosera —admitió.

—Ese pantalón, aunque sucio y raído, marca sus curvas; y...

—Deje de mirarme así —comenzaba a ruborizarse.

—¿Así... cómo?

—No sabría...

—Dígalo, señorita Candford... ¿No es tan valiente para ciertos asuntos?

—Iba a decir con... con... con deseo —le imprimió rapidez a su dicción.

—¿Le molesta?

—No se acerque más —le pidió.

Elijah ignoró su advertencia. Conforme él iba dando pasos al frente, ella iba reculando.

—¿Se siente violentada?

—No. —Logró mantener su mirada.

—Me alegra escucharlo, porque no es lo que pretendo.

—¿Y qué persigue?

—Solo trato de acercarme más a usted.

Abbi sintió como su espalda rozaba la pared y se supo acorralada. Miró hacia su izquierda; a continuación, lo hizo hacia su derecha.

—No se acerque más, por favor —sonó a súplica.

—No puede echar a correr, si es lo que está pensando.

—Solo quiero que me deje ir.

—Le he dicho que no.

Elijah apoyó su frente sobre la de aquella jovencita trémula.

—¿Qué quiere de mí? —dijo en un susurro.

Su corazón se había desbordado y él podía notarlo bajo aquella camisa que un día debió ser blanca.

—La quiero a usted.

Abbi podía sentir la respiración del duque sobre su boca. Tragó saliva e intentó controlar su respiración.

—¿Por qué a mí?

—Si le digo que la admiro, ¿me creerá?

—¿Es lo que les dice a todas?

—Deje de hacerse la dura, señorita Candford.

—No sea tan vanidoso, duque.

—¿Acaso su corazón no late por mí?

—Claro que no, idiota —no pudo reprimirse.

—Ese insulto, salido de sus labios, suena a gloria.

—Es tan ridículo.

—Ya somos dos. —Sonrió.

—Apártese de mí, por favor; y hagamos como si esto nunca hubiese sucedido. Se lo suplico —añadió.

—De eso nada... Ahora, está en mis manos.

—¿En sus manos?

—¿Quiere que su madre se entere de su salida? ¿O acaso prefiere que se haga extensible a toda la ciudad? Porque, con solo hacer una visita a *The Times*, su reputación y la de su familia quedarán en entredicho.

—Es un maldito miserable.

Abbi posó ambas manos sobre su pecho en un intento por apartarlo. No lo logró.

—Solo juego mis cartas.

—¿Me va a chantajear?

—Solo quiero que me dé una oportunidad.

—¡En contra de mi voluntad! —gritó.

—Haré que cambie su percepción sobre mí, Abbi.

—No me llame por mi nombre.

—¿No le gusta?

—Me desagrada todo de usted, y más ahora que sé de lo que es capaz.

—Solo pretendo que me conozca, ¿es que no lo entiende?

—Es un duque, puede tener a la mujer que quiera. Déjeme...

—Ya se lo he dicho: la quiero a usted.

—¿Aunque sea por coacción?

—Emplearé la artimaña que sea necesaria.

Elijah sostuvo el mentón de Abbi entre sus dedos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Por favor... —musitó.

Pero el duque pasó por alto su súplica. Acercó sus labios a los de ella e hizo que se rozaran.

—Voy a besarla —le advirtió.

—No...

La silenció entreabriendo su boca y logrando que aquella jovencita temblorosa también lo hiciera. Abbi se estremeció al sentir el contacto de su lengua y, por una extraña razón que no lograba entender, se dejó impregnar por su saliva y fue cómplice en aquel juego de seducción.

—Apártese de ella ahora mismo.

Melvin empujó a Elijah, logrando que se desestabilizara. Abbi, por

su parte, se quedó paralizada.

—¿Está bien, señorita?

—Yo... sí... no... —Se le aturullaban las palabras y las ideas.

—Estaría mejor de no haberla traído a este lugar, muchacho.

—Oh, señor, digo... lord Cromwell... No le había reconocido. De haberlo hecho yo no...

—Está bien, pasaré por alto que me has golpeado; pero ¿se puede saber por qué la has dejado venir?

—No quería, se lo juro, señor; pero...

—Ella te convenció, claro.

Melvin miró a Abbi, quien parecía fuera de sí.

—No la culpe, por favor. Ella solo quería ver algo novedoso. Es alocada e impulsiva y...

—Te convenció —afirmó Elijah.

—Así es, señor.

—No te culpo por ello, muchacho, sé de sus encantos; pero no debiste acceder bajo ningún concepto.

—Lo sé... Casi me vuelvo loco buscándola. Pensé que la habían secuestrado o algo mucho peor... Me he imaginado su cuerpo flotando en las aguas del Támesis.

—No seas tan dramático, Melvin —le dijo Abbi una vez más recompuesta—. Vámonos a casa.

—Lo haremos en mi carruaje, y no admito protesta alguna —sentenció el duque.

***

—Bájate y espera junto a la entrada trasera de la mansión —le dijo Elijah al mozo.

Melvin acató sus órdenes. Sabía que había cometido el mayor

error de su vida.

—Yo también...

—Espere un momento —la detuvo.

Abbi volvió a sentarse frente al duque.

—¿Qué quiere ahora?

—No haré nada en su contra, solo actuaré a mi favor —manifestó.

—Es imposible.

—No, no lo es... Ya lo verá.

—¿Me tiene en su manos?

—Y pronto espero tenerla también entre mis sábanas. —Torció una sonrisa.

Tan solo pretendía provocarla.

—Es un desalmado.

—Me dijeron que Abbigail Candford y su hermana eran dos demonios.

—Seguro que fue el imbécil del vecino.

—Su desfachatez me enloquece.

—A mí me hastía su presencia, duque.

—No le creo nada... Pare —la detuvo una vez más—. Mañana asistirá al baile que celebra el marqués de Bedford, y no se apartará de mí en toda la velada.

—¿Quién se ha creído para darme órdenes?

—Alguien que la tiene en gran estima.

—Su cinismo me abruma.

Elijah acercó su rostro al de Abbi.

—Me atrevería a afirmar que no le hastiaban mis besos; es más, diría que...

Abbi abrió la puerta del carruaje y se precipitó al exterior, dejándolo con la palabra en los labios.

—Muchacho —llamó la atención de Melvin—, no te apartes de ella

hasta que entre en la mansión, ¿me has entendido?

—Alto y claro, señor.

Abbi echó a andar como alma que lleva el diablo mientras Elijah la observaba divertido y excitado.

—Señorita, yo...

—No digas nada, Melvin; no digas nada.

Capítulo 11

Elijah se había estado regocijando en su suerte toda la noche. Hubo un recuerdo, en especial, que no logró arrancar de su mente: dos lenguas enredadas, un intercambio de saliva exquisito, dos corazones enardecidos, dos cuerpos pidiendo a gritos más y más, pese a la terquedad de ella y a la extorsión de él.

—Buenos días, madre. —Besó a Marguerite en la frente.

—Anoche llegaste tarde; en cambio, esta mañana te veo radiante, hijo.

—Fue una buena noche. —Sonrió.

—¿Me lo vas a contar?

—En otro momento, si no te importa. Ahora, me gustaría que desayunaras conmigo.

—¿En uno de los salones?

—En los jardines, madre..., por favoooor —añadió.

—Me acabas de recordar al niñito que un día fuiste, hijo. —Desplegó sus labios formando una hermosa curvatura ascendente.

—Verte sonreír es la mayor de mis fortunas.

—Lo haré más, por ti.

—Por ti, madre; en primer lugar, tienes que hacerlo por ti.

La duquesa besó a Elijah en la frente.

—Qué suerte tenerte, hijo mío.

—El único afortunado soy yo y lo seré aún más cuando ambos cumplamos nuestra parte del trato.

—¿Avanzas?

—Avanzo —afirmó y en su mente volvió a tomar forma aquel callejón, un cuerpo tembloroso de mujer y las curvas que dejaban entrever unos pantalones viejos y sucios.

Elijah no pudo evitar sonreír al recordar la puesta en escena de Abbi al querer hacerse pasar por un hombre rascándose el trasero.

—Te abrirás de piernas, sí; pero lo harás para mí, conmigo, para goce de los dos —pensó antes de abandonar la recámara de Marguerite—. Te espero en los jardines, madre.

—No tardo, hijo.

***

Abbi aún permanecía en la cama. Apenas había dormido. El duque de Warrington se había convertido en una tortura; y en una muy real.

«¿Cómo has podido ser tan estúpida?», se había reprochado una y otra vez.

Apenas habían pasado horas desde aquel encuentro y aún temblaba. Saberse a su merced era como estar sentenciada a muerte. Así era como se sentía. Recordar aquel acercamiento, en cambio, le provocaba una mezcla de hastío y de agrado. Era toda una contradicción. No se podía amar y rechazar algo o a alguien al mismo tiempo.

Él no la amaba. Estaba convencida de que tan solo se había convertido en un capricho más de un duque acostumbrado a poseer

todo cuando deseaba. Y ella misma se lo había servido en bandeja.

Ser impulsiva era una cualidad con la que siempre había convivido, pero nunca antes un arrebato, o una mala decisión, le había causado tanto perjuicio. Ella, que era una mujer libre, que no quería ataduras, que solo renunciaría a sus alas por amor, por uno verdadero, había caído en una trampa que ella misma había cimentado.

—Abbi.

—Debajo de las mantas —respondió con un hilo de voz.

Caroline, en lugar de echarlas hacia atrás y dejarla al descubierto, se ocultó con ella.

—¿Te encuentras mal?

—No, es solo que no tengo ganas de levantarme esta mañana —mintió a medias.

—Entonces, me quedaré aquí contigo. ¿Te importa?

—¿Cómo me preguntas eso, hermanita? Si eres mi alma gemela.

—¿Para siempre?

—Para toda la vida —respondió Abbi—. ¿Me abrazas?

Caroline no contestó. Se hizo un ovillo a su lado y la rodeó.

—No estés triste, por favor.

—¿Cómo voy a estarlo si tengo a mi hermana junto a mí?

—Te quiero, Abbi.

—Te quiero, Caroline.

***

Geraldine se había refugiado en el invernadero. Ella también era una amante de las flores, gusto que habían heredado sus hijas.

—Su café, señora.

—Ponlo sobre la mesa, Milfred —le dijo—. ¿Y las niñas?

—En la recámara de la señorita Abbi —le respondió.

—Pídeles que vengan.

—Ahora mismo, señora.

***

—No quiero levantarme.

—Vamos, Abbi, démosle el gusto a madre, que bastante contrariedad le causamos ya.

—¿Por qué eres tan buena?

—Tú también lo eres.

—No es verdad. Yo...

—Shhhhh... Ni se te ocurra decir ninguna tontería. —Caroline llevó un dedo a sus labios y le sonrió—. Dile a nuestra madre que enseguida vamos.

—Así lo haré, señorita Caroline.

***

—Buenos días, madre —la saludaron al unísono.

—Buenos días, hijas... Acercaos.

Las mellizas Candford se agacharon al lado de su madre, dejando a la baronesa en el centro.

—Estas rosas amarillas me recuerdan mucho a ti, Abbi.

—¿Por qué?

—Simbolizan energía, ganas de vivir e inteligencia.

—No soy tan astuta como creía —afirmó y lo hizo al tiempo que ese ring, ese olor nauseabundo y ese brazo rodeando su cintura con firmeza se volvieron a colar en su cabeza.

—Lo eres, querida... —Geraldine se giró hacia su derecha—. Y

estas rosas blancas, emblema de pureza y de inocencia, me recuerdan a ti, Caroline.

—¿Quiere decir que soy una ingenua, madre?

—Claro que no, mi niña... Eres un ser de luz, siempre lo has sido; y tan inteligente como tu hermana.

—Eso está más que claro —aseguró Abbi.

—Tengo algo que deciros.

—Ya lo entiendo, madre... Nos estaba endulzando el oído antes de darnos una noticia nefasta. ¿Cree que así tendrá menos impacto?

—Siempre tan sagaz, Abbigail —suspiró—. Esta noche asistiremos al baile que organiza el marqués de Bedford.

—Yo no...

—Cuente con ello, madre.

Caroline miró a su hermana con estupor. No podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Abbi aceptando con diligencia ir a una de esas veladas que tanto detestaba?

—La modista vendrá en media hora —les hizo saber—. Desayunad algo rápido. No quiero que la hagáis esperar.

—A sus órdenes.

Abbi salió del invernadero. Caroline lo hizo pasados unos minutos. Acababa de presenciar algo inaudito hasta la fecha y estaba verdaderamente contrariada.

***

—Melvin.

El mozo se encontraba en las caballerizas.

—Señorita Abbi...

—No tienes por qué sentirte culpable por nada. Yo te obligué.

—Pasé mucho miedo.

—Lo sé y lo siento —se disculpó.

—El duque...

—No dirá nada. Por esa parte puedes estar muy tranquilo.

—¿Me da su palabra?

—La tienes —le dijo Abbi antes de acercarse a su yegua—. Hola, Lady Susan. Quería que conocieras a alguien, pero es un impresentable. ¿Me perdonas por estar a punto de prometerte con un duque de lo más insoportable?

Melvin no pudo aguantar la risa.

—Lo siento, señorita. No pretendía...

—Nunca pidas perdón por reír. Eres un jovencito muy capaz, Melvin; pero tienes que decidirte.

—¿A qué se refiere?

—¿Milfred o Sally? No puedes seguir embaucándolas a las dos.

—¿Cómo sabe...?

—Tengo dos ojos que, además, te vieron el otro día en Hyde Park... ¿Nos seguías a Caroline y a mí, o a tus novias?

—Esto... Verá..., yo...

—Es una broma, relájate. Sé que fue una orden directa de mi madre —dijo y el mozo se sintió algo aliviado—. En serio, decídete o acabarás haciéndole daño a las dos. Está claro que alguien tiene que perder, es inevitable.

***

Marguerite se encargó de colocar bien la corbata de Elijah y él sentía que comenzaba a recuperar a su madre. Lewis, el ayudante de cámara del duque, los observaba con ternura.

—Te noto diferente, hijo.

—Presiento que esta va a ser una gran noche, madre.

—¿Abbigail Candford tiene algo que ver?

—Es un secreto. —Sonrió.

—Por encima de todo, trata de divertirte.

—Procuraré hacerlo si esos cuatro...

—Hoy no se aseguran de que hagas acto de presencia, deben tenerlo muy claro.

—Les he prohibido volver a vigilarme. ¿Acaso necesito a cuatro institutrices?

—Cómo me alegra ver que tu sentido del humor está de vuelta.

—Y yo soy feliz al verte sonreír, madre.

La duquesa lo besó en la mejilla y, desde el ventanal de la recámara de su hijo, lo vio partir.

***

De nuevo, al igual que sucediera en su primer baile tras el fallecimiento de Jane o en su paseo por Hyde Park, las miradas recayeron sobre él, a quien poco o nada podía importarle tan nimio detalle. Su atención estaba centrada en la puerta por la que la causante de sus desvelos debía entrar de un momento a otro.

—¿Esperas a alguien, duque? —le preguntó Hugh.

—Es posible.

—¿No has tenido suficiente ya?

—Nunca lo es, Cameron.

—Sin querer ofenderte, creo que deberías dejar de insistir.

—Gracias por tu consejo, Thaddeus.

—No lo vas a tener en cuenta, ¿verdad?

—No —fue escueto en su respuesta.

—Estás perdiendo el juicio.

—Yo le echo valor, Andrew... Y, ahora, si me disculpáis.

Abbi, acompañada por su madre y por su hermana, acababan de poner un pie en aquel salón.

—Oh, no... —se lamentó el vizconde de Berkeley, quien aún le daba vuelta a la frase que el duque le acababa de soltar—. Allá va otra vez.

—Apuesto a que lo vuelve a rechazar —declaró Hugh.

—No nos cabe la menor duda, visionario —le dijo Cameron.

***

—El duque...

—Ya lo veo —le dijo Abbi a su hermana.

—No seas grosera con él, por favor —le pidió Geraldine.

Elijah se detuvo frente a ella y lo hizo con una seguridad aplastante, sabedor de que lo tenía todo a su favor.

—Baronesa Candford...

—Lord Cromwell —le devolvió el saludo.

—Señoritas Candford...

Ambas se inclinaron con sutileza.

Cuando los primeros acordes comenzaron a sonar, y tal y como ocurriera en el baile organizado por el duque de Hereford, Elijah fijó toda su atención en la jovencita de ojos verdes.

—¿Me concede este baile, señorita Candford?

—Con sumo gusto, lord Cromwell. —Tomó la mano que el duque le ofrecía.

Capítulo 12

Mientras Elijah y Abbi caminaban tomados de la mano hacia la zona de baile...

Los ojos violeta de Caroline creían estar siendo engañados. Los frotó, llegando a pensar que estaba inmersa en un sueño. ¿Cómo era posible que su hermana aceptara de buen grado acompañar al duque? Ya la había sentido extraña desde la mañana, cuando no dudó en someterse a los dictados de su madre sin oposición alguna. No era lo normal en ella. Ese cambio tan extremo, de la noche al día, tenía que deberse a algo, pero... ¿a qué?

—¿Los ves, hija? Son el centro de atención de todos los invitados. —Geraldine estaba exultante.

—¿No le resulta extraño, madre?

—Me parece todo un prodigio —respondió.

—Dijo que lo odiaba.

—Ya sabes, querida, que del amor al odio...

Caroline, quien también había sospechado que no lo repudiaba tanto como quería hacer ver, no advertía atisbos de felicidad en el rostro de su hermana pese a haberse asido a la mano del duque con

tanta premura.

—No hay puente alguno que los pueda acercar —musitó al tiempo que su mirada se desviaba hacia cuatro caballeros que tampoco parecían salir de su asombro.

***

Andrew pasó de observar a aquella sorprendente pareja de baile a posar sus ojos turquesa sobre la pequeña de los Candford. En ella pudo apreciar la misma contrariedad que estaba sintiendo él. Al notar que sus miradas se cruzaban, no pudo evitar desviar su atención.

—¿Cómo demonios lo ha logrado? —cuestionó Hugh.

—Es el duque de Warrington; al final, la señorita Candford habrá entrado en razón.

—Debe ser eso, Cameron —dijo Thaddeus—. ¿Dónde va a dar con un hombre mejor posicionado que él?

—Abbi no es así —intervino Andrew—. Hay algo más, algo que se me escapa —terminó diciendo en un susurro.

—¿Qué has dicho? —le preguntó el vizconde de Drake.

—Nada —negó antes de darle un largo trago a su copa de whisky.

***

Abbi estrechaba la mano del duque. Mientras tanto, su otra mano descansaba sobre su espalda y podía sentir el decoroso contacto de él sobre su cintura, muy distinto a aquel que notó la noche anterior mientras la arrastraba fuera de aquel tugurio. No habían perdido el contacto visual en ningún momento, a pesar de la incomodidad que ella sentía. Sus cuerpos se movían al compás. Ella, muy a su pesar,

también había sido instruida en la disciplina de la danza, a la que nunca le dio la importancia que sí tenía para tantas y tantas jóvenes que se jugaban el todo o la nada en veladas como aquella.

Abbi no podía negar que Elijah Cromwell era el hombre más atractivo con el que se había cruzado. Sus rasgos eran finos y armoniosos, sus ojos aún más hermosos que las aguas del Serpentine y sus labios... Recordó aquel primer beso robado y esos otros en los que no logró frenarse, en los que se dejó llevar y que habían provocado que su pecho latiera con un descontrol hasta entonces desconocido. Abbi se tensó.

—Relájese —le dijo el duque.

—Todo el mundo nos mira.

—Sé que ese no es el motivo que la mantiene tan intranquila —aseguró.

—¿Ah, no? ¿Y según su merced es...?

—Tenerme tan cerca.

—Su vanidad no es de este mundo, duque.

—Podría afirmar lo mismo de su belleza, señorita Candford.

—Idiota.

—Diosa. —Se mordió el labio inferior y Abbi sintió una punzada en el estómago.

—En el manual de aprendices de baile, se nos exige que no hablemos mientras...

—¿Acaso existe semejante idiotez o es que tiene miedo a decir algo que pueda comprometerla?

—¿A mí?, ¿con su merced...? —volvió a ironizar.

—No me llame así; no soy más que usted.

—Es un duque, y yo la hija de una baronesa... No ocupamos el mismo lugar.

—¿Cree que me importa el título que ostente, señorita Candford?

Me habría fijado en usted aunque fuera una humilde doncella.

—Es muy fácil decirlo desde su posición... Conmigo no le funcionarán las palabras bonitas y edulcoradas. Recuerde por qué estoy aquí.

—¿Bailando conmigo? —Abbi asintió—. Porque quiere hacerlo.

—No sea cínico, duque... Me está obligando.

—No debería verlo así.

—¿Ah, no? ¿Y cómo debería llamar a esto?

—¿El inicio de un idilio para toda la vida?

—Pero qué ridículo es... y tenga cuidado, ha estado a nada de pisarme.

—La culpa es de sus labios. No puedo dejar de mirarlos; y si me desvío hacia abajo y veo su escote...

—No sea atrevido o...

—¿Qué hará?

—Si estuviésemos a solas, le habría abofeteado —le aseguró.

—¿Como lo hizo anoche cuando la besé o..., más bien, cuando nos besamos?

—Iba a apartarlo de mí y a golpearlo, pero Melvin se me adelantó —intentó sonar segura.

—Ya... —Sonrío.

—No se ría de mí, duque.

—No lo hago... Me gusta su personalidad, señorita Candford. En realidad, me gusta todo de usted, lo que veo y lo que imagino.

—Es un crápula —dijo Abbi entre risas.

No lo pudo evitar y se odió por ello.

***

—Esa sonrisa ha sido muy real, ¿verdad, hija?

—También me lo ha parecido, madre. —Caroline estaba cada vez más contrariada.

—¿Y se puede saber por qué no bailas tú?

—No olvide que vengo por obligación, madre... ¿No tiene suficiente con ver a una de sus hijas bailar con el duque de Warrington?

—En esta ocasión, he de darte toda la razón; pero, al menos, confraterniza con otras jovencitas, conversa con ellas, chismorrea...

—No me van esas cosas, madre, ya lo sabe.

—Ya, mi hija prefiere leer a Jane Austen —suspiró.

—Entre otras grandes mujeres.

—Ay, ay, ay... —Caroline la miró con estupor. ¿Le estaba dando un infarto?—. Ha terminado el primer baile, ¿qué harán ahora?

—Ah, es eso —musitó.

En realidad, ella estaba tan expectante como la baronesa y cuatro caballeros que, frente a ellas, tampoco parecían salir de su asombro.

***

Abbi trató de apartarse de Elijah, pero él se lo impidió. Sin importarle las miradas, la condujo hacia una de las esquinas de aquel salón tapizado con motivos florales y con exuberantes lámparas de araña que le conferían un matiz amarillento bastante envolvente.

El duque aceptó una copa de whisky y le entregó una limonada a su acompañante.

—Quiero ir con mi hermana.

—Tómese esto conmigo y después le permitiré marcharse.

—¿Me permitirá? ¿Acaso se ha convertido en mi carcelero? —le dijo con tristeza.

—No me mire así, se me parte el alma.

—¿Y de qué otro modo quiere que le vea, señor Cromwell? ¿Me ha dado otra opción?

—Solo quiero que me ame.

—Nunca lo haré.

—Sus ojos dicen algo muy distinto a aquello que sale de sus labios —. Estuvo tentado a pasar la yema de sus dedos por ellos.

—El amor no puede nacer de una persuasión, duque.

—Solo juego mis cartas, ya se lo dije... Es usted o no será nadie —suspiró—. Vaya con su hermana, pero la espero para un segundo baile.

—¿Y habrá un tercero?

—Creo que, por esta noche, con dos estará bien.

Abbi esbozó una tímida sonrisa —era su modo de agradecerle la dispensación— antes de darle la espalda e ir alejándose de aquel descarado y perturbador duque.

***

Abbi encontró a Caroline sentada en una de esas sillas en las que pasaban la noche aquellas jovencitas que nadie sacaba a bailar y se acomodó a su lado. Ambas guardaron silencio. Una no sabía cómo encontrar la pregunta adecuada y la otra no tenía una explicación convincente que dar.

A unos pasos de ellas, se encontraba su madre. Conversaba animadamente con Reginald, el maestro esgrimista.

—¿No crees que hacen buen pareja?

—¿Madre y tu profesor?

—Sí.

—Me lo parece —afirmó Caroline también.

—Hace años que padre murió y ella aún es joven.

—Estoy de acuerdo contigo, Abbi. Tiene derecho a volver a enamorarse —añadió.

—Hermanita, yo...

—No tienes que darme explicaciones si crees que no es el momento adecuado —se mostró comprensiva.

—Pero...

Caroline tomó una de sus manos.

—Llevas años respetando mis silencios, ¿de verdad piensas que te voy a exigir nada? Sé que está sucediendo algo que no llego a comprender, pero llegará el día en que lo haga. Lo único que quiero es tu felicidad, Abbi, lo demás no me importa.

—Oh, hermanita... Me vas a hacer llorar —dijo entre sollozos.

—¿Cómo crees? Ni se te ocurra. ¿Abbigail Candford se convierte en la sensación de la noche tras bailar con el duque de Warrington y acto seguido rompe a llorar?

—Se te daría muy bien trabajar en un periódico... Ese titular sería insuperable —bromeó Abbi—. Un momento, ¿ese no es el tío Harold?

—¿Dónde?

—Ya no lo veo, pero juraría que era él... Quiero ver a Violet.

—Y yo también, Abbi... ¿Le pedimos a madre que nos lleve?

—Lo haremos.

***

—Elijah...

—Duque...

—Amigo...

—Hermano...

Los fue ignorando uno tras otro. Un nuevo baile iba a comenzar.

—Caroline, yo...

—Ve con él. —Se mostró cómplice.

La joven se puso de pie y cuando Elijah le ofreció su mano volvió a tomarla.

Abbi apoyó su brazo ligeramente sobre el suyo y, con la cabeza erguida y la espalda recta, sintiendo el contacto de la mano del duque sobre su omóplato, se dispuso a dar los primeros pasos de aquel vals.

—La noto más relajada.

—Lo estoy —admitió.

—¿Necesitaba la aprobación de su hermana?

—Caroline jamás me enjuicia, ni tan siquiera me ha preguntado el porqué de mi cambio de actitud —le explicó.

—¿No le ha contado lo que sucedió anoche?

—No lo he estimado oportuno.

—¿Me está protegiendo, señorita Candford?

—Solo trato de solucionar todo esto por mí misma, sin inmiscuir a nadie más... No se crea tan importante.

—Quiero que me lo haga sentir.

—No pida imposibles, duque. —Elijah torció una sonrisa y Abbi volvió a sentir que algo en sus entrañas se removía—. Y, ahora, si no es mucho pedir, ¿se puede limitar a bailar?

El duque optó por no torturarla más.

Con cada giro, con cada acercamiento y cada vuelta, la respiración de Abbi se iba apaciguando. Del recelo inicial, había pasado a dejarse llevar, como en aquel maldito callejón maloliente.

Pensó que, inevitablemente, al día siguiente todos los asistentes hablarían de una de las mellizas de la baronesa Candford y del duque de Warrington, y no le importó. Solo ellos sabían que todo aquello no era sino una puesta en escena.

—La veo mañana —le dijo Elijah al término de ese vals.

—¿Mañana? ¿Dónde? ¿Por qué?

—No pregunte tanto, ya lo descubrirá. —Besó su mano y le dedicó una encantadora sonrisa.

Capítulo 13

«Maldita sonrisa, malditos ojos grises y... maldito duque». Abbi se retorcía de coraje cada vez que recordaba sus últimas palabras; pero, por encima de estas, cobraban una magnitud excepcional e irritante sus gestos.

¿Cómo era posible que llevara parte de la noche y toda la mañana, con sus largas horas, pensado en él? La estaba extorsionando. Se valía de información privilegiada y de una vil amenaza para jugar con ella y, pese a todo, ¿no lograba apartarlo de su mente?

Solo otra persona se había disputado ser parte de sus desvelos esa madrugada: Violet.

***

—Madre, ¿ha visto al tío Harold en el baile? —le preguntó una vez en el carruaje, de vuelta a casa.

—Sí, pero no he podido hablar con él; es tan esquivo.

—Queremos ir a ver a nuestra prima —le dijo Caroline.

—Ya sabéis cómo es...

—Era como una hermana pequeña para nosotras, madre; ¿y de la

de noche a la mañana no podemos ni tan siquiera verla?

—¿Por qué no nos lo permite? —cuestionó también Abbi.

—Tal vez sea ella quien no quiere veros.

—Eso es imposible, madre. Tiene que llevarnos a su casa, si no iremos por nuestra cuenta.

—Ya lo discutiremos, hija. Ahora, regocijémonos en tus bailes con el duque.

***

«Una perturbada, eso es lo que soy», se dijo mientras escuchaba las melódicas notas musicales que salían de aquel piano, sin ser capaz de apartar la imagen de Elijah de su mente.

Caroline siempre había sido más hábil acariciando unas teclas que parecían unirse a aquellos finos y delicados dedos. Ella era más ducha con el florete y bastante más avezada a la hora de meterse en líos, pero este último la tenía al borde de un abismo.

—Abbi... ¡Abbi!

—¿Sí, madre? —La miró distraída.

—¿Puedo saber el motivo por el que aún estás sin arreglar?

—¿No le gusta mi peinado?

—Tu cabello es una maraña, hija; y ese vestido... creía que lo habíamos donado a la caridad —añadió Geraldine.

—Me gusta, madre; y he pensado que hoy...

La irrupción de Dominic, el mayordomo, la llevó a detener su elocución.

—Baronesa, el duque de Warrington acaba de llegar —le anunció.

—¿El duque? ¿Aquí? ¿Sin avisar? ¿Y tú...? —Miró a Abbi.

—Relájese, madre; tan solo es un hombre.

—No, no lo es —afirmó antes de añadir—: Caroline, para de tocar.

Era la primera vez que su madre le hacía tal petición. La joven miró a Amélie y esta se encogió de hombros.

—¿Le hago pasar, mi señora?

—Sí, Dominic, por supuesto. O... no, no, no... No puede verte así, Abbi. —De repente, su mirada se oscureció—. Sabías que vendría y por eso tienes estas pintas... ¿Por qué te empeñas en torturarme?

—¿Cómo iba a saberlo, madre? —trató de disimular—. Lo de anoche solo fue un baile.

—Dos bailes —la rectificó—. Y hoy toda la ciudad habla de vosotros dos, pero eso es algo que ya debes intuir.

—Ejem, ejem... —carraspeó el mayordomo—. El duque espera, baronesa.

—Hágale pasar, Dominic; y tú, al menos, atúsate el cabello —le dijo a su hija.

—¿Me puedo retirar, madre? —pidió permiso Caroline.

—No, no puedes... Te necesito a mi lado —le respondió Abbi.

—Anda, quédate —se resignó Geraldine—, pero mantén la boca cerrada y quédate bien quietecita.

La joven se levantó de la butaca y pasó a ocupar uno de los sofás del salón, junto a uno de los ventanales y de tal manera que ella y su hermana pudieran mantener el contacto visual. Amélie, por su parte, salió de la pieza por la puerta lateral para no cruzarse con la visita.

—Elijah Cromwell, duque de Warrington —lo presentó Dominic.

—Baronesa Candford.

—Bienvenido, lord Cromwell —le devolvió la reverencia.

—Buenos días, duque. —Caroline elevó un bazo e hizo agitar su mano a modo de saludo.

—Hola, señorita Candford. —Le sonrió antes de fijar toda su atención en Abbi.

En realidad, la vio en cuanto atravesó aquella puerta de madera noble. De modo alguno podría pasarle desapercibida su presencia.

—Disculpe el aspecto de mi hija, esta mañana ha amanecido aquejada de migraña —intentó excusarla.

—Eso no es cierto, me encuentro perfectamente —la contradijo y Geraldine la fulminó con la mirada—. ¿No se lo parece, lord Cromwell?

—Yo la veo tan hermosa como siempre—. Le dedicó una de esas sonrisas que odiaba y que comenzaba a amar.

—Oh, vaya...

Caroline no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Nos sentamos?

—Después de ustedes.

Elijah esperó a que la baronesa y su hija se acomodaran —la menor de las mellizas siguiendo las directrices de su madre no se había puesto en pie a su llegada— para sentarse él. Lo hizo en un sillón, enfrente de Abbi y muy próximo a Geraldine.

—Gracias, Dominic. —El mayordomo le acababa de ofrecer una copa de brandy que había aceptado gustosamente.

—Mi esposo era un gran amante de esa bebida; de hecho, poseemos toda una bodega con diferentes bebidas alcohólicas que jamás llegaremos a consumir, o al menos no nosotras tres —añadió y las mellizas pensaron que su madre no daba puntada sin hilo.

—A mi padre también le gustaba, aunque era más de whisky; y no se preocupe, baronesa, ya veremos qué salida se le da a todo lo que posee esa despensa.

—Nos lo tomaremos Caroline y yo cuando seamos dos ancianas solteronas —dijo Abbi.

Y, una vez más, su hermana no pudo aguantar la risa.

—Lo siento, madre... Es que...

—No se disculpe, señorita Candford; a mí también me apasiona el humor de su hermana —admitió para suplicio de Abbi.

¿Acaso no la había mirado bien? Al lado de la joven que bailó la noche anterior con él, no parecía sino una huérfana de esas hacia quienes tanta lástima sentía.

—Y bien, lord Cromwell..., ¿qué le ha traído a nuestra humilde morada?

Tanto Abbi como Caroline pensaron que a su madre no le pegaba nada querer aparentar modestia. Era cierto que jamás la habían escuchado vanagloriarse de su posición o de lo holgadas que eran sus cuentas, pero considerar sencilla esa mansión tampoco resultaba ser lo más apropiado.

—Verá, baronesa, hace unos días pedí permiso para cortejar a su hija...

—No me lo recuerde; aún me siento avergonzada. —Geraldine llegó a ruborizarse.

—No se preocupe, me ha costado; pero he vuelto a recuperar la confianza en mí mismo —exageró.

—No le pega nada el dramatismo, duque. —Abbi no pudo mantenerse en silencio.

—Pídele disculpas...

—No la reprenda, baronesa —la interrumpió Elijah—. La insolencia de su hija es una de las cosas que más me atraen de ella.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó la joven aludida.

Caroline apretó los labios para no echarse a reír.

—¿Lo dice en serio? —Geraldine estaba atónita.

—Muy en serio —afirmó—. Hoy no vengo a pedirle permiso para cortejarla...

—¿Ah, no? —Los ojos verdes de Abbi se abrieron de par en par.

El duque había recapacitado. Al fin había entendido que no podía

obligarla a estar con él. Ella era una mujer con voluntad y con sueños propios que él no podía persuadir.

La mirada gris de Elijah se detuvo en el verde de su ojos; esos en los que anhelaba perderse, y ella advirtió cierto halo de tristeza que llegó a perturbarla. ¿Qué había ido a hacer allí?

—Usted dirá, lord Cromwell. —Geraldine también lo observó con desazón.

—Vengo a pedir la mano en matrimonio de su hija Abbigail, baronesa.

***

Unas horas antes, en la mansión Cromwell...

Elijah había amanecido con cierta resaca emocional y de aquella otra provocada por el alcohol. Al llegar del baile, no se fue directo a su recámara, sino que hizo un alto en su despacho donde dio buena cuenta de una botella de whisky escocés.

La atracción que sentía hacia Abbi comenzaba a ser irrefrenable. De buena gana la habría tomado de la mano después de aquel segundo baile, la habría llevado a una de las alcobas y le habría hecho el amor. Fantaseaba con recorrer cada recoveco de su cuerpo con las yemas de los dedos y con la lengua.

Jamás la forzaría. Él no era así. Cuando la miraba, veía mucho de Jane en ella. Se había enamorado, eso era todo; y no podía acallar unos sentimientos que iban *in crescendo* conforme pasaban las horas, o los minutos.

—Hijo mío, apestas a alcohol —le dijo Marguerite cuando fue a darles los buenos días a su recámara.

Era un ritual que llevaba repitiendo los dos últimos años.

—Anoche me pasé un poco, madre —reconoció.

—Pero... ¿estás bien?

—Estoy bien —resopló—. He tomado una decisión y me gustaría contar con tu aprobación.

—Sabes que siempre la tendrás, mi pequeño Elijah.

—Me gusta cuando me llamas así, aunque ya sea todo un hombre —admitió.

La duquesa le sonrió y lo besó en la frente.

—¿Qué tienes pensado hacer, hijo?

—Voy a pedir la mano de Abbigail Candford, madre.

—¿Es lo que quieres?

—Lo quiero.

—¿Por ella, por ti o por mí?

—Por los tres, madre... Yo cumplo mi parte del trato y tú cumples la tuya. Me diste tu palabra —le recordó.

—Y lo haré, hijo mío; pero, dime..., ¿es amor?

—Es amor —afirmó y en los labios de la duquesa se perfiló una de esas sonrisas plenas que Elijah llevaba necesitando ver tanto tiempo.

—¿Aceptará?

—Lo hará —afirmó.

—Pareces muy convencido. —Marguerite se mantuvo en silencio unos instantes—. No es justo que vayas solo. Yo debería acompañarte.

—No te puedo obligar a salir de casa si no estás preparada, madre.

—Pero...

—No, no llores, por favor... No soporto verte llorar.

El duque se apresuró a limpiar todo rastro de unas primeras lágrimas que ya se habían precipitado por sus mejillas.

—En cuanto acepte, tráela, hijo. Quiero conocerla.

—Tienes mi palabra, madre.

Marguerite se acurrucó sobre el pecho de su hijo y este la apretó entre sus brazos. Era muy posible que no se sintieran tan próximos desde hacía años, incluso antes de que las tragedias comenzaran a golpearlos.

***

—¿Ha dicho... matrimonio?

A Abbi se le formaron sendos nudos en la garganta y en el estómago, misma reacción que tuvo Caroline.

—Eso mismo, señorita Candford. —La miró con intensidad.

Elijah, que no era ajeno a las reacciones que le provocaba, por mucha fachada que quisiera mostrar, notó cómo su respiración y los latidos de su corazón enloquecían.

—Permiso concedido —no tardó en dar su consentimiento la baronesa.

—Madre...

—Lo único que lamento es que su pedida de mano se vea deslucida por el porte tan poco distinguido que luce mi hija esta mañana —volvió a dispensarse.

—¡Madre! —Abbi elevó el tono de voz—. Nos prometió a Caroline y a mí que no nos obligaría a desposarnos si no era lo que nosotras deseábamos.

—¿Y no lo desea?

Elijah se puso de pie y se fue acercando a ella. Le tendió una mano y la ayudó a incorporarse. Enseguida comprobó que todo su cuerpo temblaba. Ambos lo hacían.

—Lord Cromwell, por favor... —musitó.

—¿Te has vestido así y has decidido no peinarte porque sabías que iba a venir? —Sonrió y ella se sintió una idiota.

—Resulta tan obvio, ¿verdad? Yo... pensé que si no me veía bonita se le pasaría el capricho.

—No es un capricho para mí, señorita Candford, ¿por qué no lo entiende?

—¿Y por qué hay tristeza en su mirada si se está saliendo con la suya?

—Es una apreciación suya, nada más.

—No me mienta.

—Le doy un mes, Abbi —le susurró al oído—; si pasado este tiempo decide que no quiere casarse conmigo, romperé el acuerdo de matrimonio.

—¿Y guardará mi secreto?

—Me lo llevaré a la tumba, puede estar segura.

—¿Cómo puedo confiar en usted?

—Solo hágalo, no tiene nada que perder.

Abbi respiró muy profundo antes de situarse al lado del duque, entrelazar sus dedos a los suyos —logrando sorprenderlo incluso a él — y mirar al frente.

—Madre, acepto desposarme con lord Cromwell.

Capítulo 14

—Madre...

—Elijah, hijo... Te veo feliz.

Marguerite estaba sentada frente al tocador. Llevaba horas observándose, en silencio, cuestionándose si aún quedaba dentro de ella algo de esa mujer valerosa que un día fue. El duque tomó una silla y se colocó a su lado.

—Estamos prometidos.

—¿Eso quiere decir que...?

—Que te quiero empezar a ver fuera de estas cuatro paredes de inmediato, madre.

—¿Ya?

—Ya. —Le ofreció una mano que ella tomó—. Para celebrarlo, caminaremos por los jardines.

—¿Eso es lo único que me pides?

—De momento, madre.

—Te puedo preguntar algo, hijo.

—Siempre. —La miró directo a los ojos.

—¿Te ama?

—Lo hace, pero aún no lo acepta.

—¿Por qué?

—Quiere ser un alma libre, como también afirmaba quererlo ser nuestra Jane. Y... hay algo más.

—¿Qué has hecho?

La duquesa sabía que ese cambio tan repentino en la joven no era usual, y menos aún si su personalidad se asemejaba a la de su difunta hija.

—La estoy chantajeando.

—¿Qué estás haciendo qué...? Pero, hijo, ¿cómo se te ocurre?

—No vi otra salida, madre. Es el único modo en que pueda llegar a conocerme. Piensa que soy un libertino.

—Lo fuiste.

—Pero ya no, madre; y la amo. Necesito que sepa quién soy. —Se detuvo un instante—. A mi favor, he de decir que le he dado un mes. Si pasado este no desea seguir adelante con los planes de matrimonio, lo cancelaré.

—Será un escándalo, hijo.

—¿Tan poco confías en mi encanto, madre?

—No es eso, Elijah... Y no puedo estar de acuerdo con tu modo de actuar.

—Yo mismo me censuro, pero vi la oportunidad y la aproveché. Sé que es ella, quiero que sea ella.

***

—¿Me lo vas a contar?

Abbi estaba tumbada en el césped, en los jardines, alejada de toda mirada. Había pasado tan solo un día desde que se prometiera en matrimonio con lord Cromwell, pero no era nada definitivo. Podía salir airosa de esa situación. Aún había esperanza para ella.

—Todo está bien, Caroline. Anda, ven, túmbate a mi lado... ¿No crees que el cielo está precioso hoy?

—Lo está —admitió—. ¿Qué está pasando?

—Que estoy prometida con lord Cromwell —le respondió resueltamente.

—Y, con la mano en el corazón, ¿es lo que quieres?

—Hermanita, yo...

—Sé sincera contigo misma, Abbi.

—Cometí un error y él lo está aprovechando —dijo en un susurro.

—¿Qué has hecho?

—Convencí a Melvin para que me dejara acompañarle a una de esas peleas clandestinas; o, más bien, lo obligué a hacerlo.

—Oh, Abbi, ¿por qué quisiste ir a un lugar como ese?

—Por estúpida —admitió—. El duque me reconoció y me amenazó con hacerlo circular por toda la ciudad si no aceptaba su cortejo.

—Y ahora te vas a casar —afirmó Caroline.

—No me obligará a hacerlo si no es lo que deseo, me ha dado su palabra.

—¿Y crees en él?

—Es lo único a lo que puedo aferrarme. —Esbozó una tímida sonrisa.

—Lord Cromwell te ama, Abbi, es más que evidente; y tú también...

—No, no lo digas, por favor —le suplicó—. Solo permanece a mi lado y dame tu apoyo.

—Siempre lo tendrás, no tienes que pedirlo. Y, si tu deseo es desposarte con el duque, yo seré la primera persona en alegrarme por ti.

—Mi dulce Caroline, ¿qué haría yo sin ti?

—¿Meter aún más la pata?

—Con toda seguridad.

Las mellizas Candford se miraron y se echaron a reír.

***

Geraldine se disponía a tomarse el té de la tarde junto a sus hijas cuando Dominic le anunció que había llegado un carruaje enviado desde la mansión Cromwell. Jack, el cochero, pasaba a recoger a la señorita Abbigail Candford.

—El duque la está esperando, señorita —le hizo saber.

No preguntó. Se limitó a subir al coche de caballos y a dejar que aquel joven la trasladara. Al menos, ese atardecer estaba presentable, con su cabello negro recogido en una trenza y un vestido a juego con la tonalidad de sus ojos.

—Hemos llegado, señorita.

Jack la ayudó a bajar los peldaños del carruaje.

—¿Esta es la mansión Cromwell?

—La misma, señorita.

Edmund, el mayordomo, salió a su encuentro.

—Sígame, lady Candford.

Era la primera vez que alguien anteponía esa palabra tan rimbombante a su apellido y le resultó de lo más extraño. Pese a ello, optó por guardar silencio. Acababa de llegar a un lugar desconocido y no sabía qué se iba a encontrar.

Abbi admiró la belleza de aquella fachada de mármol blanco con detalles en piedra, custodiada por torretas que le daban un aire gótico y una apariencia que se asemejaba a la de un palacio. Además, disponía de ventanas puntiagudas, balcones, de numerosos arcos y miradores circulares. Al interior de la vivienda se accedía por medio de un porche, con tejado a dos aguas y una veintena de

peldaños. Pensó que era hacia esa escalinata hacia donde se dirigían, pero la dejaron atrás y se internaron en la zona de los jardines.

En cuanto la silueta de Elijah se hizo visible, la cadencia de su corazón volvió a descompensarse. Odiaba esa reacción tan irracional y tan desconcertante que trató de controlar por medio de inspiraciones y espiraciones lentas. Junto a él, de espaldas, y sentada frente a una mesa, se hallaba la figura de una mujer.

El duque caminó a su encuentro.

—Buenas tardes, señorita Candford.

—Buenas tardes, lord Cromwell.

—Venga conmigo, quiero que conozca a alguien.

Abbi caminó a su lado y, justo antes de alcanzar el lugar en el que esa persona se encontraba, esta se puso de pie y se dio media vuelta. Su mirada se detuvo en aquellos ojos grises que eran casi un calco de los del duque, aunque reflejaban aún más tristeza que aquella que creyó ver en los de Elijah la mañana en la que le pidió matrimonio.

—Madre, le presento a la señorita Abbigail Candford, mi prometida —le dijo.

—Encantada de conocerla, señorita Candford.

—Lady Cromwell —Abbi trató de hacer una especie de reverencia que no le salió nada bien.

—Oh, no, querida, ni genuflexiones ni formalismos. Llámeme tan solo Marguerite.

—Yo, las dejo a solas... Disfruten del té. —Les dedicó una sonrisa.

—Siéntese, señorita Candford.

—Solo Abbi, por favor.

Lily les sirvió sendas tazas de té y se retiró, dejándolas a solas.

—Es muy hermosa, Abbi.

—Oh, gracias... Puedo decir lo mismo de usted. —No era un cumplido, sino una realidad.

—Ahora entiendo por qué mi hijo se ha enamorado de usted.

—¿Enamorado? Oh, lo siento, qué tonta... Claro que está enamorado, ¡nos vamos a casar! —Se sintió ridícula.

—Conmigo no tiene que fingir, Abbi; sé todo lo que está pasando.

—¿A qué se refiere?

—Elijah me lo ha contado todo, y no crea que estoy de acuerdo con su modo de proceder; pero es un buen hombre que ha sufrido demasiado. Tanto él como yo cargamos con mucho dolor.

—Siempre he pensado que...

—¿Qué es un vividor?

—Algo así, si me permite ser sincera —añadió.

—Es lo que espero de usted. —Marguerite emitió un profundo suspiro—. Elijah nunca ha querido ser duque, pero su padre nos dejó hace algo más de dos años y él tuvo que tomar las riendas de esta familia, de este apellido y de todos los negocios; aunque, realmente, nuestra vida se rompió en pedazos unos meses más tarde.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—Nuestra Jane nos dejó para siempre.

—¿Jane?

—Mi hija, su hermana..., la alegría de esta casa.

A Marguerite se le llenaron los ojos de lágrimas. Abbi posó una mano sobre la suya. Estaba consternada.

—Yo... no lo sabía. Nadie me ha dicho nada. Es posible que... —Las palabras se le atropellaban.

—No tenías modo alguno de saberlo, querida.

—Apuesto a que mi madre conocía esta información, y también Andrew... El propio Elijah me lo podía haber dicho. No sé, yo... estoy

confundida.

—¿Habría cambiado algo?

—¿Qué quiere decir, Marguerite?

—Hablo de sus sentimientos hacia mi hijo.

—Yo... Verá...

—Solo le pido que le dé y se dé la oportunidad de conocerlo. Ha sufrido tanto... Se merece ser feliz y sus sentimientos hacia usted son reales. No desaproveche esta oportunidad. Si decide que no es el hombre con el que quiere compartir el resto de su vida, él mismo se hará a un lado, Abbi. Elijah amaba a su hermana por encima de todo y lleva dos largos años sufriendo dos pérdidas, la suya y la mía; porque yo me he estado dejando morir hasta que él me ha hecho reaccionar. Y verlo ilusionado con usted es tan bonito.

—¿Y si...?

—Solo ha de escuchar a su corazón, nada más; y que sea él el que decida.

Abbi estaba más desconcertada que nunca. ¿Debía darse esa oportunidad de la que Marguerite le hablaba? ¿Había juzgado mal al duque a pesar de sus artimañas? ¿Acaso era cierto que aquella había sido la única opción que le había dejado ella misma? No, las cosas se podían haber hecho de mil maneras; en cambio, de haber elegido otra, ¿habrían llegado tan lejos? La respuesta más plausible era *no*.

—Seguiré su consejo —afirmó antes de darle un sorbo a su taza de té.

—Se me ha olvidado decirle que tenemos dos invitadas más —le anunció la duquesa— y acaban de llegar.

Abbi se rodeó y se encontró con dos rostros muy conocidos.

—Madre, Caroline... —Sonrió—. ¿Es cosa de...?

—Sí, él lo ha orquestado todo.

Hechas las presentaciones, aunque Marguerite y Geraldine ya

habían coincidido en alguna que otra fiesta, años atrás, la tarde se fue alargando entre confidencias, complicidad y risas.

—¿Y esos gritos? —preguntó Caroline.

—Mi hijo también lo está celebrando a su manera.

—¿Con esos cuatro calaveras?

—Abbi, por Dios, no hables así delante de la duquesa —la llamó al orden su madre.

—Deje que se muestre tal y como es, Geraldine. Las mujeres también nos merecemos disfrutar de cierta libertad, ¿no cree?

—Tiene toda la razón, Marguerite.

—¿Quieren que veamos qué hacen? —les dijo la duquesa.

—Lo estoy deseando—. Abbi no se pudo reprimir, pues tenía una ligera idea.

En efecto, sus sospechas se confirmaron en cuanto se acercaron a otra de las zonas de aquellos fastuosos jardines: los cinco caballeros practicaban o, más bien, medían su hombría batiéndose en combates de esgrima.

—¿Quién se atreve a ser mi rival? —los retó Abbi.

—¿Se ha vuelto loca?

—En absoluto, Hugh —le respondió Elijah—. ¿Quieres comprobarlo por ti mismo?

—¿Y si daño a su prometida, duque? Por cierto, mi enhorabuena, señorita Candford.

—Gracias, vizconde —contestó justo antes de acercarse a Andrew y de quitarle su florete sin tan siquiera pedirle permiso.

Caroline evitó que sus miradas se encontraran. Una vez más, cuando el vecino andaba cerca, su luz se apagaba.

—Debe saber que si el duque y usted se han prometido es gracias a mí.

—¿Ah, sí? —Elijah miró a Hugh con expectación.

—¿Olvidas que fui el artífice de tu asistencia al baile donde te prendaste de ella?

—No, no lo he olvidado, tampoco el modo en que me obligaste a ir y, para tu información, también recuerdo que me afirmaste que no tenía nada que hacer mientras me dabas unas palmaditas en la espalda.

—Eso... no lo recuerdo.

—Ya...

—¿Lista, futura duquesa? —Hugh necesitó desviar el tema.

—¿Lo está usted?

—¿Me está retando, señorita Candford?

—Deje de parlotear y luche, ¿o acaso no se atreve con alguien como yo?

—¡Ja! ¿Puedo emplearme a fondo, Elijah?

—Tú mismo —le dijo, sabedor de las cualidades de Abbi.

—En guardia, jovencita —le lanzó un aviso.

—Será idiota —se jactó ella, quien repelió un primer envite.

La destreza del vizconde de Drake era más que evidente, pero la suya tampoco había que desmerecerla. Abbi estaba causando sensación en Cameron y en Thaddeus. El resto ya la habían visto derrotar a todo un duque, y Marguerite sabía que era una jovencita muy capaz.

—Es rápida.

—¿Lo dudaba? —Le golpeó en el hombro—. Tocado.

Como en aquella otra ocasión, las puntas eran planas para no infligir daño físico alguno. Era daño moral lo que empezaba a sentir Hugh.

—Maldita sea —renegó.

—Tocado —volvió a sorprenderlo.

—¿Se puede saber que...?

—Y otra vez, vizconde... ¿Anda falto de reflejos?

Abbi estaba disfrutando tanto que no advirtió la cercanía del duque.

—Se acabó —le dijo al tiempo que le arrebataba el florete.

—¿Por qué? —se lamentó.

—No quiero que acabes encima de él, como ocurrió conmigo —le susurró al oído.

—¿Celoso?

—¿Satisfecha?

Abbi le respondió con una ufana sonrisa.

Capítulo 15

Elijah y Abbi tenían una cita. Esa tarde, pasearían por Hyde Park. Estaban prometidos. Todo Londres se había hecho eco de la noticia. Algunos —sobre todo entre las féminas— veían a la mayor de las mellizas Candford como a la joven con más suerte del mundo, sin saber todo lo que este llegaba a abarcar. Otros achacaban la mala elección del duque —eligiendo a la hija de un simple barón— a las desgracias acaecidas en su familia y a la falta de un padre que le recordara dónde residían sus obligaciones. Al amparo de una madre depresiva, ¿qué se podía esperar de él?

—No hagas caso de las habladurías, hijo —le había pedido Marguerite.

—No te preocupes por mí, madre. Nada me pueden importar.

—¿Y si ella, al final, decide cancelar el matrimonio?

—En ese caso, creo que toda la ciudad se sentiría aliviada, menos yo —añadió.

—Tampoco yo.

—Lo sé. —Esbozó una media sonrisa.

***

Abbi se había refugiado en las caballerizas y peinaba las crines de Lady Susan. Hacía días que no salía a cabalgar y su cuerpo comenzaba a pedírselo. Necesitaba sentir esa libertad que solo experimentaba a lomos de su yegua, una purasangre inglesa, regalo de su padre.

—Estoy metida en un buen lío... —musitó.

—¿Es por mi culpa, señorita Abbi?

—Melvin, me has asustado. —Se giró para mirarlo—. No es tu culpa, ya te lo dije. Yo solita he provocado todo este caos.

—¿Se casa, entonces?

—No te burles de mí, patán. —Le sonrió.

—No lo pretendo. —Le devolvió el gesto—. ¿Ama al duque?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy directa, señorita. Tan solo ha de ser sincera consigo misma.

—¿Lo eres tú, Melvin?

—Puede ser que haya flirteado con las dos, pero mi corazón solo le pertenece a una de ellas.

—¿A cuál?

—Será curiosa...

—¿Me lo vas a decir?

—Si me lo pide con esa cara... Milfred, señorita Abbi; siempre ha sido Milfred —confesó.

—En ese caso, no vuelvas a darle esperanzas a Sally. Habla con ella, dile la verdad.

—¿Me da consejos que usted no sigue?

—Yo no me debato entre dos amores —le respondió.

—No, claro que no... Usted no reconoce estar enamorada de un solo hombre, quien... bueno, sí, es un chantajista; pero también la ama y... ¿no ha escuchado eso de que en el amor y en la guerra

todo vale?

—Es una sandez.

—Dígaselo al duque.

***

—Abbi, el carruaje del duque acaba de llegar —le gritó su madre desde el pasillo.

—¿Estoy guapa?

—Estás preciosa —le respondió Caroline.

—Ay, gracias, hermanita. —La tomó por ambas manos—. Qué pena que no quieras acompañarnos.

—¿Y ser tu carabina? Aaaaaargh... —Sacó la lengua y Abbi sonrió.

—El vecino idiota no estará.

—No es por eso... Me apetece pasar la tarde en la biblioteca.

—Está bien, me conformaré con Milfred y con Sally.

—Pero que no se os acerquen demasiado. Necesitáis privacidad. —Se quedó pensativa unos instantes—. ¿A qué se debe tu cambio? Solo han pasado dos días desde que conociste a la duquesa y cualquiera puede ver que estás más serena, diría que incluso ilusionada.

—Qué va —le restó importancia—. Solo interpreto un papel y muy pronto acabará la función.

Abbi besó en la mejilla a Caroline, quien sabía que su hermana empezaba a esforzarse demasiado por disimular que el duque le provocaba mariposas, oleajes y tempestades, y salió de la mansión.

Nada más poner un pie fuera y elevar la mirada, su corazón se desbocó. De pie, junto al carruaje, la esperaba el duque. Sus ojos volvieron a imantarse y una sonrisa nació de él para apoderarse de ella.

Conforme iba bajando los peldaños, su pecho se agitaba más y más. ¿Se había enamorado de verdad? Sacudió la cabeza en un intento por ahuyentar ese disparatado pensamiento, gesto que no pasó desapercibido para Elijah. Él sabía muy bien el efecto que causaba en Abbi, y no era pretensión, sino objetividad, a juzgar por las reacciones de su cuerpo.

—Buenas tardes, señorita Candford.

—Buenas tardes, lord Cromwell. —Tomó la mano que él le ofrecía, subió al carruaje y esperó a que su acompañante se sentara frente a ella.

El duque dio unos golpecitos a la madera y el coche de caballos echó a andar.

—Me gustaría haberla visto ayer, pero se me complicó el día —comenzó excusándose Elijah.

—¿Negocios?

—¿Cuándo no lo son? —resopló.

—¿A mí también me considera un negocio, lord Cromwell?

—Claro que no, señorita Candford, no es la hija de un duque.

—¿Ahora me menosprecia?

—Nooooo. —Elijah intentó coger sus manos, pero ella lo rechazó —. Creo que me he explicado fatal.

—Lo ha hecho... ¿Le pesan los comentarios de la gente?

—¿También han llegado a sus oídos?

—Sí —Abbi respondió con un hilo de voz.

—No les haga caso.

—Son dañinos y malintencionados y... me dejan en muy mal lugar. Usted sabe tan bien como yo que no soy una arribista. Yo...

—Cálmese, por favor. —Entonces, sí permitió que las manos del duque se posaran sobre las suyas y las estrechara—. ¿Qué nos pude importar lo que digan? Solo somos usted y yo. Lo que exista o no

entre nosotros no es asunto de nadie. Además, sabe que la amo.

Abbi elevó la mirada y se perdió en los ojos grises de Elijah. Eran tan hermosos y era tan inexplicable lo que su cercanía le hacía sentir.

—Hemos llegado, lord Cromwell —les hizo saber Jack.

El carruaje que transportaba a las doncellas también se detuvo.

El duque fue el primero en apearse, le tendió su mano a la joven Candford y, sin necesidad de decir nada, comenzaron a caminar. Abbi observó las columnas jónicas estriadas que se erigían en la monumental entrada a Hyde Park. Siempre le habían parecido un prodigio.

—¿Nerviosa?

—Sé que en cuanto crucemos esa entrada todos nos mirarán y murmurarán.

—Agárrese a mi brazo.

—¿Puedo hacer eso?

—Por supuesto, es mi prometida —le recordó.

—Es verdad..., qué boba, casi lo olvido. —Sonrió con nerviosismo.

—No es ninguna boba y... —Elijah retiró uno de los mechones de cabello que caían a ambos lados de su cara—, además, está preciosa.

Con ese gesto tan solo pretendía confirmar lo que ya sabía: por mucho que quisiera negárselo a sí misma, Abbigail Candford estaba sintiendo lo mismo que él.

—Gracias —se ruborizó y, pese a estar nerviosa, fue capaz de rodear el brazo que el duque le estaba ofreciendo.

—¿Mejor ahora?

—Sí. —Lo miró de soslayo—. Por cierto, me gusta el color de su corbata.

—A juego con el de sus ojos—. Le agradó que ella se fijara en

aquel detalle.

Hombres y mujeres saludaban al duque y él les respondía con una sutil inclinación de cabeza. En ocasiones, sí les llamaba por sus apellidos o escalafón que los representaba. Ella, que rechazaba a esa sociedad tan elitista, parecía invisible a sus ojos.

—Abbi, quiero que me llame tan solo Abbi. —Logró sorprenderlo.

—En ese caso, llámeme tan solo Elijah.

—Así lo haré.

El duque desvió la mirada de ella, quien la siguió, topándose con una joven vestida de negro que acababa de sentarse en uno de los muchos bancos que poblaban Hyde Park.

—¿Quién es?

—Su nombre es Grace Bennett y es la viuda del duque de Coventry.

—Pero es muy jovencita.

—Apenas había pasado un mes desde que se desposaran cuando él falleció.

—Oh, Dios mío... —Se sobrecogió.

A Abbi se le pasó por la cabeza que a ella le pudiera suceder algo similar y sintió como si una mano retorciera con sadismo sus entrañas.

—Tranquila, no nos pasará lo mismo —le dijo Elijah y ella no fue capaz de decir nada más.

Se dejó llevar por él y, casi sin darse cuenta, se vio delante de aquella mujer.

—Lady Bennett... —la saludó el duque.

—Lord Cromwell, me alegra verle, y tan bien acompañado. —Sonrió, pero a Abbi le resultó un gesto forzado.

—Ella es Abbigail Candford, mi prometida.

—Encantada de conocerla, lady Bennett.

—Oh, no, llámame Grace —le dijo antes de volver a centrar su atención en el duque—. A Henry le habría gustado saber que su buen amigo Elijah, como siempre se refería a usted, ha encontrado a una compañera tan joven y bonita.

—Su mayor valía reside en su personalidad —manifestó y Abbi no pudo evitar sentir cierto orgullo—. A mí me alegra que haya decidido salir.

—Ya sabe que no está bien visto, la gente no para de mirarme y de murmurar; pero me estaba muriendo entre esas paredes.

—La entiendo muy bien, Grace... Pásese por la mansión Cromwell cuando lo desee, a mi madre le alegrará verla.

—¿Y ella cómo está?

—Bueno..., progresando —se limitó a responderle.

—¿Y usted?

—Radiante, ¿no me ve?

—Oh, es cierto, ha salido a pasear con su prometida y yo les estoy robando su tiempo...

—He sido yo quien ha decidido acercarse, no lo olvide.

—Es cierto... Señorita Candford, ¿puedo decirle algo?

—Por supuesto —se mostró afable. La tristeza que emanaba aquel rostro sereno y hermoso podía llegar a traspasar cualquier alma.

—Cuídelo, porque no encontrará a un hombre mejor que él.

—Yo... lo haré. —Esbozó una temblorosa sonrisa.

***

—¿Lo hará? ¿Cuidará de mí?

Elijah y Abbi se habían detenido sobre el puente que se alzaba sobre las aguas del Serpentine. Era un punto en el que las hermanas Candford siempre hacían una parada, dado que las vistas eran

inigualables.

—¿Qué quería que le respondiera?

—Solo la verdad... ¿Lo es?

—Quizá... —Abbi se distrajo con el aleteo de un cisne—. Su madre me habló de Jane. Yo...

—No tenía por qué saberlo.

—Estaba atravesando un mal momento y yo me convertí en un mal más en su vida.

—Usted llegó para salvarme, Abbi; ¿es que aún no se ha dado cuenta?

—No tengo nada de especial —musitó.

—Lo tiene todo... Me estaba muriendo, Abbi. ¿Sabe? Si aún sigo en este mundo es por mi madre, por no verla caer, aunque cayera, como lo hice yo. Perder a mi padre fue duro, pero la muerte de Jane...

—No tiene que hablar del tema.

—Quiero hacerlo, necesito que sepa que no soy un crápula o un vividor, ya no... Mi vida cambió, yo cambié... Yo... —Se le entrecortó la voz.

Abbi, en un impulso irrefrenable, se acercó a él, apoyó la cabeza sobre su pecho y lo abrazó. Elijah, conmovido, se quedó paralizado.

—No quiero que sufra.

En ese instante, el duque la rodeó con sus brazos.

—¿Se quedará conmigo, Abbi?

—Me quedaré, Elijah.

—¿Me promete no cambiar de opinión?

—Eso es algo que no... —Abbi logró arrancarle una sonrisa. —No olvido su chantaje.

—Fue mi desesperación. Yo no...

—Ahora lo sé. —No lo dejó seguir—. Solo puedo decirle que lo

intentaré.

—Que no sea por pena, sino por amor.

—Por amor... —musitó Abbi.

—¿Me puede abrazar aún más fuerte?

—¿Aunque todos nos miren?

—Aunque todos nos miren —afirmó el duque.

Abbi se apretó aún más a su cuerpo, sintió el aliento entrecortado de Elijah sobre su cuello, cerró los ojos y volvió a repetirse: «por amor».

***

Sentadas en un banco, a una distancia prudente, Milfred y Sally lloraban desconsoladas.

Capítulo 16

Una semana más tarde

Abbi había acompañado a Elijah a la carrera de caballos de Ascot y le había encantado. Él le prometió que irían tantas veces como lo deseara. Habían vuelto a pasear por Hyde Park, y también por Green Park, o por los jardines de las mansiones Cromwell y Candford.

A esta última, había acudido la modista más prestigiosa de toda la ciudad en varias ocasiones. Primero, para conocer a la flamante jovencita casadera; más tarde, para tomar medidas o para elegir la tela: seda blanca con adornos en plata.

—Vas a ser la novia más hermosa que jamás haya contemplado esta ciudad.

—No exagere, madre. Seré una más.

—No para mí ni para tu hermana, ¿verdad, Caroline?

—Claro, madre.

—No nos estabas escuchando —la reprendió la baronesa.

—Lo cierto es que no. —Cuadró una sonrisa. —Mi mente estaba muy lejos de aquí, en Venecia, en Madrid, en París...

—Déjate de tanto viajecito mental y ve pensando en aceptar a alguno de esos jóvenes a los que rechazas en las fiestas.

—No pienso acudir a ninguna más. Abbi ya está prometida, ¿no es cierto? Con eso debe darse por más que satisfecha, madre.

—Qué bonito que me uses a tu favor—. Le guiñó un ojo la aludida.

—Te casarás, como va a hacer tu hermana.

—Bueno, eso aún está por verse... —fue bajando el tono de voz.

—¿Qué has dicho, Abbi?

—Nada, madre; que estoy deseosa de que ese día llegue.

Geraldine sonrió tanto que sus hijas temieron que se le desencajara la boca.

***

Elijah había estado en el club con Thaddeus y los demás, pero había regresado pronto a casa. Esa noche, quería cenar con su madre.

—Las visitas de Abbi son un soplo de aire fresco en esta casa, hijo.

—¿Sabes, madre? Al principio temí que te recordarse demasiado a Jane y te causara rechazo.

—Lo hizo, y a mí también me dio miedo que mis sentimientos se fueran oscureciendo; pero veo cómo la miras y sé que es ella. Y, sí, sus personalidades son tan similares... Tan vivaces, tan alocadas, tan inspiradoras...

—Lo supe en cuanto la vi aparecer por la sala de baile del duque de Hereford. Algo en mí reaccionó, y eso que Andrew me dijo que las mellizas Candford eran dos demonios.

—¿Eso te dijo?

—Con toda claridad, madre. —Se sonrieron—. Después, Hugh recordó una tarde en la que se dedicaron a lanzarnos piedrecillas con una cerbatana.

—No lo dices en serio, hijo.

—Créetelo, madre. Fue así. Lo recordé más tarde... Por ese entonces, no eran sino dos niñas. No olvides que nos llevamos ocho años.

—Como con Jane... Nada es casualidad. Todo va a ir bien.

—¿Lo crees o solo lo afirmas para tranquilizarme?

—¿Aún tienes dudas, hijo? —Marguerite apretó los labios.

—Ha cambiado mucho. Hace días que dejó de mirarme con desdén. Su corazón y su respiración se siguen agitando cada vez que estoy cerca de ella. Ya no es tan desagradable, aunque, en ocasiones, aún me reprocha mis argucias...

—Eso último es algo normal.

—Lo sé; y no quiero dudar...

—¿De ella o de tus encantos?

—De ella, madre; mis encantos están fuera de toda discusión. —Adoraba ver sonreír a su madre—. Esta noche vamos a la ópera. Al parecer, vuelven a reponer *La chica bohemia* y su madre se ha negado a llevarlas.

—La vi con tu padre —evocó.

—¿Es demasiado... sensiblera? —Se hizo acompañar de una mueca que volvió a hacer sonreír a la duquesa.

—Es una historia de amor, hijo..., y de segundas oportunidades.

—No suena del todo mal —suspiró—. Aunque yo lo único que quiero es tenerla cerca, me da igual si es en la ópera, en las carreras de caballos o... Mejor me callo.

En su mente se había colado la imagen de una alcoba, de una cama, de unas respiraciones entrecortadas... y se vio en la necesidad de parar.

***

Tomada del brazo de Elijah, Abbi accedió al interior del Real Teatro de Drury Lane. Por medio de una escalinata, alcanzarían el palco que pertenecía a la familia Cromwell. Desde que pusieran un pie en el suelo, hasta llegar a sus asientos, fueron multitudinarios los saludos y las reverencias al duque, tanto de hombres como de mujeres.

Era la primera vez que ella asistía a un lugar como aquel y sus curiosos ojos verdes no querían perderse ningún detalle. De camino, Elijah le había explicado que el teatro tenía capacidad para albergar a más de tres mil quinientos espectadores y cinco niveles de galerías. Su escenario era amplio y vistoso, y estaba adornado con cortinas de color burdeos.

—¿Expectante?

—Mucho —le respondió—. ¿Solía venir a menudo?

—En realidad, es la primera vez.

—No le creo—. Lo observó con asombro.

—Le hablo muy en serio, Abbi. Eran mis padres quienes acostumbraban a asistir. Este palco era propiedad de mi padre y a su muerte pasó a ser mío.

—Discúlpeme, Elijah, pero debió recaer en su madre —señaló.

—No me pida perdón por decir lo que piensa, no vuelva a hacerlo, conmigo puede sentirse libre, creo que ya se lo he demostrado. —La miró con intensidad hasta que sus ojos se desviaron hacia su escote —. Y tiene toda la razón, debió quedar a nombre de mi madre, pero ya sabe cómo funcionan las cosas aquí.

—Las mujeres somos un mero ornamento —afirmó.

—No para mí.

—Lo sé; y le creo —añadió.

Cuando las luces se apagaron y las cortinas que mantenían el escenario oculto comenzaron a descorrerse, Abbi se irguió y, sin poder ocultar su emoción, al menos no a su acompañante, quien ya

había comenzado a leer y a interpretar cada uno de sus gestos, se dispuso a disfrutar de la que era la primera ópera para ambos.

Elijah, relajado y sintiéndose el hombre más afortunado de todo Londres, posó una de sus manos sobre la de ella. Tal vez esperó una reacción negativa, pero esta no llegó. El duque y su futura esposa, a ojos de todos los que allí se habían dado cita —y en el teatro no había una sola butaca vacía—, se mantuvieron así durante toda la función. Entre acto y acto, se miraban, se sonreían e iban compartiendo sus opiniones y sensaciones acerca de la obra.

—Ojalá nuestro Thaddeus fuera tan valiente como este —dijo Elijah haciendo alusión, en última instancia, al protagonista de la obra.

La representación había terminado y ellos ya se hallaban en el carruaje en dirección a la mansión Candford.

—¿No lo es?

—Bueno, digamos que, tal y como le ocurre al protagonista, se siente inferior al resto de nosotros.

—¿Por ser hijo de un barón?

—Por eso mismo.

—Ya... Le entiendo. —Apretó los labios.

—No debe sentirse inferior a nadie, Abbi. Además, muy pronto será duquesa.

—Duquesa... —repitió entre dientes.

—Y la llamarán *lady*...

—No me gusta. —Lo interrumpió antes de que le cambiara el apellido.

—¿Aún tiene reservas?

—No creo que deje de tenerlas nunca —fue sincera.

—Pensé que le agradaba lo que iba conociendo de mí. —Elijah se echó hacia atrás, haciendo reposar su cabeza sobre el asiento del

carruaje.

—Y me gusta, pero...

—¿Acaso no me considera lo suficiente para alguien de su grandeza?

—No diga tonterías.

—Entonces, ¿le complace lo que ve?

El duque se fue aproximando a ella, quien enderezó la espalda y entró en tensión.

—No se acerque más.

—¿Por qué?

—Porque lo veo bien desde más atrás —respondió con premura.

En cambio, Elijah pasó por alto sus palabras.

—Me vuelve loco, Abbi.

—Pare. —Tragó saliva.

—No puedo.

—Por favor...

Los ojos grises del duque habían recalado sobre su pecho. Lo veía subir y bajar, acelerado, y sus ganas se iban multiplicando.

—Abbi, yo... la deseo tanto. —Sostuvo su mentón.

—He dicho que pare —le pidió con la voz entrecortada.

—Su cuerpo me dice todo lo contrario.

—No sea pretencioso.

—No sea testaruda.

Elijah hizo que sus labios se rozaran y a Abbi se le escapó un quejido.

—No se avergüence por sentir. —Pudo percibir su rubor.

—Yo...

Pero el duque no le permitiría añadir nada más, no en ese momento. Entreabrió sus labios e hizo que Abbi también separara los suyos. Entonces, la besó con vehemencia, con deseo, con ardor.

Sus lenguas se enredaron y ambos se dejaron llevar. Se besaron una vez y otra más, con una pasión desmedida, con unas ganas que a ambos los devoraba por dentro.

—Maldita sea. —El duque necesitó parar y se echó hacia atrás.

Abbi se mantuvo en silencio. Se sentía incapaz de gobernar su respiración.

—¿Qué he hecho mal? —se atrevió a preguntar.

—¿Mal? ¿Acaso no ve mi excitación?

La joven miró su entrepierna y, en lugar de incomodarse, sintió un hormigueo que nacía de su sexo. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Qué era esa reacción tan desconcertante? ¿No era capaz de controlar su propio cuerpo?

—¿Desea...?

—Deseo hacerla mía con todas mis fuerzas y siento que empiezo a perder el control. Tenerla tan cerca...

—Podemos dejar de vernos. Yo... no quiero perjudicarle.

—¿Sigue pensando deshacerse de mí, Abbi? —La miró con tanta intensidad que la hizo sentir desnuda.

—No sé si...

—Hable, diga lo que siente, ¡maldita sea! No se guarde nada, no conmigo.

—No sé si ya podría hacerlo. —Cerró los ojos.

—Míreme, se lo suplico.

—Elijah, yo... —Fijó su mirada en el iris grisáceo de él.

—¿Se ha enamorado de mí?

—Estoy confusa.

—Trate de ser sincera consigo misma, Abbi... ¿Me ama?

—¿Y usted a mí?

—Esa pregunta está de más, jovencita —se atrevió a bromear y logró su cometido: arrancarle una sonrisa—. La amo, Abbigail

Candford.

—Y yo... Yo... Lo amo, Elijah Cromwell.

Capítulo 17

Abbi salió de la mansión Candford, a lomos de su yegua, por la puerta principal, donde Elijah ya la esperaba. Apenas comenzaban a despuntar los primeros rayos de sol, momento perfecto para cabalgar por un Hyde Park prácticamente desierto.

—Me moría de ganas por conocerla, Lady Susan —bromeó el duque.

—Permítame decirle que ha oído hablar de usted.

—En positivo, espero.

—Si ella tiene a bien decírselo —le devolvió la chanza—. Y este apuesto clydesdale es...

—Veo que entiende de caballos.

—¿Lo dudaba?

—En absoluto. —La besó suavemente en la comisura de los labios cuando la tuvo cerca.

—No...

—Me he asegurado de que no hay nadie —quiso tranquilizarla.

—Está bien —se sintió aliviada—. ¿No me presenta a su compañero?

—Oh, por supuesto, él es... Da Vinci.

—¿Da... Vinci? —Abbi no pudo evitar echarse a reír.

—Jane le puso este nombre.

—¡Me encanta! —Cesaron las risas y adoptó un semblante más adusto—. Lo siento, no era mi intención importunarle. Me ha sorprendido el nombre, eso es todo; pero mi hermana y yo siempre hemos admirado a ese italiano tan sobresaliente.

—Vuelve a impresionarme.

—No soy ninguna inculta.

—Jamás me lo ha parecido —le dijo Elijah—. ¿Marchamos?

—¿A trote?

—A trote suave, así me puedo seguir deleitando con su belleza.

—Adulador.

—Diosa.

—Aaaaaargh... —Abbi simuló malestar—. Entonces, Jane admiraba a Leonardo.

—Me atrevería a afirmar que más que a mí y a nuestro padre... —Torció una sonrisa que continuaba escondiendo dolor—. Se propuso mejorar aquel ornitóptero que él no logró echar a volar.

—Estoy segura de que allá donde esté, lo ha logrado.

Elijah la miró con amor y con gratitud. El tiempo a su lado era un remanso de paz. De repente, su vida cobraba sentido, color, y todo en ella parecía asentarse.

Al rebasar uno de los arcos de la entrada a Hyde Park, Abbi espoleó a Lady Susan. El duque, desprevenido, hizo lo propio con su purasangre escocés, regalo de Cameron.

—¿Me vuelve a retar?

—Le volveré a vencer —le gritó ella.

Bordeando el margen derecho del lago Serpentine, aquella pareja de prometidos galopaba con tal viveza que de la trenza de Abbi, que se mecía al viento, se soltaron varios mechones. El pelo castaño de

Elijah, que había dejado crecer en las últimas semanas, dejando entrever unos rizos que acostumbraba a mantener a raya, también oscilaba y comenzaba a brillar bajo los primeros rayos del sol.

El duque logró alcanzarla, pero no quiso ponerse por delante de ella. Intuía que tenía muy mal perder.

—¿Hasta el puente? —elevó el tono de voz.

—Sí. —Asintió también con la cabeza.

Abbi no vería ese tramo final como una competición. Había entendido las intenciones de Elijah. Él tan solo pretendía disfrutar de ella, quien lo llegaba a sentir tan cercano, incluso en las noches a solas, o en esas otras en compañía de Caroline, que había dejado de luchar contra sus sentimientos. Le había confesado que lo amaba; después de aquello, ¿qué sentido tenía seguir levantando un muro entre los dos?

—Maldita sea, me ha vuelto a ganar. —Le sonrió.

—Hemos llegado al mismo tiempo.

—Diría que una de las pezuñas de Lady Susan ha llegado al tronco del árbol un instante antes que Da Vinci.

—Mire que es tonto.

—Pero la he hecho sonreír.

Elijah se sentía tan dichoso como cuando lograba arrancarle una sonrisa a su madre. Se apeó del caballo y, antes de darle tiempo a llegar hasta Abbi, la joven saltó, demostrándole su destreza.

—No necesito la ayuda de un hombre para bajarme de mi yegua.

—Dice mi preciosa amazona. —La miró con tanta intensidad que en el vientre de ella comenzaron a revolotear eso que alguien se había empeñado en llamar mariposas.

La joven Candford se dejó caer sobre el césped, muy cerca del puente, bajo la sombra de un olmo, y dio unas palmaditas a su lado. El duque la entendió y se tumbó a su lado.

—¿Por qué tanta premura para contraer matrimonio? —le preguntó.

Sus ojos observaban las ramas de aquel árbol entre las que se colaban algunos rayos de sol.

—¿En serio me lo pregunta?

—Lo estoy haciendo, sí.

—Me daba miedo que pensara en huir de la ciudad si le daba más tiempo —fue sincero.

—Llegué a pensarlo, no le voy a mentir. Tenemos una tía soltera en Escocia, es hermana de mi madre y..., bueno, Caroline me dijo el otro día que, antes de que nuestra madre la obligue a contraer matrimonio, se marchará con ella; pero yo no puedo perderla.

—Si se casa conmigo, no podrá irse con su hermana, en caso de que...

—No, no lo hará. La necesito y ella me necesita a mí; por eso...

—¿Ha pensado que voy a alejarlas?

—Se me ha pasado por la cabeza, sí.

—Jamás podría actuar de un modo tan vil, Abbi; yo, que daría todo cuanto tengo por traer de vuelta a mi querida Jane... —se le entrecortó la voz.

—Yo... —Abbi se acurrucó sobre su cuerpo y apoyó la cabeza sobre su pecho—. No quería hacerle daño.

—Tranquila —suspiró muy profundo antes de cubrirla con sus brazos—. Es un dolor que nunca cesará.

—Intentaré que a mi lado le sea algo más llevadero.

—¿Me lo promete?

—¿Qué? —susurró.

—Que siempre estará a mi lado, que esto no se acabará dentro de una semana, que no...

—Se lo prometo. —No lo dejó continuar—. Y no le beso porque...

—No sabe si seré capaz de parar —concluyó la frase por ella.

—Eso mismo. —No tuvo reticencias en decirle cuanto sentía—. No quería enamorarme de usted por su...

—¿Juego sucio?

—Exactamente.

—Pero no lo ha podido evitar.

—No, no he podido... Ahora siento que, de un modo u otro, habríamos llegado hasta aquí, con o sin su persuasión; estaba escrito en las estrellas.

—¿Es una romántica, Abbi?

—No sabría decirle; solo sé que a su lado me siento tan vulnerable...

—¿Le da miedo?

—Mucho miedo.

—No tiene motivos para temerme, en mí tan solo encontrará amor.

—¿Aunque no quiera besarme?

—No sea mala, sabe que me muero por besarla y por... hacerla mía; y ese es otro de los motivos por los que un mes era más que suficiente.

Abbi sonrió antes de besarlo en la mejilla.

—¿Por qué en San Marcos?

—Es la iglesia en la que se casaron mis padres, y mis abuelos, y los padres de estos, y... ya paro.

—Te lo iba pedir —sonrió—. Necesito que me haga un favor.

—¿De qué se trata?

—De vuelta, ¿podría acompañarme a New Bond Street?

—Adonde me pida.

***

Abbi no quiso revelarle el motivo. Tan solo le pidió que confiara en ella y así lo hizo. Ambos se apearon de sus equinos y los dejaron atados a una de las farolas de gas muy próxima a la casona a la que se dirigían.

Ella se encargó de dar unos golpecitos contra la puerta con la aldaba de bronce que se usaba como llamador, y un hombre, con pintas de ser el mayordomo, abrió.

—Buenos días, mi nombre es Abbigail Candford y vengo a ver a mi prima Violet —le dijo con resolución.

—Un momento, señorita Candford.

El mayordomo les cerró la puerta en las narices.

—¿Su prima Violet? Nunca me ha hablado de ella; aunque, ahora que lo recuerdo, Andrew sí la mencionó.

—Tampoco es que nos conozcamos desde hace tanto tiempo.

—Tiene razón.

Elijah necesitaba hacerle algunas preguntas, pero aquella entrada se abrió de nuevo.

—Tío Harold, le pido que me deje ver a Violet.

—Se encuentra indispuesta —le dijo con frialdad.

—Insisto... Déjeme pasar.

—No, Abbi.

—¡Quiero verla! —le gritó.

—Marchaos ahora mismo o llamo a la policía —les advirtió.

—Señor Candford, mi nombre es Elijah Cromwell y...

—Sé muy bien quién es, y no por ser un duque lo voy a dejar entrar en mi casa.

—No es su casa, es el hogar de Violet —le recordó Abbi—. No me puede prohibir verla.

—Está enferma.

—¡Miente! —volvió a gritarle al tiempo que lo golpeaba en el

pecho—. Devuélvanos a nuestra prima —rompió a llorar.

Elijah la sujetó por la cintura y la apartó de Harold.

—Nos marchamos.

—No, no, no... Necesito verla. ¿Es que no lo entiende? La tiene secuestrada.

—Es una propiedad privada, Abbi. Si su tío no nos da permiso para entrar no podemos hacerlo.

—No es justo... y usted es un maldito miserable.

El señor Candford la miró con desdén antes de darle la espalda y cerrar la puerta.

—Intente tranquilizarse —le pidió Elijah, quien la sostenía entre sus brazos.

—No lo entiende... Es como una hermana para Caroline y para mí, pero desde que sus padres murieron y él pasó a ser su tutor no nos ha permitido verla.

—Encontraremos el modo de hacerlo, Abbi; quizá venga a la boda.

—No pienso invitar a ese monstruo.

—¿Y si enviamos una invitación en la que aparezca el nombre de los dos? Es posible que le hagamos cambiar de parecer.

—¿Y si no funciona?

—Al menos, lo habremos intentado.

***

Abbi y Elijah se habían emplazado a la tarde, en la mansión Cromwell, donde celebrarían una Garden Party solo con sus más allegados. Festejarían el compromiso y la inminente boda.

El duque no había podido apartar de su mente la desgarradora imagen de su prometida suplicándole a un mal hombre que le permitiera ver a su prima. Lamentaba no poder hacer nada al

respecto. Como le había dicho a ella, se trataba de una propiedad privada a la que no podían acceder sin el permiso de los propietarios o sin una orden judicial; y no había razón alguna para lo segundo.

—¿Todo bien, Elijah?

—Sí, Thaddeus... ¿Vamos?

—Después de usted. —Le hizo una especie de reverencia que llevó al duque a sacudir la cabeza.

Marguerite y Geraldine paseaban por los jardines tomadas del brazo, mientras que Abbi y Caroline estaban sentadas en uno de los bancos de mármol, junto a aquella fuente con surtidores en forma de gárgola. Muy próximos a ellas, Hugh, Cameron y Andrew jugaban al croquet.

—¿A esto también me ganaría, señorita Candford? —El vizconde de Drake parecía querer retarla.

—No lo dude —le respondió con toda certeza.

—En ese caso, ¿a qué espera? —le dijo cogiendo uno de los mazos y elevándolo.

—¿Tentando a mi prometida... otra vez?

—Necesito resarcirme, duque —le respondió Hugh.

—¿Se unen? —Abbi miró a Elijah y a Thaddeus. En último lugar, sus ojos verdes recayeron sobre su hermana.

—A mí me gustaría hablar con usted, lord Cromwell, si no le importa —manifestó Caroline.

—Hablemos... ¿Le apetece pasear o prefiere hacerlo dentro?

—Dentro, si no es mucho pedir.

—Acompáñeme.

Abbi los observó mientras se alejaban. Su hermana no le había sugerido que necesitara hablar con su prometido. Le resultó extraño, pero la insistencia de Hugh hizo que se centrara en el juego.

***

—¿Desea sentarse, señorita Candford?

—Solo Caroline, por favor; y... no, prefiero quedarme de pie.

—Como guste, Caroline. —Elijah se situó junto a uno de los ventanales, muy cerca de su acompañante—. Usted dirá.

—¿La ama de verdad?

—¿Acaso no se me nota?

—Si algo he aprendido en mi corta existencia es que las apariencias pueden engañar; pero no es su caso —añadió.

—Me deja más tranquilo —resopló.

—Sé que ha estado chantajeando a mi hermana y que por eso accedió a su cortejo y a su posterior pedida de matrimonio.

—No estoy orgulloso de haber procedido así, pero no encontré otro modo.

—O tan solo optó por la vía más fácil —señaló Caroline.

—No le voy a negar que tiene razón. La quería a toda costa y sé que no actué del modo más digno; lo admito... ¿Me odia por ello?

—Ese sentimiento no tiene cabida dentro de mí, lord Cromwell.

—Elijah, por favor... Y corríjame si me equivoco, pero creo que detesta a Andrew.

—No estamos aquí para hablar del vizconde de Berkeley —mantuvo la compostura—. Quiero que Abbi sea feliz.

—Jamás haría nada en su perjuicio.

—Nada más de lo que ya ha hecho, quiere decir.

—Sí que me odia.

—Que no, hombre... Uy, perdón, duque... Digo, Elijah... ¡No me líe!

—Ya veo que no es tan seria como quiere hacer ver. —Le sonrió.

—Soy un demonio... —bromeó y él no quiso sacar a relucir de

nuevo a Andrew.

Estaba claro que era un tema escabroso para Caroline.

—No lo es... Y, sí, le repito que amo a su hermana.

—Y ella a usted; aunque se lo haya estado negando hasta hace poco. —Lo miró directo a los ojos—. Sea sincero con ella siempre, no juegue con Abbi, no le guarde secretos... Simplemente, ámela como se merece.

—Eso haré, Caroline, puede estar segura. —Se detuvo un instante —. Hay algo...

—Sea lo que sea, cuénteselo.

—¿Me permite hacerlo primero con usted? También quiero ganarme su afecto, pues sé lo importante que es para Abbi.

—Prometo que, sea lo que sea, no le diré nada. Tendrá que ser usted quien se lo cuente.

—Hablaré con ella esta misma noche, le doy mi palabra.

—Así lo espero y, ahora, dígame.

—Verá, Caroline, yo... hice un trato, por eso estoy con su hermana.

—¿Qué? —Se horrorizó, pero lo haría aún más al desviar la mirada y encontrarse con un rostro desencajado—. Abbi...

El duque se dio media vuelta, pero no vio a nadie.

—¿Ella...?

—Era mi hermana —le dijo antes de echar a correr.

—¡Abbi! Hija... —escucharon gritar a Geraldine.

—¡Abbi! —la llamó Marguerite.

—¡Abbi!

—¡Abbiiiiiiiii!

Capítulo 18

—¿Dónde está? ¿Adónde ha ido?

—No lo sé, hijo... Trata de tranquilizarte.

—¿Cómo quiere que me calme, madre?

—Pero... ¿qué ha pasado? —Geraldine estaba tan nerviosa que necesitó que Caroline sujetara una de sus manos.

—¿Por qué demonios no la ha detenido nadie? —El duque miró a sus cuatro amigos.

—No la hemos visto pasar, Elijah —le dijo Cameron.

—Edmund, Jack, Louise, Lily, y al resto del personal... ¡los quiero a todos aquí! ¡Ya!

No serviría de nada. Tan solo Marguerite y Geraldine la habían visto correr por uno de los pasillos como alma que llevaba el diablo.

—Mi hija lloraba, ¿por qué? —la baronesa miró al duque con severidad.

—No es el momento, madre —le pidió mesura Caroline—. Hay que encontrarla. ¿A qué esperan?

—Buscad por toda la propiedad, no ha podido salir sin que nadie la vea —añadió Elijah.

En cambio, transcurridos más de cuarenta y cinco minutos, nadie

había dado con el paradero de Abbi.

***

Con el corazón hecho pedazos, los ojos ensangrentados de derramar lágrimas y el cuerpo magullado tras haber saltado desde una tapia hasta la calle, Abbi logró llegar a la mansión Candford. Fue directa a las caballerizas, ensilló a Lady Susan con ayuda de Melvin, a quien le pidió no hacer una sola pregunta y no dar una sola respuesta, y abandonó su hogar.

—¿Qué ha pasado, Melvin? ¿Adónde va la señorita Abbi?

—No seas curiosa, Milfred —le dijo mientras la envolvía entre sus brazos.

—Pero...

—Shhhhh... Va a estar bien... Sabe cuidar de ella misma.

***

—Hijo mío. —Marguerite se agachó al lado de Elijah y tomó sus manos.

El duque estaba sentado sobre uno de los peldaños de la escalinata y tenía la mirada perdida.

—Lo ha escuchado —acertó a decir.

—¿Qué ha escuchado? ¡Respóndeme! —le pidió tras encontrarse con su silencio.

—Lo del trato, madre.

—¿Qué trato? —cuestionó Geraldine.

—No es nada malo, créame —le dijo Marguerite.

—Pero ella sí lo piensa y yo...

—Elijah, no es momento de venirse abajo, sino de actuar —los

sorprendió Caroline—. No sé en qué consiste ese trato, ni me interesa. Solo sé que mi hermana lo ama y que debe estar sufriendo, igual que lo está haciendo usted. Así que levántese de ahí y haga algo.

Andrew la observaba con admiración.

—Debe odiarme... —parecía enajenado.

—Ya la has escuchado, hijo —comenzó a decir la duquesa—; así que levántate ahora mismo de ahí. Jack y Clifford —tuvo que hacer un esfuerzo para recordar el nombre del cochero de la baronesa — os llevarán a la mansión Candford. Abbi se debe haber refugiado allí.

—He encontrado esto. —Se les acercó Lily.

—Es de mi hija.

Se trataba de una pulsera de plata de la que pendía una cuenta con forma de media luna. Se la regaló su padre días antes de fallecer y nunca se la había quitado.

—¿Dónde la has encontrado?

En cuanto la tuvo sobre la palma de la mano, el duque también la reconoció.

—Al pie de uno de los muros, cerca de las caballerizas —le explicó.

—¿Ha saltado...? —Elijah se sintió incapaz de continuar.

—Oh, Dios mío, puede estar herida. —Geraldine se tapó la boca con ambas manos.

—Nos vamos, ¡ahora!

Tener que compartir carruaje con Andrew, en un momento como ese, era el menor de los problemas para una Caroline que estaba aterrada.

***

Geraldine se bajó del carruaje dando voces y llamando a todo el

personal. Estaba fuera de sí. La joven Candford, la de ojos turquesa, esos que el vizconde de Berkeley no se atrevía a mirar, fue directa a la recámara de su hermana. La encontró vacía y su angustia se intensificó.

—Abbi... ¿Dónde está mi hija?

—La hacíamos con ustedes en la mansión Cromwell —le dijo Amélie.

—Entonces, ¿no ha venido? —la baronesa estaba a nada de desvanecerse.

—Su alcoba está vacía, madre.

—Oh, Dios mío, Dios mío. —Geraldine rompió a llorar—. Como le pase algo a mi hija, usted...

—Cálmese, madre; y no diga algo de lo que pueda arrepentirse —la detuvo Caroline.

—Pero...

—Ya está bien. —Fue ella quien, por primera vez en su vida, mandara callar a su progenitora. El duque también sufría, ¿por qué no lo veía?—. Milfred..., tú sabes algo.

La menor de las mellizas Candford llevaba un tiempo observando a la joven doncella, quien, situada al lado del mozo de cuadras, no dejaba de mirarlo de soslayo y, de vez en cuando, le daba un sutil codazo que no le había pasado desapercibido.

—¿Yo? No, señorita; yo no sé nada.

—Maldita sea, Milfred... ¡Es Abbi! —Se le entrecortó la voz por primera vez—. Es mi hermana.

—Yo...

—Ella no tiene nada que ver, señorita Caroline. —Melvin se vio en la necesidad de dar la cara por la joven de quien estaba enamorado.

—Habla tú, entonces.

—Ella me pidió...

—Me importa una mierda lo que te pidiera. —El duque, perdiendo todas las formas, lo agarró por el cuello de la camisa—. Dime ahora mismo lo que sabes.

—Suelta al muchacho, Elijah —le dijo Thaddeus—. ¿Cómo quieres que hable si no?

—Tienes razón. Yo... lo siento.

Melvin pensó que el duque no tenía motivos para disculparse. Al fin y al cabo, siempre era él, un trabajador más, quien estaba en medio de todo.

—Vi a la señorita Abbi en las cuadras. Estaba ensillando a su yegua. Cuando me acerqué, me di cuenta de que estaba magullada. No me explicó demasiado. Tan solo me dijo que necesitaba desaparecer y...

—¿Y...? —lo apremió el duque.

—Se ha refugiado en la casa que fuera de mi familia, a las afueras de la ciudad... Me pidió que no dijera nada.

—Estás despedido.

—No va a despedir a nadie, madre —le dijo Caroline—. Melvin y Abbi son amigos y existe algo que se llama lealtad, aunque la situación requiera quebrantarla. Elijah, ahora le toca actuar a usted. —Miró al duque.

—Llévame hasta allí, Melvin.

—Ahora mismo, señor.

—Resolveré todo esto, baronesa, tiene mi palabra... Todo ha sido un malentendido.

—Más vale que regrese con mi Abbi o seré yo misma quien cabe su tumba —vertió su amenaza antes de que el joven Cromwell se dirigiera al coche de caballos acompañado por el mozo de cuadras y por Clifford.

—¿Y qué hacemos nosotros? —inquirió Hugh.

—Marchaos —le respondió Caroline.

—De eso nada, los esperaremos aquí, si a la baronesa no le importa, por supuesto.

—Claro que no, Andrew; estáis en vuestra casa.

***

Abbi había llegado a aquella vivienda humilde de las afueras de la ciudad siguiendo las instrucciones que Melvin le había dado. Le costaba creerlo. En su agónico peregrinar, apenas se había cruzado con un puñado de almas que también parecían errar por un Londres que al caer la noche se convertía en un lugar peligroso, sobre todo en el extrarradio.

Se dirigió a una pequeña cuadra, contigua a la casa, para dejar a Lady Susan, y no se sintió con fuerzas para salir de allí. Esperó a que su yegua se tumbara sobre la poca paja que aún conservaba para dejarse caer a su lado. El dolor físico era notorio, pero no se le aproximaba al emocional. Su corazón se había roto en miles de pedacitos. Quiso ser roca ante Elijah y acabó convertida en una marioneta entre sus manos. Así era como se sentía. No le bastó con el chantaje. No, un duque tiene que hacer constar que está muy por encima del resto; y, al parecer, también del bien y del mal. Mientras cabalgaba, lo había imaginado apostando con Andrew y los demás a que la seduciría; afirmando, henchido en virilidad, que conseguiría doblegar a la indómita Abbigail Candford. Lo odiaba y se odiaba por haber caído en su trampa.

«El amor no puede nacer de una persuasión —se dijo evocando las palabras que le dedicara a aquel maldito lord—. Has sido tan idiota».

Abbi se acurrucó junto a Lady Susan con la intención de entrar en

calor. Solía refrescar al caer la noche. La yegua, quizá intuyendo su aflicción, depositó la cabeza sobre su vientre y ella la rodeó con los brazos.

***

—¿Cuánto falta? —Elijah no podía ocultar su angustia mientras se maldecía por no haber estado a la altura, por haberse dejado derrotar, por no haber sabido reaccionar del modo que se esperaba de él.

—Estamos llegando, lord Cromwell —le dijo Melvin, quien, por primera vez en su vida, se hallaba en el interior de un carruaje.

—Me dijiste lo mismo hace un siglo. —Se revolvió en el asiento.

—En esta ocasión, sí es cierto; en la anterior, tan solo trataba de tranquilizarlo—. Su acompañante iba a rebatirlo, pero el mozo volvió a intervenir—: Ahí está.

El duque le gritó a Clifford que se detuviera y se precipitó del carruaje.

—Mire en la cuadra —le aconsejó Melvin.

El joven intuía que la encontraría allí.

—Marchaos a la mansión Candford —les dijo.

—Pero, señor...

—Marchaos —repitió y el cochero le hizo un gesto al chico para que lo dejara estar.

Elijah, alumbrándose con una lámpara de aceite, abrió una desvencijada puerta de madera y, en un primer momento, no vio a su prometida; sí a su yegua. Se fue acercando a esta y fue entonces cuando se encontró con la silueta de aquella a quien iba buscando. Algo en su interior se quebró. Parecía dormida, en paz, a pesar de las manchas de sangre que había en la falda de su vestido y en la

maraña negra en que se había convertido su cabello.

Se acercó con sigilo y le acarició el rostro.

—Abbi... —susurró—. Mi preciosa y alocada Abbi.

La jovencita Candford abrió los ojos muy despacio y, al enfocar la mirada, le dio un manotazo con la intención de apartarlo de ella.

—No..., ¡no me toque! —le gritó al tiempo que se apartaba de él.

Lady Susan se alteró, se incorporó precipitadamente y Elijah temió que acabara golpeándola.

—Tranquila... —Tomó sus riendas—. Tranquila... Así, muy bien... Buena chica—. La fue apartando.

La mayor de las mellizas se había agazapado en un rincón, rodeaba sus rodillas con los brazos y mantenía oculto el rostro.

—Abbi... —Elijah se arrodilló delante de ella—. Abbi, míreme, por favor.

—Márchese.

—No, no lo haré.

—No iré a ningún lugar con usted, nunca más; ¿me ha oído? —gritó y, al elevar la mirada, el duque vio que toda su faz estaba envuelta en lágrimas.

—No es lo que cree.

—Permítame decirle que es usted un cerdo —lo insultó entre sollozos—. No tuvo suficiente con obligarme a soportar su presencia, sino que todo ha sido una farsa.

—No es cierto, Abbi.

—¿Se ha divertido con sus amigos burlándose de mí? ¿Ya les ha demostrado su hombría?

—El trato no fue con ellos.

—¿Ah, no? —Logró perturbarla—. Entonces, ¿con quién se ha estado burlando de mí? Ah, ya lo sé... con una de sus amantes. Serás canalla.

—Fue con mi madre.

—Pensé que ella... Oh, Dios mío, también creí en la duquesa. ¡Váyase, ahora! Váyase..., por favor —le suplicó.

Elijah no saldría de allí. Se sentó a su lado y apoyó la espalda sobre aquella fría pared de madera.

—Mi madre llevaba algo más de dos años en la cama desde que Jane murió —comenzó a explicarse—. Yo estaba desesperado. No solo había perdido a mi hermana..., también la estaba perdiendo a ella. Por eso, un buen día, y después de haberla conocido, le hice prometerme que, si encontraba una esposa, saldría de esa recámara y volvería a vivir de nuevo.

—¿Ese fue su trato?

—Sí.

—¿Y dice que lo hicieron después de haberme conocido?

—Después de haberme enamorado de ti, Abbi —se atrevió a tutearla—. Yo... —Se le entrecortó la voz.

—Nunca me has querido. —Ella también se atrevió a hacer a un lado los formalismos—. Solo he sido un capricho.

—No, no, no...

—Me dijiste que, si después de pasado este mes decidía no desposarme, no me obligarías a hacerlo y olvidarías lo que sucedió aquella noche.

—Eso dije, sí; pero no puedes romper conmigo.

—¿Ah, no?

—No, Abbi, no puedes hacerlo.

—Lo estoy haciendo.

—Te amo y tú me amas, y estás herida; y siento que me empiezo a hundir de nuevo si tu...

—¿Los duques lloran? —dijo con los ojos enrojecidos.

—Al menos, este que tienes a tu lado sí lo hace.

Abbi se esmeró en limpiar las lágrimas que bañaban aquel atormentado rostro.

—No llores por mí.

—Entonces, no me partas el corazón.

Elijah tomó una de sus la manos y la llevó hasta su pecho.

—¿Late por mí?

—Solo por ti. De hecho, se estaba parando antes de conocerte.

—No seas dramático.

—No te hagas la dura.

—Me has hecho mucho daño, Elijah.

—Te lo compensaré, te doy mi palabra. Ya no podría vivir sin ti, lo sabes.

—Yo no...

—Piensa en *La chica bohemia* y en cómo Thaddeus se ganó el perdón del conde Arnheim, y él y Arline lograron ser felices.

—¿Y yo soy el conde Arnheim?

—Algo así... —Se atrevió a sonreír y ella lo miró con delirio.

—¿Ese es tu mejor argumento para convencerme?

—Ese, pedirte perdón y decirte, una vez más, cuánto te amo.

—¿Eres real? —Cubrió el rostro del duque con sus manos y lo miró directo a sus ojos grises, esos que ejercían un poder sobrenatural en ella.

—Soy real y soy tuyo, Abbi.

La joven, embebida ante lo que estaba contemplando, escuchando y sintiendo, lo besó con una pasión que le fue devuelta.

—Creo que te perdono.

—¿Solo lo crees?

—Soy muy volátil y puedo cambiar de opinión en el último momento, mientras me esperas al pie del altar.

—Sí que eres un demonio... —Volvió a sonreírle y a besarla—,

pero eres mi demonio.

—Siento que... aún te amo.

—Oh, alabado sea el Señor; cuánto me alegro.

—Serás tonto.

—Y tú... serás bonita. —Elijah se perdió en sus ojos verdes—. Creo que podría pasarme toda la vida aquí contigo, pero tienes algunos rasguños que se pueden infectar... Debemos volver. Además, todos están muy preocupados por ti.

—Por tu culpa —le dijo.

—Lo admito —suspiró—. Montemos a Lady Susan y regresemos.

—Con una condición.

—Me temo lo peor —mustió el duque antes de añadir—: Aceptaré lo que me pidas.

—Bien... Yo llevaré las riendas de mi yegua y, bueno, digamos que... tú serás mi dama.

—¿Y tengo que sentarme de lado como la reina Victoria? —Torció el gesto.

—No te voy a torturar tanto, aunque te lo merezcas.

—Accedo, pero... ¿me puedes prometer algo?

—Depende...

—Aaaaaaargh..., ¿por qué todo es tan difícil contigo?

—Aún estás a tiempo de...

—En ese caso, tendría que aceptar a la hija del duque de Beaufort.

—Una duquesa es mejor para ti que la hija de un simple barón —dijo con tristeza.

—Shhhhh... Estaba bromeando. Sabes muy bien que esa jamás será una opción para mí, Abbi. Eres tú... Yo solo quiero y necesito que olvidemos todo lo pasado.

—¿También los besos?

—No, eso no. —Sonrió—. Me refiero a cómo hemos llegado hasta aquí.

—¡Ah! Hablas de la persuasión.

—De eso mismo... Te amo y me amas, ¿qué puede importar más?

***

Mientras cabalgaban de vuelta a la mansión Candford, Elijah imploraba no encontrarse con nadie en el camino o sería él quien saldría en los periódicos al dejarse llevar a caballo por su prometido cual dama delicada.

Epílogo

En la noche de bodas

Abbi era incapaz de apartar la mirada del torso desnudo de Elijah. Su pulso se había acelerado y su corazón había multiplicado sus latidos. El duque se desató los cordones de las botas y lo hizo sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando comenzó a bajarse el pantalón, Abbi no puedo evitar girar la cabeza.

—No, amor mío, no apartes la mirada —le dijo Elijah.

Ella, ruborizada, volvió a clavar sus intensos ojos verdes en el cuerpo de él y, cuando se mostró ante ella completamente desnudo, apretó los labios y tragó saliva.

Elijah, que la observaba con una necesidad voraz, caminó hacia ella. Abbi contrajo todos sus músculos. Estaba demasiado tensa y su flamante marido lo sabía.

El duque le tendió una mano y ella, tras vacilar, la tomó y se puso de pie.

—Ahora, voy a deshacer este lazo —le susurró.

Abbi sintió su respiración, ávida de deseo, sobre cuello.

El duque no pudo, ni quiso, evitar rozar su piel y a lady Cromwell se le erizó el vello. Aquella era la libre reacción de su cuerpo cada

vez que él la tocaba.

Elijah le echó hacia atrás el cabello y fue bajando aquel camisón muy despacio. Lo hizo sin dejar de verse reflejado en aquel verde prado que Abbi tenía en su mirada. Al contemplarla por primera vez en cueros, el duque suspiró y la excitación que experimentó se vio reflejada en su miembro viril. Sostuvo las manos de su esposa y las llevó hasta su torso.

—Soy todo tuyo, Abbi —le dijo—. Puedes tocarme. De hecho, te suplico que lo hagas.

Ella, con manos temblorosas, acarició su piel y, cuando Elijah la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, emitió un gemido que volvería a repetirse al sentir el contacto de la mano de su esposo sobre uno de sus senos, que acarició antes de apretar, con control, con el fin de no hacerle daño.

El duque buscó sus labios, los rozó y los besó con una vehemencia que le fue devuelta. Sus lenguas volvieron a enredarse y las cadencias de sus pechos a trastocarse, una vez más, antes de cogerla a horcajadas, sintiéndola piel con piel, dando unos pasos al frente, arrojándola, con sumo cuidado, sobre el lecho y venciéndose sobre ella.

—No tengas miedo, amor mío.

Elijah le acarició el rostro y le sonrió. Ella lo miró con fervor. Su corazón continuaba latiendo muy deprisa. Abbi tenía al hombre al que amaba rendido sobre ella, y su sexo, erecto, friccionaba su piel desnuda. Se inclinó sobre él, lo besó y no le permitió retirarse. La sostuvo por la nuca y unió sus labios a los suyos. Los apretó y jugueteó con su lengua; intercambiaron sus salivas, se acercaron y se alejaron, y su necesidad, la del uno hacia el otro y por el otro, habló por ellos dos.

—Ahora, voy a besar tu piel, Abbi... Tú tan solo disfruta —le

explicó Elijah.

El duque comenzó a besar su cuello, impregnándolo de su saliva y, de este, pasó a su pecho. Elijah lamió sus pezones y, cuando mordisqueó uno de ellos, Abbi emitió un gemido que lo excitó aún más. Una de sus manos fue reptando por su vientre, sobrepasó la zona del ombligo, acarició sus ingles y acabó varando sobre su sexo. La reacción de Abbi fue contraerse.

—No, amor, relájate —le susurró antes de volver a besarla—. Voy a darte placer. Tú solo déjate llevar.

—No sé si...

—Shhhh... —la acalló con otro beso, y los dedos de su mano derecha volvieron a abrirse paso entre su exiguo vello púbico.

Elijah empezó a moverlos, de arriba abajo, y fue endureciendo su vulva. Abbi comenzaba a retorcerse de placer. Pronto, su lengua tomaría el relevo, para sorpresa y deleite de aquella inexperta jovencita. Los gemidos de Abbi, que era incapaz de acallar, no hacían sino excitar más y más a su esposo; y, cuando esta alcanzó su primer orgasmo, su cuerpo se vio sacudido por un temblor que recorrió todo su cuerpo.

—Ahora, necesito que te abras de piernas.

Abbi hizo aquello que Elijah le pedía y él tomó su pene erecto en su mano y, de una suave embestida, lo introdujo en la vagina húmeda de su esposa. Abbi no pudo evitar emitir un quejido.

—¿Estás bien? —la miró con pasión.

—Sí —se limitó a responderle.

Abbi lo rodeó con sus brazos y posó sus manos sobre sus glúteos. Le estaba diciendo que estaba preparada y él lo entendió. El duque comenzó a mover sus caderas, desde atrás hacia adelante, y, con cada envite, su sexo se internaba más en la inmaculada vagina de aquella jovencita de la que estaba perdidamente enamorado. Ella

podía sentir como Elijah trataba de abrirse paso. Cada embestida fue ganando en intensidad y Abbi jadeaba de placer y de dolor. Aun así, no deseaba que él parase. Necesitaba sentirse suya en todos los sentidos y para siempre. Se apretó aún más fuerte a su cuerpo. Sus caderas también habían empezado a dejarse llevar y acompañaban al vehemente movimiento del duque. Ambos habían comenzado a jadear.

—¿Estás bien? —acertó a preguntarle.

—No... No pares, mi amor... No pares —le pidió con la voz entrecortada.

Las sacudidas del duque, más controladas en un principio, terminaron por desbocarse; tanto es así que se vio obligado a posar sus brazos sobre la cama mientras el ritmo no decrecía. Una última embestida, intensa, profunda, dolorosa para Abbi, a la par que placentera para ambos, lo llevó a vaciarse dentro de ella y a su flamante esposa a alcanzar el clímax, por segunda vez en su existencia. Su espalda se arqueó y sus labios gimieron. Elijah descansó su cabeza sobre el pecho de Abbi, pero la reacción de ella —se hizo a un lado y se tapó la cara con la sábana— lo dejó contrariado.

—¿Qué te ocurre?

—Yo... —gimoteó.

—¿Estás llorando?

Elijah retiró la manta y comprobó que sí, que su esposa lloraba.

—No me mires.

—Pero, mi amor, ¿puedo saber qué te pasa?

—Estoy avergonzada.

—¿Y eso... por qué?

Elijah se sentó sobre la cama y logró que ella también lo hiciera.

—Porque... verás... Yo... A mí... ¡me ha encantado!

—¿Y por eso lloras?

—Pues sí, por eso. —Abbi mantenía la cabeza agachada y le daba vueltas al anillo que desde hacía unas horas portaba en el dedo anular de su mano izquierda.

—Mírame, jovencita.

—No puedo.

—Vamos, Abbi, es lo más natural del mundo. Y lo haremos una vez, y otra, y otra...

—¿Todas esta noche?

—Oh, ya me gustaría; pero no soy una máquina, mi amor... Tenemos toda una vida por delante.

—¿Toda una vida...? —Rompió a llorar de nuevo.

—Pero... ¿qué he dicho ahora?

—Ahora no es por ti.

—¿Entonces?

—Es por Violet... Mi prima no ha venido a mi boda y siento que ese malnacido del tío Harold trama algo...

—De ser así, lo averiguaremos.

—... Y, encima, yo aquí gozando con mi esposo en este lecho y viendo cómo sigues excitado...

—La culpa es tuya.

—¿Mi culpa? —preguntó entre sollozos.

—No, no, no... —Elijah no sabía cómo consolarla o qué palabras emplear—. Me refiero a que esta excitación la provocas tú, pero es algo bueno, buenísimo.

—Debo confesarte algo, esposo. —Puso morritos.

El duque aguantó la risa, sabedor de que tan solo habría empeorado la situación.

—Te escucho, esposa.

—Ya te conocía de antes y... Caroline y yo os espiábamos, nos

reíamos de vosotros por estirados y os lanzábamos piedras; y... me arrepiento.

—Eso no importa ahora, Abbi; y deja de llorar, por favor.

—Es que por ese entonces solo tenía ojos para ti.

—¿Quieres decir que ya estabas loca por mí siendo una niña?

—¿Contribuiré a ensanchar tu ego si digo que sí?

—Para nada.

—¿Me das tu palabra?

—La tienes.

—En ese caso, sí, ya me gustabas, y mucho.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estabas enamorada de mí desde que simulaste no verme en el baile del duque de Hereford! Si es que soy irresistible.

—Me prometiste que... —sollozó de nuevo.

—No, mi vida, no me hagas caso. Me he emocionado, eso es todo. Te prometo que es emoción, no ego. Además, me llamaste escuchimizado, entre otras lindezas.

—Libertino, petulante...

—No es necesario recordarlas todas —la interrumpió—. Yo también tengo que hacerte una confesión.

—No sé si quiero escucharla. —Se tapó los oídos.

—Vamos, Abbi, mi amor... —Volvió a sonreír—. No es nada malo.

—Está bien, dímelo.

—Me enamoré todavía más de ti cuando te vi rascarte el trasero en aquel callejón.

—Eres un duque muy extraño. —Lo miró con los ojos muy abiertos y enrojecidos.

—Me dice la pintoresca duquesa de Warrington.

—Yo no quería ser duquesa.

—Pues lo eres y te aguantas... Y, ahora, voy a tener que hacerte

el amor de nuevo.

—Ya estabas tardando, lord Cromwell.

Abbi se mordió el labio inferior y Elijah sintió una sacudida.

Esa noche, apenas dormirían. El sexo se convirtió en el gran protagonista. Junto a él, las caricias, las confidencias, los besos y alguna que otra lágrima más. A veces, entre risas.

A Abbi le sobrevino el sueño casi al amanecer y lo hizo con una sonrisa adornando sus labios. Elijah, abrazado a su cuerpo desnudo, entendió que la vida da una de cal y otra de arena; pero, desde que aquella jovencita le robara el corazón, su mundo había dejado de ser hostil; la oscuridad se había ido transformando en luz; Londres, Park Lane y la mansión Cromwell, se habían convertido en un lugar mucho mejor. Esperanza; había esperanza para él y esta tenía nombre de mujer.

Agradecimientos

En una ocasión leí que la familia es como la música, algunas notas son altas y otras bajas, pero siempre es una hermosa canción. Estoy de acuerdo. Desde que aposté por este maravilloso mundo de soñar, de imaginar, de crear, de pasar horas y horas anclada a las teclas de mi ordenador, ellos han estado cerca. No en cuerpo, quizá; sí en alma y corazón.

Mi primera mención especial es para ti, Marisa; para ti, hermana, mi compañera infatigable desde que diera forma a aquel primer capítulo de la saga *Alas y raíces*. Siempre has estado a mi lado. Ya lo estabas antes de que me arrojara al vacío y me sumergiera, de pies a cabeza, en la que siempre fue mi gran pasión. Nunca has permitido que las dudas, que las ha habido, y las habrá, me hagan caer. Siempre has tenido una palabra de ánimo. Siempre has creído en mí y lo has hecho incluso más que yo misma. Tú eres esa mano que no me permite darme por vencida. Siempre has sido mi gran ejemplo a seguir, ese espejo en el que verme reflejada, por tus valores, por tus convicciones, por tu amor incondicional a la familia; y lo sigues siendo. Hoy, más que nunca, gracias por tanto.

Gracias a mis padres, Antonio y María Luisa. Todo lo que soy, y más aún, todo lo que llegue a ser, os lo debo únicamente a vosotros

dos. Por vuestro constante sacrificio, por vuestro carisma, por vuestra humildad y honradez, por vuestro amor, por unos principios y valores que no os ha hecho falta inculcarnos a través de la palabra. Vuestros gestos, vuestro comportamiento intachable ha hablado siempre por vosotros. Gracias por dedicar vuestros días a hacer de mis hermanos y de mí las personas que hoy somos. Gracias por ser mi timón.

A mi hermana María Luisa, por tu positivismo, por repetirme hasta la saciedad que algo bueno está por venir, por tu cariño, por tu incondicionalidad y por hacerme sentir una seguridad plena en que siempre vas a estar a mi lado; y a Antonio, mi hermano, por estar, también, a tu manera, y por tantos buenos momentos como hemos compartido y seguimos compartiendo.

Gracias a mis sobrinos, Adrián, Éric, Elsa, Izan y Luka, por ser mi luz, por pintar de color hasta el más emborronado de los días, por su bendita inocencia y por sus constantes, revitalizantes e inspiradoras lecciones de vida.

A mi cuñado, Juan Rodríguez, por estar siempre, por ofrecerte a todo, por tus bromas y por arrancarme tantas y tantas sonrisas.

A Nini, por tantas horas de compañía, de amor y de ronroneos que han templado mi alma. A ti, mi gran compañero de vida. A ti, por haber hecho mi mundo mucho más bonito, por haber sido hogar y refugio. Tu ausencia duele, pero siempre vivirás en mí.

A Juan Eladio Palmis, por tantas conversaciones cargadas de aprendizajes, por tanta sabiduría, por tantas risas y sonrisas, por hacer mi vida más bonita y por creer en mí desde aquella noche en la que me viste y me sentiste recitar; la misma en la que nuestros caminos quedaron unidos para siempre. Gracias, «amigazo».

A María Dolores Rubio de Medina y a Lydia Gil Serrán, por estar siempre, por la preocupación, por el cariño.

Gracias, también, a las personas que, de un modo u otro, forman parte de mi vida y me complementan.

Un agradecimiento especial, como siempre, y muy merecido, va para Lola Gude, mi editora. Aunque en esta ocasión cobra aún más importancia. No vinieron buenos tiempos y ahí te tuve, dándome ánimos, sintiendo tu cariño, confiando en el proceso y la vuelta. Varias veces se tuvo que posponer este proyecto, y no te importó. Lo único importante era mi recuperación, así me lo hacías saber. Y llegó, y con ella, lo hace esta saga, *Club de caballeros*. Gracias por hacerme saber que siempre vas a estar ahí. Gracias, de todo corazón.

Gracias, igualmente, a todas las personas que habéis estado trabajando para darle forma a esta novela, haciendo posible, con vuestra generosidad, que llegue a convertirse en una realidad. Gracias, equipo Selecta.

Por último, gracias a ti, mi querida lectora, y a ti, mi querido lector. Si he logrado tocar, un poquito, tu corazón... ¡ya he ganado!

Nota de autora

Adentrarme en el peculiar mundo de estos cinco caballeros vuelve a ser un reto, como ya lo fue con las hermanas Atwood, que supusieron mi primera incursión en la época victoriana, y que tantas satisfacciones me han dado y continúan dándome. Como ellas eran cinco hermanas, mis caballeros no podían ser menos... Cosas de escritoras, o muy mías.

Como ya sucedió con la pentalogía Atwood, de nuevo, mi hermana Marisa ha sido luz en esta aventura. Juntas ideamos a los personajes principales, incluso a algunos de los secundarios, y esbozamos sus personalidades. También urdimos parte de la trama, de las cinco novelas; previo paso a que yo comenzara a darles vida. En todo el proceso, ella ha estado a mi lado, y su crítica, constructiva, como siempre, me ha ayudado a crear una historia compacta, merecedora de ser leída y disfrutada. ¡O, al menos, ese es mi anhelo!

Con *Persuasión* se da el pistoletazo de salida a una saga que gira en torno a cinco hombres con personalidades dispares a los que Eton había unido. Ellos se encargaron de fundar su propio club de caballeros; uno que no se basaba ni en las riquezas ni en las posesiones, sino en la amistad, el respeto, la lealtad y el disfrute... hasta que cinco grandes mujeres van a ir apareciendo en sus vidas,

cambiándolas, haciéndoles experimentar el verdadero amor por primera vez, rompiendo sus esquemas, derribando muros, robando sus corazones.

Persuasión, la novela de Elijah y de Abbi, es una historia de superación personal, de hacer los miedos a un lado, de jugárselo todo por amor... Elijah era la sombra de lo que un día fue. Abatido tras las pérdidas de su padre y de su amada Jane, asistiendo a la muerte en vida de su madre, ostentando un título que nunca quiso, se siente perdido. Su existencia ya no tiene sentido, no cuando en su interior tan solo habita vacío y dolor. Ni el apoyo incondicional de Thaddeus, Hugh, Andrew y Cameron parece poder salvarlo. Todo cambia cuando entra en escena Abbi, una jovencita atrevida y lenguaraz que pondrá su mundo patas arriba. Es rechazado y se vale de una argucia, o chantaje, para mantenerla en su vida. Le duele sentir un hastío inicial en ella, que poco a poco se va tornando en afecto; pero, claro, él siempre confió en sus encantos.

Persuasión es una historia de amor que nace de un primer encuentro, aunque Abbi se niegue a admitir que se ha enamorado del joven que la extorsiona, por muy atractivo o irresistible que le llegue a resultar; pese a terminar revelándole que ya le agradaba cuando era tan solo una cría que, junto a Caroline, su alma gemela, su otra mitad —quienes sufren por el devenir de su prima Violet— se dedicaba a importunarlo a él y a sus amigos... ¿o más bien hermanos? Elijah lo tuvo claro: era ella o ninguna. Se arriesgó, digamos que jugó sucio, pero lo hizo por amor... Si en verdad era un demonio, como le aseguró Andrew, sería su demonio. Al final, con sus luces y sus sombras, con las malas artes de él y los miedos de ella, solo habría un antídoto para los dos: amar y permitirse ser amados.

Queridas lectoras y lectores, gracias por haberos adentrado en la

historia de Elijah y de Abbi; y, por extensión, en el mundo de estos cinco caballeros que recién comienza a girar. Este es tan solo el inicio. Aún queda mucho por descubrir. Ojalá hayáis disfrutado leyendo esta historia tanto o más de lo que yo lo hice mientras la escribía; ojalá hayáis reído e incluso emocionado; tal vez también os hayáis enojado; y ojalá creáis un poquito más en ese amor que puede con todo.

El universo de estos cinco caballeros avanza y *Rendición*, su segunda entrega, os espera para ir desgranando no solo la vida de Thaddeus, sino también la de Elijah (unir su vida a la de Abbi tan solo ha sido el inicio), Hugh, Andrew y Cameron.

¿Me acompañarás? ¿Los acompañarás?

¡Soñad bonito!

Raquel Gil Espejo,
1 de mayo de 2025



Eton los había unido y ellos se encargaron de fundar su propio club de caballeros; uno que no se basaba ni en las riquezas ni en las posesiones, sino en la amistad, el respeto, la lealtad y el disfrute.

«Solo habría un antídoto para los dos: amar y permitirse ser amados».

Elijah Cromwell, duque de Warrington, es la sombra de lo que un día fue. Su pena no reside únicamente en las dos pérdidas familiares sufridas en los últimos años, sino que asiste, impotente, a la caída imparable de su madre: la mujer por la que, junto a Jane, habría dado la vida. El hombre más cotizado de todo Londres, aquel por quien toda jovencita casadera suspira, ha desaparecido de la escena pública.

Abbigail Candford, hija de un adinerado barón, fallecido hacía algo más de un lustro, y de Geraldine Collins, descendiente del conde de Mowbray, es intrépida, alocada y enemiga de las normas. La más deslenguada de las mellizas Candford navegará entre el amor y el odio; entre escuchar a su corazón o dejarse guiar por la razón.

Un trato, un chantaje y unos sentimientos voraces, imposibles de reprimir, pondrán sus vidas en jaque.

Raquel Gil Espejo vive en Añora, su localidad natal, enclavada en pleno corazón del Valle de Los Pedroches. Es diplomada en Pedagogía Terapéutica. Trabaja como Agente de Igualdad y es la presidenta del Ateneo de Los Pedroches. Como novelista, comenzó a publicar sus manuscritos con Selecta, con quien ha publicado, hasta la fecha, veinte novelas, siendo algunas de ellas: la serie «Inmarcesible», las novelas históricas *Entre la piel y el alma, Bajo el Puente de Rialto, El perfume de los céfiros* o la saga de las «Hermanas Atwood», ambientada en el Londres victoriano. También ha escrito varios libros infantiles y juveniles, inéditos hasta la fecha. Así como la obra de teatro *Boda en Añora*, de la que es coautora, editada por la Diputación de Córdoba, y ha participado en la antología creativa en homenaje a D. Juan Valera en el 200.º aniversario de su nacimiento. Como poeta, forma parte del movimiento internacional Grito de Mujer o del Encuentro Internacional de Poesía Ciudad de Cabra; entre otros. Del mismo modo, participó en el II Encuentro de «Escritores de Los Pedroches» y participa activamente en numerosas antologías poéticas. En el año 2017, publicó su primer poemario, *Te olvidaste de Blancanieves*. En 2023, el segundo, *Sobreviviremos en el país de las caricias*, con la editorial Con M de Mujer. Es jurado del Premio de Poesía «Hilario Ángel Calero» ciudad de Pozoblanco. Raquel es miembro de la Academia Española de Literatura Moderna y pertenece a la Asociación Andaluza Crea para el fomento de la Cultura.



Edición en formato digital: junio de 2025

© 2025, Raquel Gil Espejo
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-94-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Persuasión
Prólogo
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Agradecimientos

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Raquel Gil Espejo

Créditos